



LO QUE MOJA
LA LLUVIA

ADRIANA
ABENIA

se

Tras publicar su primer libro, Cecilia, una joven incapaz de librarse de los demonios de su pasado, recibe la inesperada oferta de un misterioso editor francés: escribir su segunda novela en un apartamento a su disposición en el corazón de París.

Impulsiva, Cecilia acepta. Para su sorpresa, una vez allí, descubre que el piso es una réplica exacta del que aparece en su novela y que el editor es su vecino, un hombre que le atrae mucho pero que, por algún extraño motivo, despierta en ella temores dormidos y abre una vieja herida que se resiente con la lluvia.



Adriana Abenia

Lo que moja la lluvia

ePub r1.0
Titivillus 23.01.15

Título original: *Lo que moja la lluvia*
Adriana Abenia, 2013
Ilustración de cubierta: Leonor Solans

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*A mi bisabuela Carmen,
por regalarme una infancia
de palomitas de maíz,
bufandas de lana, tirabuzones y carreras de caracoles.
Por muy poquito, no has podido leer este libro.*

*Y a Sergio,
por confiar en mí siempre
y coleccionar tantos abriles a mi lado, bajo la lluvia.
¡Sí, quiero!*

I

PRINCIPIO DEL FINAL

Siempre recordaré las palabras del padre Tejada, cuando en el colegio nos dijo que a medida que fuésemos creciendo perderíamos el brillo de los ojos.

Me llamo Cecilia, nací un 23 de junio, la Noche de San Juan. Quizá eso explique el color fuego de mi pelo, tan rojo que resulta obsceno y que en otra época hubiese provocado un aquelarre.

Mi madre, enamorada de los cuadros del francés Toulouse-Lautrec, me hacía soñar de pequeña diciéndome que era a mí a quien pintaba. Solía leerme cuentos por las noches, después de prepararme un gran vaso de leche con miel. Era todo un ritual. Me tapaba hasta la barbilla y yo le rogaba que apretujara las sábanas mientras me embargaba esa sensación de protección que sólo experimentas a tierna edad, cuando confías en que al lado de tus padres nada malo puede pasar.

Pero cuando ella cerraba la puerta, para disfrutar de la soledad con mi padre, yo acostumbraba a tener pesadillas. A veces, eran sagaces serpientes, las adivinaba al fondo de la cama, cautelosas, esperando para atacar, obligándome a acurrucarme, para ganar terreno. Otras, era un hombre detrás de la cortina. Y en ocasiones, creía que mis padres abandonaban sigilosamente nuestro piso de ochenta metros y me dejaban sola.

Con la excusa de que me hacía pis, saltaba de la cama, abría la puerta de la habitación y me plantaba en el pasillo iluminado hasta que escuchaba sus pasos acercándose y devolviéndome al cuarto con una linterna que creaba sombras siniestras en la oscuridad y hacía que los ojos de los muñecos cobraran vida.

Con el tiempo, el desayuno se fue convirtiendo en mi momento favorito del día, pero por aquel entonces me costaba digerir la

papilla de cereales que bien temprano colocaba mi madre en la cocina frente a mí. Aunque lo hiciese en un plato transparente en cuyo interior flotaban peces y caballitos de mar. Sobre mi cabeza colgaba un calendario en el que se mezclaban círculos rojos y azules, consejo del pediatra a unos padres primerizos que perseguían que su hija de tres años dejará de mojar las sábanas. Cuando se unían cinco círculos azules de sequía, había premio.

En esos primeros años les di algún que otro disgusto a mis padres. De repente, me quedaba con los ojos en blanco, sufría convulsiones febriles y corrían conmigo en brazos, mi madre llorando, en el Seat Panda 127 blanco, al hospital. En una de esas ocasiones, desde mi cuna, una de las más alejadas de esa habitación rectangular de colores claros formada por dos hileras de colchones para bebé, con olor a palos de madera de los que violan tu garganta y medicamentos, tengo consciencia de la alegría de sentirme rescatada por mis padres que, junto a la puerta, charlaban con la enfermera. Portaban como regalo de bienvenida un armario blanco de muñecas y dos barriguitas: un hada de pelo rubio oro y una bruja con el color incendiario de mi cabellera.

El parque de la ciudad era uno de mis destinos favoritos. Me llevaban a dar de comer a los patos y a peregrinar por aquel laberinto botánico de ramas frágiles donde estrujar la hierba fresca y en el que hundir mi pequeña nariz. En mi pecho no duermen las horas de sonrisas de jardín que recorrí atrapando mariposas y estirando ilusiones en bici con mi hermana Jimena, por aquellos caminos; ella, en una azul de cuatro ruedas, y yo en una roja con cesta y timbre, de dos.

La vida era una naranja jugosa escurriéndose entre los dedos...

Mi hermana, de mirada gigante, pequeñas manos y piel cetrina, era lo contrario a mí. Glotona, chicozo y de sonrisa paciente, desde su nacimiento congenió mejor con mi padre, policía de vocación, que vio por segunda vez truncado su sueño de un vástago.

Solíamos disfrutar nuestras vacaciones en un pueblo mediterráneo del noreste de España. El apartamento era propiedad de mi abuela

Raimunda, una mujer entrada en carnes, rubia y con unos enigmáticos ojos azules. De alta cuna, ni la guerra ni los duros años que la siguieron hicieron mella en su vida. Según mi padre, en su juventud rompió muchos corazones, aunque fue mi abuelo Horacio, un buen hombre al que la edad y la artrosis habían doblado algunos dedos de su mano, el que se llevó el gato al agua.

Como cada verano, los cuatro atravesábamos el área de servicio de Lleida ya entrada la noche; a mi padre nunca le ha gustado conducir con sol. Una luna de queso nos perseguía al otro lado de la ventanilla, a igual velocidad. A mitad de camino, parábamos para estirar las piernas y saborear aquellos bocadillos de tortilla francesa con monumentales rodajas de tomate y envueltos cuidadosamente en papel de plata. Rumbo a escapar de nuestros habituales horarios.

De nuevo en el coche, Jimena y yo solíamos alternar las ansias de estar en vela por ver el mar de lejos, con episodios de ojos cerrados. Pero cuando estábamos a punto de alcanzar la Ciudad Fantasma, en realidad la petroquímica de Tarragona, infestada de miles de luces de irrealidad, mi madre nos avisaba para crear ese mundo mágico propio de la niñez.

Al llegar, subíamos los tres pisos a pie, mi hermana y yo tambaleándonos medio dormidas, mientras mi pobre padre se ocupaba de subir todo el equipaje. Al abrir la puerta, nos abrazaban una mezcla de olores, a cerrado y a mar. El preludio de un verano de estirones y castillos de arena. Cuando amanecía, todo estaba en su sitio en el apartamento de tres habitaciones, cocina, salón comedor, un baño, terraza y galería.

Teníamos la costumbre de desayunar en la terraza. Probablemente ése era, junto con las siestas, el único momento en el que acostumbraba por aquel entonces a llevar el pelo suelto; un moño bajo y revuelto constituía mi seña de identidad. La película de *Las Zapatillas Rojas* marcó un antes y un después en mi vida y, fascinada por los gráciles movimientos de los bailarines y la sensación de ingravidez que transmitían, no pude hacer otra cosa que sucumbir a la estética del ballet.

Mamá nos traía zumos de naranja natural recién exprimidos y nos urgía a que nos los bebiéramos enseguida, para que no se

fuesen las vitaminas. Olía a sal y, a lo lejos, en el horizonte, se divisaba el mar. Papá se marchaba temprano a colocar las sombrillas en la arena. Justo debajo de nuestra terraza había casitas de dos plantas y, enfrente, una llena de hiedra y flores, de elegancia decadente, donde veraneaba una familia alemana cuyos miembros se volvían de color salchicha conforme se sucedían los días. Lo mismo me pasaba a mí. Mi blanca piel no soportaba los envites del sol y mi madre se afanaba en untarme crema una y otra vez. Mientras apurábamos los boles de leche con cereales, cantábamos y corríamos excitadas por toda la casa deseando hundir los pies en la arena.

Era un 26 de agosto, yo tenía trece años recién cumplidos y sólo quedaban tres días para despedirnos del Mediterráneo, regresar a casa y resignarnos al asfalto hasta el próximo verano.

Me apresuré a enfundarme el bañador blanco, fardando de marca playera en mis minúsculas caderas, algo difícil de conseguir en una piel tan pálida como la mía. Mi amiga Noe me esperaba como cada día para surcar las olas en colchoneta y atiborrarnos de quicos de maíz. Era un año mayor que yo, de dulces ojos azules y ondulada melena castaña. Envidiaba que ya tuviera la regla, a nuestra edad eso le hacía parecer interesante; tampoco me resultaba fácil ocultar mi fascinación por su pecho, a mí apenas me dolía al tacto de las camisetas de dibujos imposibles que me había comprado mi madre al comenzar la temporada. Aquel invierno se había convertido en La Caperucita de una famosa marca de galletas y su anuncio se repetía sin cesar en las sobremesas de *El coche fantástico*. Se podía decir que era popular. Pero, sobre todo, se convirtió en mi amiga y confidente.

Desde el inicio, nos habíamos colgado las dos por un chico, de unas hamacas más a la derecha, bajo el edificio de toldos de rayas amarillas y blancas y barrotes dorados destinado a turistas. En cuanto le vi, le supliqué a mi madre hasta que me aseguré de que me comprara un par de biquinis de triángulo para tapar la parte de arriba de mi anatomía. Me daba vergüenza andar medio desnuda

por la playa y que él pudiera verme de esa manera. Pese a mi altura, sólo me había aparecido un poco de vello en las axilas y sólo sentía un ligero dolor en el pezón izquierdo, así que seguía siendo una niña en apariencia y me preocupaba sobremanera que él pudiera descubrirme así.

Se me aceleraba el pulso cuando nos sorprendía a Noe y a mí espiándole mientras jugaban a vóley. Era un chulo. Un canalla sabedor de su potencial adolescente que se hacía de rogar a través de sus claros ojos indefinidos. Que sabía que gustaba. Que jugaba en la playa con las chicas que se amotinaban a su alrededor, monas y bien formadas, subiéndolas dentro del agua sobre sus hombros mojados, enredando y tocando más allá de lo que yo hubiese permitido, para luego someterlas a aguadillas bajo sus manos, entre las complacientes risas de ellas y los vítores de ellos, sus colegas, que animaban con palabras al capataz de la pandilla. Desprendía una luz inusual y difícil de explicar. Nunca antes había sentido algo similar. Me quedaba embobada, detrás de mis gafas de sol de montura roja, intentando memorizar sus facciones increíbles de labios definidos, escuchar de cerca su recién estrenada voz de hombre y perderme en el leve sube y baja de su colgante de plata vieja. Necesitaba rozar su melenita de mechassurferas con mis dedos y curiosear con mi nariz su piel bronceada después de sudar. ¡Parecía sacado de una de mis revistas! Yo estaba como atontada. Y más tímida que nunca. Treinta y cinco focos de fuego.

Fueron apenas unas semanas compartiendo playa, pero nadie que haya vivido un enamoramiento adolescente podrá subestimar la increíble atracción, la poderosa obsesión, que me tuvieron presa y encandilada durante aquellos días.

Escondida bajo las sábanas blancas de las siestas, y con sentimiento de culpabilidad, me tocaba mientras soñaba con un furtivo beso del chico de la playa, anhelando ser una de esas chicas caprichosas de la playa. Tragar agua como ellas. Sumergirme una y otra vez en el mar entre sus manos... Estaba loca por él. Extasiada por culpa de esas manos que hundían. Con virulencia.

Adrián.

Aquella mañana, arrugadas como pasas y con el agua hasta la cintura, discutíamos. Hasta ese día habíamos estado de acuerdo en casi todo. Noe, mucho más lanzada, trataba de persuadirme e insistía en la posibilidad de acercarnos a saludar a aquel adolescente y a su corte, sólo unos metros más allá. Observamos a los cinco chicos solos. A lo lejos, mi madre ya no jugaba con mi hermana a las paletas, debían de haberse ido a pasear por la playa, y mi padre seguía cazando pulpos tridente en mano, allá, donde la boya roja. Lamenté estar lo suficientemente lúcida como para verificar cómo las horas en el pueblo mediterráneo de mi infancia se iban extinguendo a cada minuto, sin que ninguna de las dos hubiésemos dado el paso de abordarlos hasta entonces, entre ola y ola.

De repente, un latigazo en el pie.

—¡Mierda!

Un dolor insoportable me hizo retorcerme. Empecé a gritar y Noe, desconcertada, ignorando el motivo de mis aullidos, comenzó a vociferar y a pedir auxilio. Tanto se desgastó berreando que Adrián y sus amigos, al vernos, no tuvieron más remedio que nadar desde lo lejos hasta las majaretas que poco menos que estaban estirando la pata en medio del mar. Entonces olvidé el dolor y el motivo de mis sollozos. Él me cogió en brazos, y yo no pude evitar sentirme en esa captura como un torpe saco de patatas entre sus músculos, ni siquiera me atreví a abrir la boca. Me dejó en la orilla de la playa. Ya era poco probable que me fuera al otro barrio, y si me iba, lo haría feliz como una perdiz.

—No mires —espetó dirigiéndose a mí de repente.

Giré la cabeza y tragué saliva. Cerré los ojos. Me abandoné desconcertada a mi primera y única lluvia dorada, a la suerte del toque de gracia de la bendita medusa y la vergüenza de su orina en mi muslo, ante la atenta mirada de Noe.

—Venga, pelirroja, no me lo tomes en cuenta, ya verás como te molesta menos ahora —sonrió vacilón.

—¿Tengo que darte las gracias? —gemí perpleja. Esquivé su mirada. Qué guapo era. Me sonrojé. Por supuesto que le ofrecía el indulto... Desde el principio lo había hecho.

Noe, en una mezcla de risa contenida y preocupación, no paraba de repetir mi nombre, hasta que se marchó corriendo en busca de ayuda.

Él se agachó y me tendió la mano.

—Cecilia... —dijo lentamente—. ¿No te parece que deberíamos ser amigos después de esto? —me rogó insolente mientras me tendía su mano de dedos largos.

Me quedé muda. No encontraba palabras. La situación era inverosímil. No sabía si besarle o darle una patada en la espinilla; finalmente agarré su mano para ponerme en pie, roja como un pimiento. Me molestaba tanto la pierna...

—Interpretaré eso como un sí —se apresuró a contestar con una sonrisa perversa.

Estaba aturdida. Mareada. Me temblaba todo el cuerpo.

—Mañana hemos quedado a las seis para ir a las ferias, es mi cumpleaños... Raúl, Bonilla, Luete, Jordi. ¡Estaremos todos! ¿Qué me dices? —me provocó persuasivo a la vez que me presentaba a toda la tropa.

Alcé las cejas. Todas las pupilas estaban clavadas en mí.

—Diecisiete tacos no se cumplen todos los días, ¿no? Además, tú sabes que me debes una por mi heroica hazaña...

Me dio un vuelco el corazón. Diecisiete, nada menos...

—Si tú lo dices... —titubeé para hacerme la interesante, a sabiendas de que era una locura que pensaba llevar a cabo—. Quizás...

—¿Tú cuántos tienes? —me preguntó clavándome los ojos.

—Quince —mentí jadeando.

Me observó con atención, desde muy cerca. Creí que me había descubierto. Que de repente sabía que no estaba siendo sincera.

—Eres una niña encantadora —respondió seductor, en un gesto de superioridad. Me ruboricé, aliviada. Y más niña que era, pensé.

Entonces, apareció Noe con la socorrista, rompiendo la magia. Me trasladaron, coja, hasta la caseta prefabricada de la Cruz Roja.

Allí me lavaron con agua de mar y aplicaron frío sobre la zona infectada. Al rato, hicieron su triunfal entrada mi madre y mi hermana Jimena, ambas con cara de circunstancias. Adrián y su cuadrilla retrocedieron instintivamente. Era demasiado pronto para

que conociera a ningún miembro de mi familia. Estaba abochornada por la situación. Por todo. Mierda. Las circunstancias eran las peores. Bajé la barbilla hacia el suelo...

Adrián y el resto se despidieron. Mi madre les dio las gracias. Se marchaban, dijeron, a pillar unas limonadas al chiringuito. Me preguntaron si quería una. Negué con la cabeza. La volví a agachar.

Adrián, antes de abandonar la caseta, que olía a mercromina y humedades, se acercó a mí.

—Nos vemos —me susurró al oído.

Me guiñó el ojo, desde la puerta, esbozando una deslumbrante sonrisa.

Quería morirme. ¿Por qué de pronto me sentía huérfana? No te vayas. No te vayas. Por favor. En medio de mi turbación, se hizo una luz en mi cerebro. Un sexto sentido me revelaba una verdad poderosa: ese chico se había fijado en mí, quizá con la misma intensidad que yo me había fijado en él. Meneé la cabeza: no, eso no era posible.

No sabía cómo nos lo montaríamos, pero no podíamos faltar de ninguna manera a esa cita. Pasé una tarde de lo más familiar entre puestos ambulantes en Cambrils, muy cerca del pueblo de mis vacaciones, paseando bajo las luces nocturnas del paseo marítimo, descubriendo nuevos aromas y disfrutando del *suquet de peix*, de los calamares a la romana, la sepia a la plancha, las almejas a la marinera y unas deliciosas gambas al ajillo en cazuela de barro. En mi bolso bandolera guardaba la fragancia estival que acababa de adquirir con mis ahorros para el día siguiente, la acaricié con las yemas de los dedos como si de un talismán se tratara. Era una mezcla de orquídeas, magnolias y duraznos, con un toque especial de almendras, musgos y leche de secuoya gigante. Pero a mí me olía a arena mojada, a ilusión y emociones atropelladas. Estaba realmente nerviosa.

Esa noche no pegué ojo, había convencido a mis padres para que me permitieran, supuestamente, acudir con Noe y sus

progenitores a la heladería del paseo y luego a cenar. Mi plan no podía fallar.

Al día siguiente, el cielo de aquel pueblo de la Costa Dorada se teñía de azules, rosas y morados mientras Noe y yo atravesábamos las vías del tren con valentía impostada, intercambiando miradas y dejando atrás demasiado. En mi bolso, una trenza encendida de mi cabello envuelta delicadamente en un pañuelo de seda malva. Me había cortado la melena, que casi me llegaba hasta la cintura, poco antes del verano, un acto de afirmación adolescente del que me arrepentí en cuanto salí de la peluquería. Por ese motivo había guardado la trenza, como si fuera un amuleto. Ahora era para él. Para que nunca la perdiera.

Cruzamos las angostas calles, apenas brechas entre edificios sombríos que se inclinaban hacia nosotras y confluían en la avenida principal. Pasamos por delante del peso antiguo, frente a la farmacia de la esquina, aquel en el que me subía cada agosto para ver mi evolución. Altura y peso eran anotados en lápiz, junto con los de mi hermana, detrás de la puerta del salón del apartamento del edificio Estrella.

A lo lejos, las luces centelleantes de las ferias, con la noria presidiendo y alcanzando las nubes y los truenos. Un escenario mágico en el que, a medida que avanzábamos, la música, el olor a palomitas, a algodón dulce y perritos calientes, se hacía más evidente. Nos mirábamos risueñas. Inocentes. Decididas a precipitarnos hacia esa noche que desembocaría en lluvia y que todo lo cambiaría.

Cada verano había sido perfecto, hasta este último.

Se acabaron de golpe las edades de sal y los juegos de arena, los años donde las rabetas se calmaban con un dulce. Los días con olor a goma de borrar, el eco de los tambores de mi patio de colegio y las manoseadas cartillas de color hueso, forradas en plástico, con las tablas de multiplicar dieron paso a las hadas muertas.

Ya no volveríamos a ese lugar. Aunque seguí creciendo, nunca más volvería a pesarme en la esquina de la farmacia ni a apuntar lo

que medía detrás de la puerta del salón.
Jamás.

II QUINCE AÑOS DESPUÉS

Absorta en la rústica tarea de pasar lista a las gallinas, no reparé en el timbre. Era Charlotte, mi vecina, que como cada mañana me traía pan recién hecho; a cambio yo le obsequiaba con unos cuantos huevos frescos de mis inquilinas aladas.

Hacía ya dos años, el verano que cumplí veintiséis, que había decidido trasladarme a vivir a Santa Agnès de Corona, un tranquilo pueblecito de Ibiza donde me convertí en la casera de una preciosa casa payesa propiedad de Valeria, una buena amiga. Aunque había acabado la carrera aceptablemente, y podía haber encontrado algún trabajo, lo que quería era tiempo y espacio para escribir. Dos semanas antes del traslado, había recibido la llamada de Noe. Hacía meses que no sabía nada de ella, pero no me sorprendió. Noe es y será una de esas amigas que aunque pase el tiempo sin tener noticias de ella, siempre sabes que va a estar allí.

Me habló de lo apasionante que le resultaba su trabajo; parecía satisfecha con el sentido que había cobrado su vida y sus labores como abogada, profesión en la que volcaba su fortaleza y su personalidad. Me alegré de escucharla, por fin, después de tanto tiempo. Pero en su timbre de voz noté que no se atrevía a decirme algo que le rondaba. No acababa de estar segura de si debía transmitirme esa información, o por el contrario, pasarla por alto y dejar que las cosas quedaran como estaban.

—Cecilia...

Se quedó callada después de pronunciar mi nombre. Me asusté.

—¿Qué pasa, Noe?, me estás preocupando. ¿Estás bien?

—No sé si cometo un error...

—Noelia, te lo ruego, me tiemblan las piernas... ¡Escupe ya lo que tengas que decir!

Dudó. Me recuerdo tragando saliva.

—Hace algo más de un año tuvo un accidente de avioneta — susurró por fin.

No contesté.

—¿Quién?

—Cecilia. Sabes de quien te hablo...

Tragué saliva.

—No va a recuperarse. Está en coma.

No esperaba algo así.

Se me durmieron las manos y los brazos.

Casi sin aliento, me dejé caer en la silla y rebusqué en los cajones de la memoria, derramando sobre el suelo la gran taza de té que me acababa de preparar.

—¿Me oyes, Cecilia? Te has librado de él. —No podía emitir sonido alguno—. El destino es caprichoso, cariño...

Fue lo último que escuché antes de echarme a llorar. Mentiría si no reconociera que fue en ese momento cuando decidí volver a reconciliarme con el mar. Con Noe, al otro lado del teléfono, escuchando mis sollozos reprimidos durante años.

—¡Cecilia! ¡Soy yo!

Del susto, un huevo fue a parar al suelo.

—¡Cecilia! —volvió a chillar una voz femenina con su español teñido de pinceladas francesas.

Y es que, pese a llevar en Ibiza más de treinta años, su acento seguía revelando sus orígenes galos.

—¡Voy! —me apresuré a contestar.

Abrí la puerta y la invité a pasar. Traía consigo una botella de vino blanco, salmón que ella misma había marinado con mimo, un poco de queso y un exquisito pan de nueces.

—Charlotte, ¿qué celebramos? —le pregunté intrigada mientras le estampaba dos besos.

Sonrío.

—¿Me vas a dejar entrar o no?

Se adelantó orgullosa y sonriente mientras meneaba su generoso pandero. La seguí intrigada. Charlotte era una adorable mujer de cincuenta y nueve años, jovial, que nunca había tenido hijos y que vivía en pecado con Leo, un empresario catalán, propietario de una pequeña editorial, al que había conocido durante unas vacaciones familiares en la isla pitiusa. Era una pareja muy bien avenida. Él era un hombre tranquilo, que vivía a caballo entre Barcelona e Ibiza, que convivía con Charlotte, quien envejecía bellamente, culta, deliciosamente brava, valiente y felizmente atrapada entre sus pinturas y la magia de la isla.

Me fui a la casa a buscar un par de copas. Por el rabillo del ojo vi como Charlotte se dirigía hasta mi rincón favorito del jardín, junto a la piscina, y sobre el mantelito de cuadros vichy rojos y blancos de la mesa, colocaba el temprano almuerzo. Después, rebuscó en su cesta de mimbre. Oculto y envuelto cariñosamente en un pañuelo de lino, extrajo un libro.

Me acerqué. No pude contener las lágrimas.

Me cogió con ambas manos la cara y mirándome a los ojos me dijo que recordase lo que me había dicho. Que ese libro y las palabras que había vertido en él, me harían libre para siempre.

Leí ahogando un grito silencioso. Apreté con mis temblorosos dedos las tapas duras del volumen.

Lo que moja la lluvia.

¡Por fin tenía mi novela en las manos! El resultado de tanto trabajo condensado en trescientas páginas. Era lo que más me había costado hacer en la vida y también lo más ineludible. Hacía unos meses le había enviado el original a una pequeña editorial, una de mis favoritas. ¡Y habían aceptado publicarla! En la portada, una ilustración hipnótica. Charlotte se había encargado de darle sentido y color a la historia que escondían sus páginas con una creación suya. Lo olí. No podía creerlo.

Ella había sido clave. Desde que aterricé en Santa Agnès, en largas conversaciones, me había ayudado enormemente a situar la historia en su ciudad natal, en un París de acuarela, y a comprender mejor la vida francesa a través de sus cuentos y recuerdos de infancia.

Yo había estado en París años antes, en el viaje de fin de curso, con mis compañeros de la licenciatura en Periodismo. Fue una ocasión memorable, ocho días de auténtico frenesí. La Revolución francesa.

La ciudad me regaló la necesidad del cambio. No sólo por la belleza de sus recovecos, sino porque, inexplicablemente, por algún otro motivo, en aquel lugar se instaló en mí la sensación de reconciliarme por fin conmigo misma, con la vida en general. Aquello me hizo pensar por primera vez en la posibilidad de escribir. Como si el agua turbia de sus aceras borrara de un plumazo mi pasado más oscuro.

La víspera de nuestra partida, tras un día de lo más artístico, en espléndida armonía entre lo antiguo y lo moderno, los que sobrevivimos a la borrachera de la noche previa, visitamos el Louvre y callejamos después, calándonos bajo la bruma de un París de nieblas que se clava en lo más hondo. Nada hacía presagiar lo que iba a dar de sí la noche.

Cuando las tiendas bajaron las persianas, nos dirigimos corriendo hasta el río. Acabamos hacinados en un restaurante español a orillas del Sena, resguardados de una lluvia rebelde. El tiempo, detenido. Habíamos pasado la tarde deambulando por Le Marais, en la margen derecha del Sena, y como la lluvia nos había dado un poco de tregua, nos habíamos deshecho de los paraguas. Gran error. Poco después, las gotas montaban en cólera y amenazaban con azotarnos con la fuerza de un disolvente. Sin embargo, no hacía frío. Mis calcetines estaban encharcados, como si los hubiese metido bajo la ducha del hotel.

Por supuesto, las había en peores condiciones que yo: la que estaba en un estado más lamentable era Valeria, la novia de Ezequiel, uno de los más guapos de mi promoción pero tan celoso que se había llevado a su chica al viaje. Suponíamos todos que para evitar que se liara con otro durante su ausencia. La observé sentada frente a la mesa, ordenando su rubia y mojada melena ondulada por encima del hombro, mientras se encendía un cigarrillo. Llevaba los labios pintados de un fulminante rojo y se mecía sobre unos tacones de infarto que no dudó en quitarse nada más llegar. Sonaba música flamenca de fondo. A nuestra izquierda, una pata de jamón expuesta en una vidriera no paraba de dar vueltas, como si de una

bailarina dentro de una caja musical se tratase. Pedimos vino para acompañar el arroz negro que se estaba cocinando. Sacamos los cubiertos de un cajón escondido en un lateral de la mesa. De entrante, una esferificación de aceituna verde y unos vasitos de ajoblanco. Nuestro último día en París.

Recuerdo pasar de una atmósfera de risas al llanto. Nuestro grupo, enfrascado en contar anécdotas del curso y críticas despiadadamente graciosas, continuaba entre carcajadas dejando a la luz dientes cada vez más negros, diana de las fotos que conservarían aquellos instantes locos. Presentía que algo iba a suceder; el camarero no le quitaba ojo a Valeria. Ezequiel, a mi lado, se estaba poniendo malo cada vez que el *garçon* rellenaba las copas de vino y de soslayo clavaba la mirada en el vestido mojado de nuestra compañera. Ella, divina, por joder supongo, ya harta de la mirada inquisidora de Ezequiel, sacaba pecho.

Cuando se alejó el camarero, Ezequiel intervino.

—Ya está bien, ¿no? Llevas toda la noche calentando al personal.

Nos miramos todos, estupefactos. Teníamos ganas de que estallara otra tormenta. No queríamos perdernos ni una. Y estábamos, la gran mayoría, lo suficientemente cocidos como para unirnos al vencedor con una ovación. La noche prometía.

—No me montes el numerito, ¿ahora qué coño te pasa? —se apresuró a contestar Valeria, toda romanticismo.

—Valeria. Tápate. O ponte la servilleta. Con ese vestido se transparenta todo, el camarero no para de mirarte... ¡No me jodas! Si se te ve hasta el código de barras...

De repente, todos los ojos dirigidos al vestido de Valeria, con la que la lluvia se había ensañado.

Ezequiel se tocó el pelo con ambas manos.

—Déjame en paz, estás haciendo el ridículo —le contestó Valeria, poniendo a prueba su paciencia—. Llevo sujetador... Esto es absurdo... ¿Qué hago dándote explicaciones? Hago lo que me da la gana y como sigas con el numerito, me lo quito.

Valeria masculló un insulto en voz baja, pero no me enteré porque justo en ese momento estornudé inoportunamente.

—¡Que se lo quite! ¡Que se lo quite! —gritó la afición al unísono.

Ezequiel los mandó callar, realmente cabreado.

En el fondo, creo que Valeria estaba más que satisfecha al comprobar que los demás nos estábamos dando cuenta de lo inseguro que podía llegar a ser Ezequiel, a pesar de sus esfuerzos por convertirse en el gallo de corral. Lo más fuerte era que se palpaba la química entre ellos. Pero Valeria se había sublevado y lo estaba sacando de sus casillas. Adrede. Las mujeres, que de esto sabemos un rato, nos damos cuenta enseguida de los pequeños detalles. Y es que Valeria tenía enfilada a Berta, dos asientos a mi derecha, que estaba disfrutando en silencio de la escena.

Berta se había comportado de manera descaradamente seductora con Ezequiel durante todo el curso. Éste, con una venda en los ojos de tres centímetros de espesor, no había puesto ni una sola vez freno a sus intencionados acercamientos, tachándola, equivocadamente, de amiguísima compañera de pupitre. Era obvio que la otra se moría por un beso o, poesías aparte, por un revolcón.

De nuevo, el camarero. Todos con la vista hacia el muchacho al que le habían asignado nuestra mesa de veinticuatro comensales. Un poquito más de vino para el grupo, también para Valeria, ésta ya con la vista clavada aposta en el chico de rasgos singularmente pajilleros. Risas contenidas.

—Ya veo, te has propuesto amargarme el viaje, iba todo demasiado bien —arremetió Ezequiel indignado.

—Dímelo tú, que me has traído para tenerme controlada —contraatacó ella.

Una de dos, o seguían hundiéndose en el fango de sus miserias, que era lo que deseábamos ansiosos, o la situación reventaba por algún sitio.

—¿Te has vuelto loca? Si fuiste tú la que hace unos meses me dijo que te encantaría conocer París después de ver *Amèlie*...

—¡Ja!

—Pero claro, te dedicas a hacer el golfo y éste es el resultado...

Valeria apretó la mandíbula. Pensé que le iban a estallar las muelas. Hasta las trancas de vinito dulce, se situó cerca de

Ezequiel, intentando mantener estoicamente la vertical, cosa que le costaba incluso sin tacones, y le propinó una sonora bofetada.

Ezequiel le iba a soltar un impropio, pero Valeria se adelantó al piropo y se echó a llorar desconsoladamente mientras abandonaba el comedor.

—Señorita, ¡se deja los zapatos! —le avisó el camarero pajillero.

Valeria observó al dispuesto joven por unos instantes, con descaro, antes de abandonar descalza el restaurante con su bolso. Luego le dirigió una mirada ahogada a Ezequiel y le sacó un dedo.

Silencio.

Como nadie hacía ni decía nada, me levanté de la mesa, cogí el móvil y me apresuré para intentar cazarla para convencerla de que volviera y se arreglara con su novio. Pero mis palabras resultaron en vano. Lloraba, gritaba con rabia y maldecía a Ezequiel como si después de aquello no hubiera un mañana. Íbamos ambas dando tumbos, cogorzas perdidas, «*comme une bulle de savon perdue dans l'air de la ville*».

Vaya maridaje: lluvia, lágrimas y el río a nuestro paso. En aquel entorno acuático de confusión mental, decidimos que lo mejor sería dar una vuelta. Eran las once de la noche y la ciudad estaba perturbadoramente bella. Y a cada paso sin zapatos, el llanto de Valeria se iba disolviendo por las aceras relucientes. Nos refugiamos bajo un portal, le ofrecí un pitillo, se lo encendí y observé en el reflejo de la pitillera cómo con la lluvia el *khol* de mis ojos se había deslizado a través de mis mejillas, Valeria sonrió y con las yemas de sus dedos intento borrar de mi cara la sombra de carbón; ella estaba aún en peores condiciones que yo, así que decidí hacer lo mismo. No entiendo cómo pudo suceder, pero allí, mareadas bajo un manto de contratiempo, frías y húmedas, Valeria agarró mi pelo suelto, acercó sin opción su cuerpo al mío y comenzó a besarme con la furia de quien quiere saltarse las normas una tras otra, adentrarse en lo prohibido, sentirse, esta vez con razón, cruel, dejándome el sello de sus rojos labios hinchados en la comisura de mi boca.

Estaba aterrada. Su lengua etílica se deslizaba sobre la mía. Asomó el miedo ante lo desconocido, ante lo que ocurriría en los minutos inmediatos al lascivo beso que estábamos protagonizando en la calle, sin percatarnos de si alguien ajeno a nuestras vidas pasaba a nuestro lado.

Enfrente de nosotras, un estrecho hotel parisino, viejo y rancio, se anunciaba con luces que parpadeaban como si de un puticlub se tratase. Como dos colegialas en medio de una travesura mayor, nos adentramos en él. En la minúscula recepción, un adorable viejecito con cara de haberlo visto todo, nos dio una gran llave, contemplándonos con un semblante vivido de esos a los que no puedes engañar.

Subimos las escaleras de caracol agarrándonos a la barandilla para no caer. Nos sosteníamos a duras penas y reíamos de puntillas en la cuerda floja entre lo moral y lo inmoral, entre lo inocente y lo pecaminoso. Alcanzamos la tercera planta. Un cartelito con el número 306 colgaba de una delgada puerta. Una habitación enmoquetada, con una cama cubierta de estampados florales del siglo pasado en su interior, nos dio la bienvenida. Abrimos una gran ventana con vistas a la enigmática ciudad. Las cortinas se mecían agitadas como nuestra respiración.

Iba a decir algo, pero Valeria me tapó con su mano las palabras y me susurró al oído:

—Será nuestro secreto, como en un juego. Esto no habrá ocurrido nunca. Yo seré Chloe —murmuró.

No hubo tiempo de réplicas. Nos desnudamos la una a la otra. Bajo la atenta mirada de la luna que se transparentaba a través de la tela, como el cuerpo de Valeria, ya Chloe, a través del vestido empapado. Nos abandonamos inexpertas a las caricias y las cosquillas de quienes se esconden y no deben ser halladas.

Después de aquello, Valeria y yo nos convertimos más que en amigas, en cómplices, unidas por una noche que, en ausencia de testigos, nunca existió. Jamás volvimos a repetir la experiencia. Ezequiel no supo de Chloe, ni de sábanas compartidas y con el transcurso de los meses cada vez le consentía más a Valeria. Mucho más seguro de su amor. Y del de ella, que se fue labrando

una carrera de violonchelista de éxito. Mi compañero, dueño de una revista para adolescentes, la acompañaba con su iPad a cuestas.

Cuando Valeria insistió para que le cuidara la casa de Ibiza durante sus constantes viajes, vi el cielo abierto, la posibilidad para mantenerme mientras escribía.

En mi libro no aparecía esa historia, pero sí que estaba permeado por todas las sensaciones que me había dejado. En las semanas que siguieron, no hacía más que recibir llamadas de mis amigos contándome cuánto les había impactado el libro y preguntándome de dónde había sacado esa mezcla de poesía y locura. Si ellos supieran.

Una mañana, recibí la llamada de mi entusiasmado editor: mi novela no sólo había recibido unas críticas arrebatadas, sino que, además se había encaramado a los primeros puestos de las listas de más vendidos.

En cuanto colgué el teléfono, sentí la necesidad de coger la moto y gritar muy alto. Correr sin huir. Estaba contenta de verdad, no como esos payasos tristes que se ríen con llanto y lloran con carcajadas. Atravesé caminos de pinos, higueras, almendros, algarrobos, olivos, palmeras y naranjos. Sin mirar atrás. Dando un portazo a mi angustia. Mi cólera. Las hojas olían a libertad. No las de los árboles, sino las del libro que siempre llevaba conmigo y que en ese momento apretaba contra mi regazo. El aire del campo me emborrachaba de nuevas ilusiones, me abría un nuevo mundo a mis pies, teñía la sombra de mi pasado de todos los colores, como los del centelleante parque de atracciones de mi corta infancia.

Mis veloces pensamientos y yo llegamos hasta Cala Xarraca, a menos de cuatro kilómetros de Portinaxt, al norte de Ibiza. Abandoné la vespa rosa sin ningún cuidado. Avancé por la tostada arena, mientras prácticamente me arrancaba el vestido de cremallera sin fin. No había nadie, el chiringuito dormitaba a medio gas bajo un cielo alborotado, emulando al perro de la terraza que me observaba entre bostezos. Había olvidado el biquini, pero eso ya poco importaba. Mientras la lluvia empezaba a caer, nadé con

fuerza hasta alejarme de la orilla. Y cuando mis pies hacía metros que no tocaban suelo y me resultaba imposible respirar cada dos brazadas, comencé a llorar de histérica alegría. Todavía sosteniendo entre mis manos los restos del libro, que yacían sin orden en el mar convulso.

De vuelta a casa, con un hambre de lobo y empapada de agua de verano, de esa que tan poco me gusta, a punto estaba de entrar en Can Calèndula, cuando tuve que derrapar para evitar embestir con mis dos ruedas a un erizo o algo que se movía. Faltó poco para estrellarme contra el muro de la finca. Caí sobre mi costado derecho. Por fortuna, sólo me hice un rasguño. Todo para esquivar a esa cosa mullida. Conforme me acercaba, percibí ese sonido tan característico. El de un maullido.

Me agaché. Cogí con sumo cuidado al animalito de color negro, nariz chata e inmensos ojos ámbar que cabía en la palma de mi mano. Me resultó raro. Aquel tipo de gatos, de raza, como el de la protagonista de mi libro, no se perdían por los caminos. Era como si alguien lo hubiera dejado allí a propósito. Aunque lo más probable —intenté olvidar cualquier tonta coincidencia— era que se le hubiese escapado a algún vecino de la zona, porque no parecía estar hambriento. O al menos no más que yo.

Entré en la finca a través de la puerta de forja blanca y cerré a mis espaldas. Volví a pensar en cómo, a través de las páginas, Ada también se había encontrado un gatito de las mismas características. Aparté esa idea de la mente.

—Venga, Cecilia, no seas estúpida —murmuré para mis adentros.

El animalito temblaba de frío, así que me dispuse a prepararle una improvisada cama en mi dormitorio, invadido por una inmensa cama con dosel.

Sequé al nuevo inquilino con una toalla. Lo froté enérgicamente para hacerle entrar en calor. Parecía dócil. Del armario de madera saqué una manta de lana y la doblé con cuidado. Lavé mi jabonera de porcelana y la llené de leche de arroz, una solución con la que remendar el problema de la comida, al menos hasta conseguir algo digno que ofrecerle a ese pequeño estómago. Lo coloqué sobre la cama y se durmió. Cerré la puerta para evitar que cayera por las

escaleras y decidí regalarme una ducha para eliminar la sal de mi cuerpo. Me sentía como si el gatito y yo viviéramos juntos desde siempre.

III

EL CHICO DE LA PANADERÍA

La isla no era una porción de tierra, sino un estado de ánimo, y la casa payesa no era una casa al uso, custodiaba cosas sorprendentes. Al otro lado del jardín, se alzaba un anexo de madera diáfano que escondía una sala de ballet de suelo flexible, forrada de espejos, con techos altos de vigas de madera, barras, unas punteras colgadas en la pared, resina y un piano de cola oculto bajo una sábana. Por las noches, la luz se colaba en la estancia por las ventanas, creando reflejos de un poderoso color azul que dilatava el tiempo.

Me preparé arroz a la cubana. Hacía días que las temperaturas no bajaban tanto y me apetecía algo caliente. Colé el arroz recién hervido, lo bañé en agua fría y lo envolví en los olores de un apetitoso sofrito de cebolla, ajo, pimiento verde y vino blanco. En una sartén freí un par de huevos y los deslice sobre lo anterior, con el mimo y la distancia de quien sueña despierto.

Las gotas de agua golpeaban los cristales de la cocina, en cuyo centro se hallaba una mesa de pino de dimensiones medianas que contribuía a dar calidez de hogar a aquella habitación. Me sorprendí devorando el mediodía tardío y observando sin atención la lágrima que resbalaba en mi copa. Ensimismada.

En cuanto la comida me hubo devuelto el color de las mejillas, el cómodo sillón del fresco salón recogió el peso de mi cuerpo, que cayó en picado, dispuesto a dormir sin alarmas. Descolgué el teléfono y apagué el móvil.

A las siete de la tarde, los maullidos del pequeño de patas negras, como el betún de Judea, alojado en mis dominios, me despertaron de mi letargo. Al abrir de nuevo la comunicación, tenía veintisiete llamadas perdidas. Mi editor insistía en que debía atender

a los medios, dar entrevistas. Por lo visto, me estaba convirtiendo en todo un fenómeno. Pasé todo lo que restaba de día pegada al auricular insistiendo en que no quería aparecer en ningún periódico, que todo lo que tenía que decir estaba en el libro. Acabé exhausta. Antes de recogerme en la habitación, me embadurné generosamente en hidratante de aceite de oliva; en ese mismo instante, llamó Valeria.

—¡Cecilia! —chilló desde el otro lado del auricular.

—¡Valeria! ¡Que me vas a dejar sorda! —respondí divertida.

—Esto se me está haciendo cuesta arriba, ya no aguanto más, nena. Necesito achicharrarme y no pegar ni golpe. Esta semana acabamos con las chirigotas estas y en nada nos tienes ahí para volverte loca.

—Que sepas que no pienso cambiarme de habitación, me he hecho fuerte y me he agenciado la habitación grande, así que os las apañáis con la añil —la chinché—. Además —proseguí—. ¡Me he echado compañía! —le insinué no sin poco sentido del humor.

—¡No! No me lo creo... ¡Espera! ¡No me lo digas! ¿El perroflauta de la tienda de antigüedades?

—Frío.

—¡No! Ya sé, ese que te regala los bollos de leche, el de los pantalones harinosos —intentó adivinar sin éxito.

—No seas boba —contesté—. Si ni siquiera me habla...

—Debes decírmelo... no me puedes dejar así. ¿Y si se estrella el avión? ¿Y si es un loco que te quiere asesinar? ¡Nadie daría con su paradero! —se burló.

A kilómetros de distancia, intuí su mueca irónica y caprichosa.

—Entonces, ¿cuándo dices que dejaréis caer vuestro culo por este lugar? —cambié de tema.

—La semana que viene. ¡Ay! ¡Por favor! ¡Qué ganas! Cuento los minutos que quedan, ya me he hecho incluso la maleta. Y la de Ezequiel. Las tengo a las dos en el pasillo, mirándome con ojos tiernos —contestó. Se calló y rió casi al mismo tiempo—. Andaaaa, ¡desembucha!

—¡Te cuelgo! —chillé—. Y contestando a tu pregunta: de tamaño, pequeño...

Noté la decepción a kilómetros de distancia. Contuve la risa.

Nos despedimos unos minutos después. La semana siguiente, finalmente, Valeria regresaría a su amada isla de verano. Me apetecía mucho reencontrarme con ella.

Días más tarde, me introduje eufórica en casa para preparar divertida el pastel de patata y atún, el plato favorito de Valeria, que regresaba esa misma noche junto a Ezequiel para disfrutar los dos de su mes de vacaciones en la isla pitiusa. La casa payesa pertenecía a la madre de Val, una bailarina que había hecho lo indecible por inculcarle a su hija el gusto por la danza y que se había trasladado a Estocolmo al casarse de segundas nupcias. Valeria se decantó por la música. Por el violonchelo. La filarmónica de San Petersburgo, bajo la dirección de Yuri Temirkánov, la había adoptado en su seno y pasaba la mayor parte del tiempo viajando y fuera de casa, aguardando el calor estival de Ibiza.

Humo rondaba la cocina. Maullaba ante la explosión de sabores gloriosos que se estaba cocinando en aquella ala de la casa. Sobre la encimera de la cocina, un botijo de barro colmado de agua fresca para no desfallecer ante tanto trajín. Al fondo, un tocadiscos antiguo reproducía un bello tango argentino. Entre fogones y tiempos, también un caldo de pescado para el *bullit de peix*. En un típico mortero de pueblo, reposaba una picada con azafrán, ajo, perejil, almendras tostadas y trocitos de pan. En un bol, patatas peladas y cortadas a cuartos junto a los pescados de roca. *Rotjas*, rape, arañas, mero, *rascasas* saltaban hirviendo, para complacer el paladar, en un constante tintineo de ollas y sartenes.

Pensé en Charlotte. No estaba en casa, se había marchado unos días fuera con Leo. Me sentía serena, tranquila. Pocas veces bajaba la guardia y me dejaba mecer por el compás de los minutos. Pero así era en este mediodía de luz. No eran pocas las noches que una cortina de humo me envolvía infinita sin avisar, me sumía en un tren de taquicardias, sudores fríos, agotamiento e irrealidad que me devolvía los fantasmas del pasado. Instantes dilatados que no se

lavaban con jabón de tajo. Ni siquiera con el agua pura de la lluvia. Mi obsesión.

Decidí bajar al centro de la isla y así hacer tiempo hasta la noche. Compré un par de *baguettes* en la panadería más singular del pueblecito blanco. Las estanterías cobijaban panes para todos los gustos. Había cola. Cuando llegó mi turno, el chico de pupilas tristes y pantalones harinosos me obsequió con otra hornada de deliciosos bollos de leche. Juraría que me había rozado la mano al hacerlo, mis cabellos velaban mi cara y no pude verlo. También al darme las vueltas de mi compra. En esta ocasión, los segundos fueron eternos. Pero había vuelto a comprar en el mismo lugar. A enfrentarme a una simple mirada masculina. Sin escabullirme. Sin que me doliera casi. Todo un triunfo. El clima cálido me volvía resbaladiza, terrenal. Me empujaba a desear cosas sencillas y se convertía en un remedio contra la locura y un alivio para los terrores. Esas temperaturas me animaban a disfrutar del dulce bollo de azúcar, del hilo azul del mar al fondo de los laberintos de calles encaladas o del sonido de las gaviotas. Y por qué no, del leve roce de esas manos delicadas pero rudas, cálidas pero desconocidas, y de la atrevida propuesta que se adivinaba en aquel chico. Me llevé las manos a la nariz, acercándome al peligro de dejarme llevar. Intuí un ligero aroma a almizcle púrpura oscuro, seco, suave y untuoso. Poderoso entre deliciosos olores de harina y magdalenas.

Una ráfaga de aire inexistente me puso la piel de gallina. Después de tantos años, me pareció que una porción de mí se esforzaba en plantarle cara a las serpientes de mi cama de niña, al hombre sin rostro que se escondía tras la cortina y a la soledad del cuarto vacío. Con cautela.

Cuando alcancé la tienda artesana de alpargatas, Braulio, su dueño, un hombre decidido a no jubilarse por el amor que dispensaba a su oficio y con un baúl a sus espaldas lleno de historias, me llamó desde la puerta, me guiñó el ojo y se introdujo en la trastienda. En sus agrietadas manos sostenía unas preciosas alpargatas rojas, con largas cintas, distintas a todas las que había visto. Dijo que eran

para mí. Para que no me olvidara de mis dulces años de cuentos de zapatillas rojas. A los pocos meses de mi llegada a la isla, había pasado toda una tarde ociosa hablando con él de días infantiles de pegamentos y recortables, justo cuando estaba en el ecuador de la turbulenta historia de Ada que tejían mis dedos por aquellos días. Prometí acercarle un ejemplar de mi libro, le devolví su amabilidad con una inclinación de cabeza y abandoné aquel lugar de pisadas con una sonrisa en los labios.

Me deslicé rápida por la pendiente de piedras, cargada de bolsas. Me imaginé dual. Dramática y alegre, tímida y extrovertida, buena y mala, oscura y transparente, compleja y simple, deseada y olvidada. Con esto no hacía más que subrayar mi fragilidad. Mi vulnerabilidad. Pero con una sola idea, *arriver au bout* (llegar a la meta). Volví a subir a través de las calles.

En este capítulo de mi vida de desintoxicación emocional, los días eran muy diferentes, pero el denominador común era llevar la ofensiva en el tablero de ajedrez de mi mente.

El termómetro estaba casi en su cima y me desprendí de mis bolsas, mi bolso y mis sandalias de cuero en la plaza de Vila, en las garras del castillo, dentro del recinto amurallado. Estaba seca. Mis músculos se dibujaban bajo mi vestido lánguido y sudado. Tomé asiento en la terraza. Envolví gran parte de mi pelo en un moño bajo y esperé a que se acercara el camarero. El bar estaba repleto de turistas, los meses de verano eran un hervidero de recién llegados. Posiblemente por eso, cuando me dispuse a dar un sorbo a mi fría cerveza no advertí su mirada. Sin su delantal no lo había reconocido. El chico de ojos tristes sonrió. Me sorprendí relamiéndome los labios en un acto de valentía. Me detuve a observarlo sin temor. Por un momento deseé poder compartir aquel momento con él. Así que cuando se acercó a mi mesa y me preguntó si podía sentarse, le pedí por favor que lo hiciera.

—Disculpa... —titubeé para que le dijera mi nombre.

—Cecilia —sonreí tímida, aunque risueña.

—Un placer, soy el chico de los bollos. Acabo de salir de currar, necesitaba tomar algo.

Sin darme tiempo a reaccionar, me estampó un beso en la mejilla. Sólo uno.

—¿Qué haces aquí sola? ¿Esperabas a alguien?

—La verdad es que no, estaba comprando y organizando la cena de esta noche; vienen unos amigos a casa a pasar sus vacaciones, pero me supera este calor, yo también necesitaba recargar pilas... Óscar —recordé la firma de su delantal.

Había agachado la vista tantas veces en la panadería para no cruzar miradas que en varias ocasiones había ido a darme de bruces con su nombre.

—Me gusta que sepas cómo me llamo. Me tranquiliza saber que haberme sentado aquí no es una locura, si sabes mi nombre, significa que no somos unos absolutos desconocidos...

—Supongo —asentí, no sin una punzada de nerviosismo en la voz—. ¿Te apetece algo más de beber? —le pregunté apartando enseguida la mirada.

—Tomaré lo que tú tomes —contestó con seguridad.

Necesitaba alcohol para no hacer un juicio de valor a tiempo real de la situación. Avisé al camarero y le pedí otras dos cervezas. Y unas aceitunas.

—Y unas patatas, de las de Salinas del otro día —pidió Óscar—. Ya verás, son increíbles.

Hablamos hasta agotarnos, de todo y de nada en particular. Bebimos. Reímos. Era tarde. Valeria y Ezequiel debían estar a punto de llegar. Pero no quería marcharme sola. Ese día no. Y él no parecía querer soltarme tan fácilmente. Hacía tiempo que no estaba tan a gusto. Y menos con un hombre. Así que le propuse que me acompañara a casa para seguir charlando. Le presentaría a la parejita feliz, a mis amigos. Total, ellos pensaban que estaba liada con alguien. Tampoco era un hecho tan insólito aparecer con Óscar. Creo que a la única que le resultaba extraño era a mí. Fue así como el panadero subió a lomos de mi moto y con él agarrándose con fuerza a mi cintura, corrí veloz hacia el norte. Con toda la carretera por delante.

Llegamos diez minutos antes de que aparecieran los veraneantes. Entre pisotones y carcajadas intentamos presentar una mesa decente para recibir a los invitados. Sólo que esta vez seríamos cuatro y no tres. Volaban las servilletas, sorteábamos a Humo y se nos cayeron dos cubiertos al suelo que fueron a parar maliciosamente al hueco de Ezequiel. Hinchamos globos de colores y encendimos el horno para calentar la cena. De repente, el timbre y los abrazos. Las presentaciones y las caras de agotamiento. La alegría y el hambre. A lo lejos, en la cocina, nos esperaban el pastel de patata, el *bullit de peix* y el calor de la buena compañía.

Tras horas de sonidos de platos, copas, chistes y canciones trasnochadas, Valeria y Ezequiel se despidieron de nosotros.

—¿Con que no era el de la panadería, eh? —farfulló Valeria dándome una palmada en el culo—. Me encanta. Si te aburres me lo subes a la habitación —bromeó.

Se alejó con ojos cansados y una sonrisa de oreja a oreja.

Una vez Can Calèndula se hubo calmado, me asomé al jardín. Penetré en la oscuridad y le pedí a Óscar que me siguiera.

—¿A dónde vamos?

—Paciencia. Ya lo verás —dije armándome de valor.

Conduje al chico de ojos tristes de la mano hasta el borde de la piscina de baldosas antiguas, oculta entre los árboles que desnudaban sus hojas dentro. Hundí mi mano en el agua oscura y me mojé la nuca. El cielo estaba bañado por infinidad de estrellas; habría podido distinguir cada una de las constelaciones del firmamento si hubiera tenido idea alguna de astronomía. Silencio. Decidimos tumbarnos a admirar ese regalo de la naturaleza, juntos, concentrados en la luna y en nuestra propia respiración. Callados. Pero el calor era insoportable. En un impulso nada malintencionado, estoy segura de ello, Óscar se despojó de la ropa. Y animándome a hacer lo mismo, se introdujo sin ruido en la piscina. Era bonito ver a alguien disfrutar de la noche, probablemente también de la vida, con tanta intensidad que mis celos no me permitieron ser menos. En su mirada no había indicios de melancolía, ni tragedia tras sus pupilas. Desabotoné mi vestido largo, cargado de olores de tarde. Decidí no quitármelo y vacilé sin saber cómo continuar. Al final me sumergí entre telas alborotadas dentro de esa balsa de cobre que acogió

nuestras siluetas nocturnas, hechizadas y enamoradas no de ellas, sino del tiempo suspendido.

Óscar me tendió la mano.

Suspiré.

Bajo la dirección del panadero artesano, solo, en la esquina izquierda de la piscina y escondido a la sombra de una inmensa dama de noche y sus efluvios, me acerqué muy lentamente buceando como si de un túnel interminable se tratara, hasta que noté que extendía los brazos para recibirme. No quise cambiar el rumbo de la pálida noche.

—Tú querías acción, ¿no? —me dijo a medio camino entre la debilidad por besarme y el eco de mis risas durante la cena.

Me encogí de hombros, más tímida que nunca.

—Bueno...

Me silenció quebrando la distancia de seguridad con un abrazo. Percibí su cuerpo con total claridad. Nunca antes había estado tan cerca de ningún hombre. Iba a decir algo, pero ya no pude, se acercó más todavía. Me resistí sin ganas. Me leyó el pensamiento. Me sujetó la barbilla y me observó con un brillo en los ojos que horadaba la oscuridad. Permanecí inmóvil. A continuación, separó mis labios con las yemas de sus dedos y preparó el terreno para acomodar los suyos.

—A lo mejor no te gusta —dijo—. O a lo mejor, sí.

No tenía respuesta para aquello, sólo la de mi cuerpo. Cerré los ojos y permití que el chico de los bollos de leche me besara. La saliva salía y entraba, en la piscina convertida en ciénaga por las luces de la noche. Acabamos sobre el suelo de madera del anexo, abierto de par en par hacia el cielo. Una carambola de besos y abrazos sobre tejidos. Sólo eso, y ya era mucho para mí. Él debió notarlo porque no insistió. En silencio, permanecemos abrazados hasta quedarnos dormidos.

Al amanecer, se vistió en silencio. Le observé mientras deslizaba por sus estilizadas piernas los vaqueros desgastados y la camiseta cedida y lánguida de verano. Me dedicó una sonrisa con

sus ojos melancólicos, los dos supimos que no nos volveríamos a ver de esa manera. Él seguiría siendo el chico de los bollos de leche y yo la chica tímida de las vueltas temblorosas. Me besó en la frente, me pellizcó la nariz en un gesto protector. Y se marchó.

IV LA PESADILLA

Permanecí un par de horas tumbada. Pensando. Cuando el sol definitivo se alzó, me acerqué a la piscina, recogí del suelo mis sandalias y arrastré mis pies desnudos hasta la casa. Entré por la cocina. Olía a café para ahuyentar las legañas.

Un madrugador Ezequiel en pantalones de hilo de los de dormir jugaba desgarrado con Humo en la cocina. La sala estaba completamente recogida, sin rastro de la opípara cena de la noche anterior. Ezequiel zarandeaba al animal en lo más alto y le hacía pedorretas en la tripa, como si de un niño se tratara. Sin soltar al gato, agarró con ímpetu mi desorganizada cabellera y me besó ruidosamente en la mejilla para despertarme. Me tendió una taza de café, bien cargado y me senté en la mesa. Me serví un zumo de naranja natural y un par de tostadas. Lo que había mejorado este hombre. Estaba claro que Valeria había conseguido atarlo en corto. Deslicé la mantequilla sobre el pan de molde recién tostado, ensimismada, sin prestar atención apenas a Ezequiel, que me anunciaba un día lleno de emociones a bordo del barco de un buen amigo y su pareja. Pasaríamos el día en la cubierta. Destino, Formentera.

En esto apareció Val, en bragas y camiseta interior. Con un aspecto más que saludable. Arrebatadora. Bajaba las escaleras de piedra todavía dormida, infantil, delicada, estirándose y tratando de domar su melena dorada, ondulada por la humedad. Se acercó, y me rescató de mi ensimismamiento nocturno besándome en la boca cuando Ezequiel no miraba. Las dos no pudimos evitar reírnos descaradamente. Junto a la cafetera, la repentina mirada de Ezequiel que no entendía nada; con una palmada juguetona la obligó a sentarse en la mesa para desayunar en familia.

Estaba claro que Valeria seguía igual de payasa que la última vez que nos vimos, con su risa contagiosa y unas ganas de vivir admirables. Se comía el mundo con sus gestos. La observé devorar con urgencia cada uno de los sabores de la mesa. Hubiese deseado ser como ella, poseer su seguridad. Sentirme importante. Sin fisuras. Allí era donde radicaba mi sufrimiento.

Ezequiel la observaba enamorado. La trataba con delicadeza. Nos manchaba de mermelada la nariz entre risas, disfrutando y entretenido en el transcurso de una plácida mañana cualquiera. La conversación fluía en torno a un sinfín de migas que iban cayendo sobre la mesa immaculada. Cada sorbo derramado en mi garganta era un momento que aprovechaba para saborear la situación como si no formara parte de ella.

Por primera vez sentí ganas de sentir. De enamorarme. La tierna noche en vela me impulsaba a querer encontrar. Pensé que podría ser capaz de abrirme, de condensar mis recuerdos y mi presente en otro ser. Sin importar un futuro; sin planes ni pretensiones. Me empezaba a motivar la idea de tropezar con una persona que me hiciera suspirar, que me impidiera dormir tanto como mis miedos irracionales. Alguien que me pasara el brazo por la espalda, que me tapase a mitad de noche, que me cogiera de la mano para pasear.

Val me preguntó por Óscar. Le dije que habíamos discutido.

Sobre la cubierta del barco parecíamos los últimos supervivientes de una catástrofe natural, unos átomos de vida en medio de la inmensidad. Lolo, al que había conocido el año pasado a través de Ezequiel, era un reconocido fotógrafo de moda. Cuarentón, tatuado y con el pelo y la barba teñidos de un pálido rubio platino. Su espalda era un inmenso corcel negro alzado y desbocado. Con su voz grave y rotunda, nos presentó a David; su última conquista destilaba juventud, parecía sacado de uno de sus editoriales de la revista *Vogue*. El mar transparente, a bordo de *El Leviatán*, oscilaba bajo nuestros pies. En lugar visible, una inscripción sorprendente: «En ese día, el Señor castigará con su espada, su espada feroz, grande y de gran alcance, Leviatán la

serpiente que se desliza, Leviatán la serpiente enrollada; Él destruirá al monstruo del mar».

Me hizo pensar. Me hubiese gustado saber cuándo diantre alguien, Dios o quien fuese, le plantaría cara a mis monstruos de una vez por todas. Yo misma me sentía muy pequeña en semejante disputa de gigantes.

Apoyé mi cabeza sobre los barrotes del barco detenido a escasos minutos de Formentera. La claridad de la mañana hería con su belleza. El sol lograba iluminar las profundidades y se empeñaba tozudo en mostrarme todos sus secretos. Los peces se movían en bloque, como cuando somos críos y nos desplazamos siempre en masa. Oxígeno. Distinguí praderas de posidonia oceánica dejándose acunar, esas plantas marinas que convierten el agua en un auténtico cristal y te llaman, como en los cuentos de finales terribles, para envolverte curiosa hasta el fondo y ahogarte.

Me vinieron a la memoria las hadas de mi infancia: Juanita Dientes Verdes y Marga Power. Espíritus de las aguas que sólo se complacían en devorar a los niños. Es posible que inventados por las madres para mantener a sus hijos alejados de las orillas de los ríos y de las aguas. Brujas verdes de largos cabellos flotantes y dientes afilados que arrastran con sus manos huesudas a las víctimas al fondo de sus tumbas acuáticas.

Recordé las leyendas de sirenas varadas. Mujeres de pechos turgentes y cola de pez que seducían a marineros solitarios para guiarlos de la mano hasta el oscuro océano que habitaban y robarles el último hilo de vida con un beso fatal. Cuerpos perfectos e indefinidos de doncellas marinas en un mundo paralelo, a medio camino entre la verdad y la mentira, entre el agua y la tierra, un paraíso marchito de dolor y erotismo negro. Mudo. Macabro. Hasta ese momento, nadie que hubiese sobrevivido a la experiencia de esa dulce agonía, nadie vivo que hubiese sido capaz de ascender por una cuerda desde el oscuro pozo del fin del mar y descubrirlas. Juzgarlas por sus excesos, también.

¡Qué gran verdad eran las mentiras! Las fantasías adquiridas y alimentadas durante la infancia determinan la manera en la que percibimos cada uno de nosotros la realidad. Lo subjetivo es capaz de marcar toda una vida. Tanto o más que lo objetivo.

Un grito me devolvió a la cubierta de *El Leviatán*. Una Valeria en cólera trataba de darle patadas a un Ezequiel muerto de la risa. La jugada no tenía desperdicio. Observé agotarse a aquel pulpo con las horas contadas.

—¡Maldito seas! —chilló ya en pie—. ¡Pues no estaba yo tranquilamente dormida hasta que el bobo de mi novio me ha tenido que poner al bicho encima!

—¡Qué asco! ¡Y pobre animal! Metedlo en algún lado que se va a morir. ¡Burros!

—¡Pero cómo te favorecen los verdes! —fue lo único que pude articular intentando aguantar el dolor de tripa viendo a Val con un alga asquerosa en el pelo.

—¡Y el anillo del pie! —se burló David, mientras jugaba entre sus manos con el tubo de bucear.

No podíamos contenernos. La estampa era surrealista. La reina de los mares se disponía a darnos a todos un empujón. Parecía que hubiese estado toda su vida entre mejillones.

—¡Estás en tu salsa, nena! —Ezequiel le había colocado un aro de calamar en el dedo gordo del pie y del cordón del biquini le había atado un mejillón—. ¡Oh, poderosa! ¡Coge el tridente! ¡A tu izquierda! —continuó, arriesgando su vida.

—¡Hay foto! —dijo Lolo provocador—. ¡Mirad! —gritó mientras corría como alma que se lleva el diablo a encerrarse en el baño para que Val no le destrozara la cámara. Desde arriba se podía escuchar los histéricos chillidos de Valeria, que consiguió abrir la puerta con una horquilla y castigar a su atacante con calambres, pellizcos y hasta cojera.

Cuando las aguas se hubieron calmado, la nereida y todos los allí congregados nos sentamos alborotados en torno a una mesa, bajo la sombra de un amplio toldo. Los baños de sal nos habían abierto a todos el apetito. Como era de esperar, el pobre pulpo descansaba sobre un lecho de patatas y pimentón dulce. Estaba todo muy rico, había también vino tinto y zumo de tomate para beber, melón con jamón y tortilla de patata, hecha por David la noche anterior. Fría, como a mí me gustaba.

A la hora de la siesta, todos dormíamos, excepto una servidora y la aspirante a pescadera, que aprovechó la tranquilidad de la

digestión para leer y fumarse un cigarrillo. Agucé la vista y visualicé las tapas que sostenía entre sus uñas rojas. *Lo que moja la lluvia*. No me había dicho nada.

Por la noche, llegamos a casa, reventados. Valeria y yo fritas por el sol; Ezequiel debía de ser de otra pasta, porque el muy maldito había cogido en tiempo récord un envidiable tono dorado.

Nos rifamos el *aftersun*. Humo se había hecho pis en el salón, supongo que era una manera de mandarnos a todos al cuerno por haberlo dejado solo un día entero. Cogí la fregona del cuarto oscuro, llené el cubo de agua limpia e hice desaparecer como por arte de magia las huellas de soledad del ya no tan pequeño gato negro que me observaba a pocos pasos. Si hubiera tenido dedos, habría tirado de mi falda para advertirme de que seguía allí y que necesitaba de mis caricias.

—Gato malo —le regañé.

Lo cogí entre mis abrasados brazos, hasta que se durmió.

A dos zancadas de mí, el mar abierto se situaba justo debajo del afilado acantilado. Subí la mirada hacia las nubes. Sobre la roca se distinguía la silueta de una niña de cabellos al viento, sin defectos y sin ramos marchitos. Lanzaba juguetes al vacío y carcajadas al aire. El cielo era de colores imposibles. Escarlatas, delicados azules de hielo, una paleta fría que anunciaba la puesta del sol o el fin de los tiempos. Una comba, una Nancy, canicas de diferentes tamaños, un balancín, tizas de colores, un indio, un camión de bomberos, una cometa, unos dados, unas tabas, unos patos de arcilla, una armónica. Todo iba cayendo desde lo más alto en un septiembre que estremecía. Una cabalgata de utensilios de la niñez centelleaba en su brusco descenso hacia las olas.

Yo intentaba gritar e impedirselo, desde una lejanía inmisericorde, incapaz de trazar un camino en línea recta hasta la niña del acantilado para apartarla del peligro de las rocas. Ningún sonido emergía de mis cuerdas vocales, estaba bloqueada, sentía pinchazos en los costados y un calor terrible en todo el cuerpo. De repente, la niña cesó de lanzar sus cosas al furioso mar. La pequeña

giró su rostro y me miró desde el infinito. No sabría decir si era alta o baja, fea o guapa, si reía o lloraba. Pero en ese preciso instante el cielo se iluminó de luces titilantes. Comenzaron a llover cristales del cielo, convertidos en piedras preciosas al lado de aquella luz. Inmediatamente, me lancé al mar, intentaba llegar hasta allí, pero por más que nadaba no avanzaba. Comencé a chocarme y a herirme con objetos que me golpeaban sin compasión, me hacían sangre. Había perdido a la niña de vista. Debía encontrarla. Me di cuenta de que lo que me empujaba con violencia eran los juguetes; fui consciente de que me pertenecían. Mis muñecas, mi armario de las barriguitas, mi comba, mis pinturas... Chillé con fuerza. Deseé ahogarme. Estaba sola. Pensé en dejar de mover los brazos y abandonar mi lucha y sumergirme en lo más hondo de las profundas aguas.

Al despertar, sudando y agitada, me vi tendida sobre el sofá del salón, con Humo durmiendo sobre mi vientre. Las luces de la casa estaban apagadas. El piso de arriba, en silencio. Me faltaba el aire. Dejé a Humo a un lado del sillón y traté de calmarme sin éxito. Dudé en si avisar a alguien. De nuevo, la muerte venía a por mí. Me puse en pie como pude. Temblorosas, las piernas apenas me sujetaban.

Crucé el salón excitada y avisté el cajón de la cocina. Lo abrí y busqué ansiosa las pastillas que me había recetado la doctora. El lorazepam tardaría poco en hacer efecto. Conseguí calentar agua para hacerme una tila. Tres veces, las conté, se me cayó el mismo terrón de azúcar al suelo. Me aparté los pelos de la frente, empapados de ese sudor frío tan odiosamente familiar. En el exterior, todo en calma. Me levanté de la mesa abrazándome a mí misma, diez centímetros más chiquitita, como encogida.

Me coloqué frente al majestuoso espejo con marco dorado de la entrada, intentando reconducir y orientar a la chica de ojos vidriosos que se situaba en su interior, secuestrada detrás del cristal. Una bonita joven de largos cabellos rojos clavaba su mirada suplicante en mi blanco rostro; el arbol del sol había desaparecido. La imagen del espejo me devolvía una sonrisa con la que engañar a mi

cerebro; una falsa felicidad que sólo tiraba de la boca. Las mejillas no se elevaban, ni los ojos se entrecerraban en amables patas de gallo. La atmósfera tensa me consumía y hacía añicos a la chica atrapada en aquella cárcel transparente.

Salí al jardín. Inspiré la noche para ventilar mis pulmones y no asfixiarme. Charlotte me había dicho que cuando tuviera un ataque de pánico, la avisara. Me imaginé acudiendo presa de la angustia en pijama a su casa, como otras noches, para que ahuyentara a mis monstruos con sus pinceles. Pero a la isla le tenía que doler su ausencia. En su jardín, un paréntesis de consuelo instantáneo, Charlotte tejía con palabras dulces una balsa de agua pura donde precipitarme. En una ocasión, dispuso dos caballetes con sendos lienzos blancos, iluminados por una lámpara de aceite. Me instó a pintar. A partir de ese momento, cada noche de terror se fue convirtiendo en una sábana de trazos imperfectos, de colores cada vez menos dolorosos; fue allí donde comenzaron a cobrar vida sus relatos de París. El punto de partida para empezar a escribir mi libro, gestado en una hipnótica noche de un París lluvioso junto a Chloe-Valeria. Para tal fin, utilicé una preciosa máquina de escribir, una reliquia de mi vecina con las teclas borradas por los años. Bajo la tutela de lunas de infarto y una cálida Charlotte, que todo me lo daba, sin pedir nada cambio.

Los segunderos del reloj de mi pecho iban cada vez más lentos. Mi pulso se estabilizaba y decidí adentrarme en el jardín vecino, a pesar de que sabía que mi amiga no estaba. Cogí las llaves de la casa contigua y una linterna y me dirigí en bata a través del camino de piedras hasta su verja. Giré la llave y me sumergí en su tierra húmeda. Los aspersores habían dejado de funcionar hacía poco rato escaso.

Numerosas pajareras antiguas vacías decoraban el jardín. Algunas más altas y estrechas, otras bajas, palaciegas. Paseé somnolienta cerca de los árboles con mariposas de telas colgadas de las ramas como trapezistas; de sus alas caían gotas de agua y aparentaban derretirse al calor de mi linterna.

Bajo una pérgola gigante, rodeada de setos y sostenida sobre baldosas de barro, unos sillones de mimbre con alegres cojines y elegantes mantas tejidas a mano sobre las que descansar de los

pesares del mundo. En el centro, una mesa pequeña sostenía diversos motivos decorativos. Bandejas cansadas de ser útiles con bellas formas de plata vieja. Unos ovillos de madera. Velas blancas derrotadas por el fuego. Pequeñas acuarelas desordenadas. Siglos contenidos en el universo de Santa Agnès. Me senté en uno de los sillones y cerré los ojos. Pensé en el chico de los bollos de leche, en las horas de sol en *El Leviatán*, en Valeria, en el gato a punto de morir atropellado, en la niña del acantilado, en Ada, mi personaje, en mi libro.

El sueño artificial estaba a punto de vencerme, cuando de repente escuché un ruido. Contuve la respiración. Unos pasos se acercaban. Dejé prácticamente de respirar y me puse en pie.

—¿Quién anda ahí?

Nadie contestó.

Cogí el extremo de un candelabro del suelo con una mano y la linterna con la otra. Y amenacé a la oscuridad con el arma. Debía de estar de película o tremendamente ridícula, porque tras unos segundos eternos, me llegó una voz lejana y familiar...

—Y el mayordomo mató al bibliotecario con el candelabro en el jardín.

Escuché reírse a un Ezequiel en calzoncillos y bata jugando al Cluedo.

Me quedé sin habla y me tiré al sillón.

—¿Pero se puede saber que haces aquí a estas horas de la noche? ¿Estabas haciendo espiritismo o remendándole los cojines a la vecina?

Se acercó hasta la pérgola semiiluminada. Cuando hube recuperado la voz, le mandé a la mierda en diez, tal vez veinte o treinta ocasiones.

—¿No te das cuenta de que por poco no me da un infarto? —le reprendí—. Eres un gilipollas, Ezequiel, si lo llego a saber, te tiro el candelabro a la cabeza.

—El susto me lo has dado tú a mí, *psicokiller*. Que me he levantado a hacer pis y te he visto salir, pensaba que ocurría algo;

como Val es sonámbula, se me ha ocurrido que al ser tan amigas se te habría pegado lo mejor de ella.

Le puse cara de enojo.

—Ven, anda, dame un abrazo, que yo sólo he venido a salvarte —bromeó.

Me acerqué, le di un pisotón y le abracé, feliz de que fuera él el que hubiese cruzado el jardín y no un tarado ibicenco con un hacha o una pistola.

Ezequiel conservaba ese guapo subido de la carrera. Teniéndolo allí tan cerca en calzoncillos, pensé en lo surrealista de la situación.

—Empecé ayer a leer tu libro, se lo robé a Val del bolso —murmuró—. Engancha —prosiguió—. Le dedicas tu libro a una tal Chloe... ¿Quién es Chloe? —preguntó curioso.

Me encogí de hombros.

—Así que no quieres decirme quién es esa chica misteriosa... —me provocó.

Evité contestar.

—¿No?

Me sujetó por la cintura y emprendió una guerra de cosquillas y cojines hasta que no pude más. Me caí de bruces contra las baldosas. Ezequiel insistía en su idea de hacerme confesar. Continuaba y continuaba. Si antes casi me había matado de un susto, ahora estaba metiéndome una paliza de cosquillas difícil de soportar. Hasta se me caían las lágrimas. Se tiró encima de mí, con mi cuerpo aprisionado entre sus dos piernas, me tapó la boca con sus manos y empecé a pegarle mordiscos para que me soltara.

—¿Sigues sin querer decírmelo? —me preguntaba jugando a sonsacarme información como si yo fuera un mafioso al que se le mete la cabeza dentro del agua o se le corta un dedo para que cante.

Los dos reíamos sin aliento.

Ezequiel no apartaba la mano de mi boca. No podía soportarlo. Le mordí, le escupí en la palma para obligarle a llevar a cabo una retirada a tiempo. Y nada. Ya no deseaba librar combates de ninguna clase. Pataleé sin éxito. Sufrí un cortocircuito. Así, sin más.

Lo abofeteé. Ezequiel me soltó perplejo, se retiró el pelo de la cara con su mano derecha preguntándose que había pasado.

—¿Por qué no me soltabas? ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

Ezequiel me observaba confuso, deshaciéndose en mil perdones. En el fondo yo sabía que no quería hacerme daño, únicamente jugar. No entiendo qué me había ocurrido, pero estaba fuera de mí.

—Perdona, Ceci, yo no...

—¿No sabes medir hasta dónde llegar? ¿O qué te pasa?

—Pensaba que...

Fui a hacerle daño.

—Chloe es Val. ¿Te enteras? ¡Es Val!

Me arrepentí de esas palabras antes de terminar de pronunciarlas. Lo miré a los ojos y me marché corriendo hasta Can Calèndula, sin mirar atrás. Dejando a un Ezequiel contrariado y apesadumbrado por lo sucedido, tendido en uno de los sillones de Charlotte.

V DESPEDIDAS

Al día siguiente, todo parecía estar en su sitio. Ezequiel me sirvió el desayuno y me besó tierno en la mejilla. Aquello me descolocó. Ninguno de los dos sacó el tema de la casa de al lado. Val tocaba el violonchelo en el anexo. Las notas se adentraban en la cocina y se unían en un baile de olores a café y cruasanes recién horneados que nos había traído Ezequiel. Deduje que no había pegado ni ojo. Le tendría que haber dado uno de mis somníferos. Pobre.

—Quiero que sepas... —intenté explicar.

—Ya... —me arrulló comprensivo.

Sonó a un «ya pasó» muy paternal. Me besó en la frente con dulzura, acallando unas excusas que él no me había pedido. De pronto, me percaté de un detalle. A lo lejos, en el salón, mi libro. Con el separador a pocas páginas del final.

Era aún temprano cuando sonó el teléfono. Mi hermana Jimena acaba de aprobar el carnet de conducir. A la quinta. La última vez todo había ido bien. Hasta la maldita intersección de vuelta al centro de exámenes, donde pensando que la había vuelto a liar, se saltó un ceda. Estaba eufórica y hablaba deprisa. Me senté a escucharla, pero mis pensamientos emigraron lejos de la conversación.

Huyendo de los enjambres de veraneantes, nos marchamos con nuestras mochilas hasta una escondida y preciosa cala. Sólo atisbamos un signo de vida, una pequeña tienda de campaña clavada en la arena. De su interior emergió una chica con los brazos tatuados que fruncía el ceño tratando de adaptar su vista al sol y que se recolocaba el pareo alrededor del pecho. Alguien en su

interior le tendió unas gafas de montura blanca. La chica se acercó hasta el agua para refrescarse la nuca, llevaba la piel de la cara enrojecida, pero me dio la impresión de que no por el sol. Tenía aspecto de gogó de discoteca. Unos pechos siliconados, grandes como melones, ridículos, se adivinaban a través de la tela de algodón de su camiseta. Su larga cabellera de ficción, de un llamativo tinte rojo, casi alcanzaba sus redondas nalgas. Cuando sintiéndose observada desde nuestras toallas decidió, en un arranque exhibicionista, librarse de la ropa, conté por lo menos cuatro *piercings*, uno de ellos en un lugar donde dolía hasta el alma.

Valeria le pegó un codazo a Ezequiel, que no le quitaba el ojo de encima.

—Los chicos a veces pueden ser tan simples —musitó Val dirigiéndose molesta hacia mí.

—Estoy mirando al frente, qué quieres que le haga —se excusó él en broma.

Ezequiel le propinó un mordisco en el culo a Val que seguía quejándose de su novio.

—¿Nos bañamos? —me preguntó Valeria tratando de esquivar las carantoñas cada vez más atrevidas de un Ezequiel de lo más tontorrón, que no dejaba de rascarse la entrepierna.

Me levanté de la toalla resguardada bajo la sombrilla de rayas de colores y me quité la camiseta que cubría mi escotado bikini marino y, sorteando las piedras del suelo, acompañé a Val hasta el mar.

Ezequiel sacó su cámara de fotos y comenzó a dispararnos sin control. Hacer el ganso se nos daba muy bien. Para hacer rabiar a Val, de repente nos sacaba la lengua, giraba su cámara y fotografiaba a la hembra artificial de su derecha, que hacía el gamba en el mar, como nosotras. Aguadillas, desorganizadas volteretas, muertos insumergibles... De pronto, la desconocida le pidió a voces a su acompañante que se bañara junto a ella, llamándole «papi» para terror de mis oídos. Aquella choni se puso loca de contenta cuando éste sacó la cabeza.

Casi tanto como yo...

Miré de reojo a Valeria, paralizada dentro de su coqueto bikini fucsia. También era casualidad...

Dudé entre hacerme la sueca o darme por aludida. Me decanté por lo primero.

—Bueno, lo que está claro es que tiene predilección por las pelirrojas —susurró Val calibrando mi cólera.

Me sumergí bajo el agua hasta el momento en el que estimé que el agua iba a comenzar a entrar en los pulmones. O tal vez salí disparada a la superficie cuando Val me agarró de los pelos con ímpetu.

El chico de los bollos de leche, al que por lo visto le encantaba bañarse en pelotas, ya fuera en la piscina, en el mar o en la bañera de su casa, se había lanzado al agua para satisfacer los deseos de la descerebrada que sacudía los brazos allá dentro del agua.

Ezequiel, a los lejos, dejó de hacer fotos y contemplaba la escena con expectación, vigilante.

Óscar nos vio. Se aproximó sonriente, alegrándose incluso del feliz reencuentro, con aquella boya que no se separaba de él. Hizo las presentaciones, mientras el destello del brillante *piercing* del pezón amenazaba con dejarme ciega.

Me resigné muy digna a darle dos arrugados besos. La situación era surrealista. Valeria no daba crédito. Pero yo tampoco: el chico en el que había depositado mis besos y mi confianza, elegía en su día libre a una mujer de plástico, prototipo de cualquier gogó de despedida de soltero que se precie. Y se molestaba en presentármela. No pude evitar enfadarme; pero no con él, sino conmigo misma. Por confiar de esa manera en un tipo al que no conocía más que a través de los embaucadores olores de la harina recién horneada, la confusión de los calores de una deliciosa tarde de verano, la graduación del vino y las ganas de experimentar.

De ningún modo me había planteado relación alguna con el chico de los ojos tristes, pero sí esperaba que todo lo especial que había sido esa noche para mí, lo hubiese sido en parte también para él. Qué boba. Supongo que me había vuelto a equivocar al juzgar a un hombre.

Lancé la cabeza hacia atrás y proferí una sonora carcajada, uniéndome a la conversación que estaba teniendo lugar, pero muy lejos de ella. Indudablemente, Valeria estaba salvando la situación que a mí ya se me había ido de las manos hacía un rato.

—Está claro —comentó Valeria.

—Sí, desde luego —dije bordeando la cháchara, sin idea alguna de lo que estaban hablando.

—Venga, basta de palique, vamos a nadar, que se nos va a encoger todo —soltó la barbie de hotel.

—¿Te pasarás entonces mañana por La Clotilde? —remató Óscar.

—Sí, por supuesto, no lo dudes —respondí.

Fue así como Valeria me invitó a salir del agua, y con un matiz esta vez duro, me recordó lo que me había dicho en la arena. Lo simples que podían llegar a ser los hombres. Gran verdad, me dije.

—No pienso volver a pisar esa panadería —decidí de nuevo en alto.

—Lo sé, Ceci. Vámonos.

Semanas más tarde, Charlotte y Leo regresaron de su viaje. Nos trajeron todo tipo de exquisiteces y regalos. Conocían a Val desde que era pequeña y Charlotte la trataba con la ternura del roce de los años compartidos. Austria les había encantado; un par de relojes de cuco y una enigmática pintura de Gustav Klimt, dentro de un recién estrenado marco antiguo, pasaron a adornar las paredes de Can Calèndula.

El cuadro *Dánae*, 1907-1908. Representaba a una mujer pelirroja que, con unos rasgos faciales tan similares a los míos que daban miedo, creaba una seductora atmósfera a su alrededor. Los tres escuchamos aquella noche, en el jardín encantado de Charlotte, la historia de sus labios. Según la leyenda griega, Zeus, transformado en lluvia de oro, amó a la joven Dánae, de pelo color carmín, que había sido encerrada en una torre de bronce por su padre; en el lienzo se la representaba recostada, adormecida, espléndida, abandonada a sus instintos, absorta en sí misma y desnuda. Con la cara enrojecida de placer, recibiendo la lluvia de oro en su sexo. Sublime.

—Todo el mundo piensa que se está tocando, que se masturba; pero en realidad es Zeus, que en forma de oro cae entre sus piernas, la seduce y engendra a su hijo Perseo —nos explicó entre

el resplandor de las velas, mientras sostenía una copa de tinto entre sus manos.

Recordé sin quererlo mi lluvia dorada, años atrás.

Días de descanso, brindis trasnochados, el mar a nuestros pies, baños de barro, comilonas, paseos *hippies*, encuentros inesperados con veraneantes... Basta respirar para que el tiempo pase. Demasiado rápido.

Esa mañana recogía los huevos con los que Ezequiel iba a preparar un revuelto para el desayuno, cuando me acordé de la correspondencia. Desde que en la dedicatoria de mi libro escribí: «A Charlotte, por atreverse a abrirme las puertas de un París de acuarela en los confines de su jardín noctámbulo en Santa Agnès. Y, por supuesto, a Chloe, por aquella noche que no olvidaré», no eran pocas las cartas que habían llegado a la atención de la primera. Supongo que los lectores habían atado cabos: en la escueta biografía decía que vivía en Ibiza, de ahí a Santa Agnès y a Charlotte había un paso muy pequeño. Durante la ausencia de mi vecina, las seguí recogiendo y por las noches, me sentaba a leerlas. Impresionaba saber que, más allá de emborronar un papel en blanco con mis pensamientos, la gente se hacía eco de una historia ajena hasta hacerla suya. Eran impagables las muestras de cariño que recibía de lectores espontáneos que perdían su tiempo en agradecerme las sonrisas, las ganas de sentir, la enajenación transitoria, el terror o el éxtasis que les había causado mi historia de ficción.

Nunca pretendí llegar a todos ellos, reconozco que fui una egoísta al publicar mis vacíos en metáforas escribiendo en nombre de Ada. Opuesta a mí. Un yo creado para amar lo que yo odiaba y deseaba no odiar. Que mezclaba elementos de manera arbitraria, sin ton ni son, que muy pocos conocían y que habían marcado mi camino. Como la lluvia. Una historia escrita, sobre todo, para liberarme de un peso que me ahogaba cada vez más.

Y entre todas ellas, una carta de Chloe.

El día pesaba lento, tenía ganas de recogerme en mi habitación y leer. Era la una de la madrugada cuando abrí el cajón del escritorio y saqué las cartas. Entre todas ellas, una de Chloe que dejé para el final.

Querida Cecilia,

Deseaba reflejar mis sensaciones, de la misma manera que tú lo haces, a través del papel. Nunca imaginé que nuestra noche en París sería el detonante para que escribieras tu libro, bajo esa lluvia que como tú bien dices dolía de intensa.

Estoy convencida de que en ese ático de París, donde Ada cobija a sus amores, habrá alguno que será el que te acurrucará por las noches, te lavará las lágrimas de un mal día y borrará de un plumazo los traumas con sabor a agua. Esa agua que tanto te obsesiona. Una persona que te permitirá olvidar cualquier pasado, cualquier triste huella que tú creías definitiva en tu cuerpo. Porque el agua de lluvia, como tú bien sabes, erosiona, deshace cualquier vieja marca.

Por mi parte, no hay día que no recuerde nuestro encuentro. Me alegro de que fuera conmigo tu primera vez. Intuyo que Ezequiel lo sabe todo; paradójicamente, lo respeta. Probablemente jamás se atreva a hablar de lo sucedido o de lo que para él quizá nunca sucedió, porque nuestra amistad es tan pura e inocente que ese suceso bien puede pasar por una chiquillada a los ojos de un hombre. Pero las dos sabemos que no fue así.

Sólo un consejo: permite que Cecilia pasee bajo la lluvia, como Ada. No la escondas. No te arrepentirás.

Te quiere,

Chloe

Las lágrimas inundaron mi rostro. Era importante lo que ella pensara.

Pasaron los minutos.

En cuanto me hube recuperado, continué abriendo más cartas, algo confusa. La última tenía una sorpresa inesperada.

Uno de los directivos de una editorial francesa, afincada en París, en un viaje a España, había leído mi libro. Y se había enamorado del personaje. Ésa era la explicación que me daban para la locura que a continuación me proponían. Me pedían encarecidamente que viajara en septiembre hasta allí. Me pagarían el billete de avión y dispondría de un cómodo lugar donde vivir durante el tiempo que necesitara para escribir una segunda novela ambientada en esa ciudad, secuela o no de la primera, que publicarían en varios idiomas. Precisaban saber de los términos de mi contrato con la editorial de mi libro, *Lo que moja la lluvia*, para ver si esto era posible. Y se despedían con un cordial saludo, en español.

Pasé dos largos minutos mirando el folio francés. No daba crédito.

Saqué mi contrato del cajón para asegurarme. Existía un pacto de derecho de opción preferente en mi contrato con la pequeña editorial catalana que había editado mi libro si se publicaba una segunda novela; pero en ningún caso alcanzarían a pagar la cuantía en señal de anticipo que figuraba en una pequeña hoja dentro del sobre. No lograba entender cómo podían pagar semejante dinero a una escritora novel como yo. Era legítimo, desde luego. Pero... ¿qué había seducido tantísimo a ese editor? Aunque yo no era una experta en asuntos editoriales, sabía perfectamente que un anticipo como el que me ofrecían era extraordinario para una escritora novel y más por una novela de la que no había escrito ni una palabra.

Huelga decir que no pegué ni ojo en toda la noche. La pasé tumbada sobre las sábanas, hundiendo mis yemas en el suave pelo de Humo. Mirando lejos, muy lejos, por encima de la botella de vidrio turquesa llena de conchas del alféizar de la ventana. Imaginé a ese editor francés en posesión de Ada, el nombre de origen hebreo de la protagonista, que significa belleza. La bauticé así por las orquídeas, la flor más bella del mundo. Aunque yo no las

soporto. En la naturaleza se encuentran debajo del dosel forestal, en la humedad de la parte baja, protegidas de la luz solar directa. Mi Ada era un botín de la bella niebla húmeda de París. Compartía una idílica buhardilla, estancada en el tiempo, con su gato Sebastien; un refugio en la ciudad del amor lleno de orquídeas y sueños que nunca morirían de golpe. Trescientas veinticinco páginas de emociones contenidas a lo largo de los años.

Quién me iba a decir aquella noche, que tres semanas después estaría embarcada en la aventura de mi vida. Can Calèndula se quedaba huérfana. Charlotte se encargaría de cuidarla en nuestra ausencia. La despedida fue lacrimógena. Mis padres y mi hermana vinieron por sorpresa a Ibiza la última semana para despedirme y organizaron una fiesta íntima. Noe me llamó para desearme un buen viaje. Ni mi mejor amiga ni mi madre las tenían todas consigo. Aquella oferta extraordinaria, el anticipo principesco, lo precipitado de mi viaje... Estaban preocupadas por mí, pero de nada sirvieron sus recelos. Yo estaba entusiasmada. Quería pensar que aquella oferta era una puerta que se me abría para dejar atrás por fin los tormentos que me poseían desde hacia tantos años y que habían determinado mi vida.

Prácticamente abandonamos todos a la vez esa casa que tanto bien me había hecho. Iba a echar de menos hasta a las gallinas. No faltaron confetis, luces de colores, velas encendidas en la piscina, generosas raciones de comida y hasta una tarta con mi nombre. Llevaba puestas las zapatillas rojas que me había regalado Braulio, el dueño de la alpargatería. Le dejé un libro a Charlotte para que se lo entregara de mi parte.

No fui consciente de que me marchaba hasta que Valeria se acercó trayendo consigo el violonchelo. Entonces, me habló al oído:

—Éste es mi regalo. Tú elegiste las palabras. Yo, la música.

Estaban todos los que eran y éramos todos los que estábamos. Callados, alrededor de mi rincón favorito, la mesa del mantel de cuadros vichy en la que Charlotte me había hecho entrega de mi libro. Mi padre, mi madre, mi hermana, Ezequiel, Charlotte, Leo,

Humo. Y Valeria, a punto de frotar la cuerda del instrumento que apoyaba entre sus piernas.

Tomó asiento en medio del silencio de mi última noche en Santa Agnès.

Segundos muertos. Me miró y bajó la cabeza. La música empezó a brotar de sus manos y entendí por fin por qué el violonchelo es considerado uno de los instrumentos de cuerda que más se parece a la voz humana.

Poseído por las manos de Valeria-Chloe, parecía hablar de noches pasadas, respirar. Mi amiga colocaba sus dedos índice sobre el mástil, en unos movimientos cargados de erotismo. Intenté contener mi emoción: por lo que suponía la pieza, por lo que callábamos. Una música que resucitaba viejos roces, que sabía a lluvia.

No necesitaba partitura. Era como si la hubiese tocado infinidad de veces, aunque por la cara de Ezequiel, observándome sesgadamente, intuí que ésa era la primera vez que la escuchaba.

La delirante melodía narraba sólo verdades sin decapitar, en un lenguaje que sólo ella y yo entendíamos. Notas sostenidas que hablaban más que callaban, primero lentas, luego más rápidas, para terminar vencidas.

Únicamente cuando Valeria concluyó, pudo Ezequiel levantar la cabeza escondida bajo sus manos, acallando en sus adentros lo que pudo haber mojado la lluvia. Vio el brillo de los ojos en Valeria, que iba despojándose de la apariencia de Chloe. No dijo nada. Poco a poco, Chloe se desvaneció y pudo darle la enhorabuena a Valeria por su música. Yo no pude, me retiré al cuarto de baño del piso de arriba a llorar, mientras la fiesta continuaba fuera. De repente, alguien llamó a mi puerta, me sequé los ojos como pude.

Era Valeria, o tal vez Chloe, a contraluz. Más alejado, Ezequiel.

—Le he pedido por favor a Ezequiel que me dejara despedirme...

Le sostuve la mirada.

Ezequiel se adelantó y me dio un cálido abrazo y un par de besos.

—Todo irá bien, princesa. Acuérdesse usted de enseñar a Humo a atacar a los vecinos ruidosos, y a los que le den la lata. Arañazos

a discreción al que se pase de listo, Cecilia. Ojito, o se las tendrán que ver conmigo...

Y dicho eso, extrajo de detrás de su espalda un plato cubierto por una tela de cocina. Me lo tendió. Aparté la tela con sumo cuidado y las lágrimas se mezclaron con una risa histérica.

—¡Bollos de leche! —exclamé—. Gracias, Ezequiel.

Me fundí en un abrazo con él. Mi compañero de carrera, mi amigo... Se había convertido en un gran tipo. Mientras bajaba las escaleras de piedra, Chloe se precipitó entre lágrimas hasta mis labios inflamados y se fundió en un largo beso ante la mirada lejana de Ezequiel, que decidió continuar bajando.

—No olvides mi consejo —me suplicó cogiendo mi cabeza entre sus manos.

—No lo haré.

—Hasta siempre, Ada.

VI OTRA VEZ PARÍS

Es difícil condensar tus últimos años en una maleta. Así que traté de llevar lo justo y comenzar de cero. Volé a Madrid con mis padres un 16 de septiembre, y me despedí de ellos en el aeropuerto, donde hice escala.

Recogí mi maleta de la cinta transportadora y saqué a un Humo despeinado que se estiraba cheposo en el trasportín, haciendo sonar una chapa con su nombre que colgaba de la cinta azul de su cuello; me haría compañía durante el vuelo en cabina. De mi bolso, saqué un botellín de agua y le di de beber sintiendo su áspera lengua acariciar mis manos.

Era la oportunidad de mi vida y sin embargo no podía evitar que un tren de sensaciones recorriera mi cuerpo.

Me precipité por las frías baldosas crema hasta el mostrador de facturación. Una chica de flequillo inalterable y chaqueta formal me arrebató la maleta. No había vuelta atrás.

Decidí hacer tiempo y pagar un dineral por un chocolate caliente con poco sabor para el paladar, aunque agradable al estómago. En media hora, abandonaría la cafetería atestada de pisadas de paso y me embarcaría, en calidad de escritora, en un viaje a través del espacio y el tiempo a la ciudad donde engendré mi historia. Más mía de lo que la gente pudiera imaginar.

Arrugado, en uno de mis bolsillos de la chaqueta, me deshice del tique de la bebida y palpé la lista de todo lo que me llevaba conmigo mientras continuaba sentada, aguardando.

Cartas y documentos médicos, monedero, DNI, carnet de conducir, dinero en efectivo

Móvil, cargador, iPad, teclado, reloj de pulsera, gafas de sol
Fotos
Termómetro y medicación: gotas para la ansiedad, etc, ibuprofeno, primperan
Un ejemplar de mi libro
2 vaqueros, 2 camisetas
Ropa interior para los 3 primeros días
1 abrigo de lana, 1 jersey, bufanda de lana roja
Pijama de franela con cervatillos rosa
Calcetines azul marino de lana hasta la rodilla
Vestido de cuadros escoceses
Mis botas negras
Maquillajes y desmaquillantes
Peine de púas, secador de mano, rulos
Humo

Era reconfortante comprobar que no faltaba nada. La editorial me había informado de que un conductor me estaría esperando a mi llegada a París. Llevaría mi nombre escrito en una cartulina.

Escuché una voz anunciando mi vuelo. Me dirigí hacia la puerta de embarque. Generalmente permanecía sentada hasta que sólo quedaban un par de pasajeros por entregar la documentación y el billete en control; sin embargo, en esta ocasión decidí incorporarme a la procesión humana que, lenta, iba desapareciendo en las entrañas de un largo pasillo acristalado.

El avión no era de papel, como aquellos que se perdían con el viento desde la ventana de mi habitación. Ni colgaba de un hilo de cáñamo. Era un tronco pesado y estrecho desde el que contemplar el mundo bajo tus pies, que te proporcionaba la dicha de captar nubes de algodón con tu cámara y que dejaba una estela de azúcar quemado a su paso.

Durante el trayecto, junto a la ventana, decidí abrir mi libro un poco antes de la mitad. Pensé en el sentido de mi novela. Cuando algo extraordinario sucede en tu vida, tienes dos opciones: la mía o la de Ada.

Leí sin parar hasta que el vuelo aterrizó en la pista.

Los pasajeros fueron abandonando la cabina; cuando llegó mi turno y las azafatas me desearon una feliz estancia, quise creer de veras que sabían lo que decían.

Hice la llamada prometida a mi madre. Un hombre de mediana edad y demasiadas canas para su tez, aún lisa, alzaba un cartelito con el nombre de Cecilia. Le hice una señal con la mano y me ayudó con la maleta de ruedas, que apenas pesaba, mientras yo llevaba a Humo hasta el monovolumen negro mal aparcado.

—*Ça va?*

—*Ça va bien* —rescaté de mi oxidado francés de colegio.

No debí hacerlo muy bien, porque ya no me dio conversación prácticamente hasta que alcanzamos nuestro destino.

El chófer circulaba a toda prisa y era como si los retrovisores no existiesen (seguro que hasta la kamikace de mi hermana era más cuidadosa). Contra todo pronóstico, el sol casi dolía a través de la ventanilla bajada del coche. Me sentí decepcionada. Humo miraba por los barrotes el rápido paisaje que íbamos dejando atrás. Vivir en París, sin duda el sueño de millones de personas en el mundo. Su atmósfera romántica se palpaba en cada centímetro de sus calles, se percibía en cada una de sus esquinas, en su gente, y provocaba en mí que la idea de instalarme allí me pareciera de auténtico cuento de hadas... Desde mi asiento busqué en vano esa niebla reposada y resbaladiza que hacía estremecerse de gozo a pintores de puentes, a propios y a extraños. A Ada.

Sentada muy derecha, envuelta en mi abrigo color cúrcuma, jugaba a adivinar cómo sería mi apartamento y quiénes mis vecinos. ¿Quizás el hombre de unos sesenta años que se empeñaba en hacer anillos con el humo de su puro en el banco del parque? ¿O la frutera que con un delantal impoluto servía sonrosadas berenjenas y aguacates a una elegante mujer de recogido plateado? ¿Viviría en el piso de abajo la madre que trataba de calmar a su pequeño bebe desconsolado?

—*Et voilà! Nous sommes arrivés, mademoiselle* —dijo el chófer al penetrar en una calle precedida por un dibujo de un gran paraguas tatuado en la pared. Un escalofrío atravesó mi piel.

Me tendió un juego de llaves antiguo y señaló un portal de timbres dorados.

—*Ce là.*

Segundos más tarde, me encontraba en medio de la calle, sola y atónita ante la bella edificación que se alzaba allá donde finalizaba el camino imaginario marcado por el dedo índice del conductor. Una localización extrañamente familiar. Es posible que hubiese estado allí antes, es más, juraría que así era. «*Prés du Panthéon*», me había dicho el piloto de Fórmula 1 antes de despedirse. Y allí estaba yo. Deseando saber qué me aguardaba tras el gran pórtico de aquella casa de color blanco inmaculado y balcones acristalados, como los de un jardín de invierno, enterrada entre enredaderas de un dramático tono verde y de idílicas azoteas. Ante mí se materializaba mi idea de París, fabricada a base de los jirones que recordaba de alguna película independiente, de las noches con Charlotte, de mi viaje de fin de carrera, de los libros.

Centré mis pasos en esa calle estrecha que escapaba de las páginas de las guías para turistas. Los pájaros rebosaban de una alegría casi irreal en ese ambiente antiguo, como de los años cincuenta. La calle respondía al nombre de Lagarde, como indicaba una placa azul oscuro y ribete verde. El edificio, que databa del año 1904, era obra del arquitecto Georges Hennequin.

Me acerqué lentamente, con el manojito de llaves con una etiqueta en la que se indicaba en boli «última planta». Escogí la de mayor dimensión y me introduje en el portal con el corazón en un puño. No había ascensor. Horror. Ascendí por las maravillosas escaleras de caracol sosteniendo el trasportín de Humo en una mano y la maleta en la otra. Al alcanzar el tercer piso, tropecé contra una huevera de cartón al pie de una puerta. Joder. Llamé al timbre, pero nadie contestó; insistí con los nudillos, pero tampoco hubo respuesta. En fin, una vez me instalara, bajaría a limpiarlo.

Llegué asfixiada. Señor, qué mal estaba de forma física; al fin y al cabo casi me iba a venir hasta bien subir y bajar todos los días. Dejé todo en el suelo y busqué la llave. Me retiré el pelo de la cara y

soplé. La hice bailar sobre la cerradura. Iba dura. Conseguí abrir. Menos de dos pasos hacia su interior, perfectamente amueblado, fueron suficientes para quedarme petrificada... Me temblaban las piernas. Me esforcé en recorrer no sin cierto miedo y asombro cada una de las estancias de la vivienda; un hermoso ático al detalle.

Al detalle de mi libro.

Alguien se había tomado la molestia de reproducir de una manera casi enfermiza o exageradamente complaciente —con un deseo de agradar que escapaba a toda lógica— cada milímetro de las paredes de la morada de Ada, mi protagonista. Cerré la puerta. Desencarcelé a Humo, abandoné la maleta y corrí hasta el grifo de la cocina, integrada deliciosamente en el luminoso salón, para dejar que el agua corriera por mi garganta, completamente seca del susto. Me sentí mareada, probé sin muchas esperanzas a abrir la nevera. Sin embargo, una explosión de colores salió de sus blancas tripas. Ese alguien se había encargado asimismo de la compra semanal. Pomelos, puerros, pimientos rojos, tomates, zanahorias, una calabaza, limones, *lait écrémé*, *lait d'amandes*, huevos, mantequilla, una quesera con una selección de piezas prácticamente recién cortadas...

Mi pulso se aceleraba en medio de mi cuello.

Un cuenco con ajos y cebollas, otro con nueces, y una botella de vino tinto acompañada de un paquetito envuelto con cuidado descansaban sobre la encimera de la barra de la cocina con tiradores de elefantes en bronce. ¡No faltaba nada! Una nota impresa en español rezaba: «El pastel es una delicia de higos. Feliz estancia». Parecía una nota firmada por las azafatas de mi vuelo. Era increíble. ¡Todo era increíble!

Me dirigí al cuarto cerrado, junto al baño. Un vestidor de armarios empotrados se alzaba todopoderoso. Dios mío. Era el diseño que había imaginado para Ada. Lo abrí de par en par. La habitación se hallaba repleta de zapatos de tacón de mi número, un sinfín de sombreros y decenas de vestidos. Ni rastro de paraguas. Lo solucionaría esa misma tarde. En el suelo, a la vista, una caja de

cartón malva; en su interior, bombones de muchos sabores. Decidí ventilar toda la vivienda que, rodeada de ventanas, a excepción del dormitorio, no era de techos bajos. No había cortinas. Numerosos cuadros descansaban en el suelo, contra las paredes.

Me tumbé en el diván. Alguien había leído mi mente mucho más allá de la novela. De pronto, me hallaba inmersa dentro de mi libro, viviendo en la piel de esa muchacha de pelo ondulado que confiaba en los hombres y que caía muchas noches extenuada en pechos anónimos. Ada representaba lo que yo deseaba ser y no podía. Exudaba seguridad en sí misma. Era constructiva y no destructiva; reparaba juguetes, en vez de destruirlos en sueños. No le acobardaba que la lluvia alcanzase su piel desnuda, ni veía en ella connotaciones negativas.

Y no fumaba. «Quizá debería dejarlo», pensé mientras me encendía un pitillo y abría las ventanas, cuyos alféizares estaban ocupados por alargados maceteros sin plantar. Iba a echar las cenizas sobre la tierra, pero me detuve a alcanzar un platito de la cocina para tal fin. Nota mental: comprar también un cenicero...

Al fin y al cabo, no tenía nada de malo observar, como en el cine, mi propia película. Ahora estaría obligada a entender cómo era el mundo que rodeaba al ser que había creado.

Apuré pensativa el cigarrillo, hasta casi quemarme los dedos.

Tenía hambre.

Me lavé las manos con un delicioso jabón líquido que olía a almendras y miel en la inusual pila entre antigua y moderna del baño. Dirigí mis pasos hacia los fogones, capitaneada por Humo, que había muerto y había resucitado, y que volvía a jugar con mis pies. Descolgué una sartén que colgaba del mango sobre la isla de la cocina. Estrené la placa con una tortilla francesa, mi peculiar manera de celebrar mi primer día en ese país. «Tendría que haberle puesto a Ada lavavajillas en casa», pensé en mi torpeza, estropajo en mano. Detrás de la isla, junto a la tele de plasma que miraba hacia el diván, observé a Humo, acomodado en el dominio de

Sebastien, el gato persa que Ada se había encontrado calado, vagando por Le Marais. Se le veía exhausto.

Me quedé dormida sobre la colcha marfil de la alcoba. Cuando me despertase, indagaría un poco más dentro de la casa. Me acordé, justo antes de perder la consciencia, de los huevos cascados de la tercera planta; la pereza se apoderó de mí... «Total», pensé, «si no los limpiaba, quién se iba a enterar de que yo había sido la culpable...».

A las cinco de la tarde amanecí de una siesta de lo más reparadora. Me asusté al verme en esa vivienda, me costó darme cuenta de que no era otra de mis pesadillas. Hice pis en ese baño real como la vida misma.

Me miré en el espejo bordeado por decenas de trozos uniformes de cerámica en tonos ocre, azafrán y azul, separados por blancas juntas. El rímel se me había corrido al dormir, y parecía estar poseída por un excéntrico Marilyn Manson. Impregné un algodón en aceite de oliva para hacer desaparecer las huellas de la siesta. Me olí las axilas, los nervios me habían traicionado y despedían un aroma rancio y avinagrado. Me esforcé en desnudarme con diligencia, había tanto que hacer en aquella maravillosa tarde que no quería demorar el momento de lanzarme a las calles. La ventana del baño no tenía cortinas, no parecía haber nadie viviendo a lo lejos, pero mi pudor me hizo tapar los cristales con la toalla púrpura del lavabo. Encendí la cálida y tenue luz. Me recogí el pelo con una goma. Una esponja blanca de nailon con forma de tutú de bailarina descansaba sobre la grifería de cobre. Giré la ruleta del agua caliente y la mezclé con la del agua fría. Me enjaboné. El chorro de agua caía firme, grueso, caliente. No irritaba pese a su violencia. Alargué el flexible y dejé que el rociador de la ducha me acariciara. Aproveché los dedos. El agua caliente me aliviaba más y más, hasta que en una última vuelta de rosca, casi me quemo en un gemido.

Deshice la maleta, que aún contenía restos de arena. La casa tenía algo excitante que no era capaz de discernir. El rubor no

abandonaba mis pómulos. Coloqué con cuidado, entre las muchas prendas que se extendían en el inquietante guardarropa, mis cuatro cosas. Ni siquiera debía comprar ropa interior. Sentí vergüenza. Alguien se había encargado de hacerlo por mí. El armario del dormitorio estaba atestado de indecentes corsés y bragas de la firma Agent Provocateur, con los exorbitantes precios todavía colgando. Ninguna prenda negra o roja, sólo cajas y cajas de encajes color salmón o blanca seda. De la talla de Ada; la mía.

Cogí un conjunto al azar, el más sencillo. Corrí a mirarme en el espejo del baño, todavía cubierto de una fina capa de vaho. Me sentaba como un guante. Me reí ruidosamente como una niña, tapándome la boca. Me costó elegir entre la ropa que se acumulaba en el vestidor para ser utilizada. Me vestí con un pantalón arena, unos botines y un sombrero burdeos. Devoré una manzana rojísima y riquísima, probé el exquisito pastel de higos, cogí las llaves, un mapa doblado, mi bolso y me apresuré a bajar las escaleras. Ni rastro de los huevos en el tercer piso, me llevé las manos a la frente por haber olvidado limpiarlo, continué bajando no sin percibir un entrecortado ruido de metal. Paré. Miré hacia atrás, aguzando el oído. Nada. Terminé de bajar las escaleras. Abrí el portal y respiré hondo la ciudad.

Quería hablar con Charlotte, con Noe, con Cecilia, con mi hermana... Y contarles TODO. Pero París me esperaba. Y no deseaba que nadie me distrajera, ni me obligara a hacerle esperar.

VII

EL PRIMER PASEO

Los botines avisaban a la ciudad de mi presencia en un paseo sin brújula. Estaba entusiasmada. Hubiera deseado saltar hasta hundir el pavimento. Anduve cinco minutos y de repente me encontré formando parte del gentío que abarrotaba un mercado callejero situado en Rue Mouffetard. Varios puestos de fruta y flores, en un mosaico de amarillos, rojos, verdes y naranjas, me recibieron con agradables olores. La calle me situaba en una realidad con olor a bollería recién horneada y doradas *baguettes*. La melodía del idioma se amontonaba a ambos lados de un paseo de sabores. Un frenesí gastronómico. Era difícil no sucumbir a las *fromageries* con sus cientos de quesos, a los bombones artesanos que, por las caras de los viandantes, te acercaban al cielo, a las *fondues* que se ofrecían en los restaurantes que flanqueaban la calle, acompañadas de una copita de vino tinto. El acordeón barría la atmósfera con sus notas y saludaba a su paso a todo el que caía en la tentación de perderse por ese mundo creado para confundir y enamorar. Un rincón adoquinado que parecía creado para los que buscaban en aquella tarde, como yo, un pedacito del verdadero París.

Interesada, miraba detrás de mis gafas de sol, a todos los que conmigo se cruzaban. Tenían un porte distinguido difícil de explicar: desde el afable vendedor de una tienda étnica que se entretenía viendo la tarde discurrir, pasando por el hombre trajeado que peinaba su blanca barba, concentrado en las hojas de *Le Monde* mientras chupaba un caramelo, hasta el mendigo del final de la calle que saboreaba, bajo su enorme nariz, una porción de queso gruyere a la que previamente había retirado la corteza con su afilada navaja. Compré un tarrito de miel de lavanda y otro de romero.

Mis tacones desembocaron en una pequeña plaza, la Place de la Contrescarpe, donde París se desangraba en la prosa con aroma a ron Saint James de Hemingway, allá en los años veinte, en pleno esplendor de una ciudad romántica y popular, en un París que valía el sacrificio. La plaza, de forma rectangular, ejercía de rotonda para el escaso tráfico. En ella, había una pequeña fuente de granito de forma octogonal, rodeada de frondosos setos. Contemplé el animado bullicio de la Contrescarpe y de las calles adyacentes. Un nutrido grupo de personas se bebían a sorbos la tarde en los cafés de alrededor.

París inspiraba a construir frases de piel y hueso. Mientras caminaba, intentaba darle vueltas a la que sería mi próxima novela. Al día siguiente me había citado con un tal Guillaume Huppert, de la editorial. Querían hablar conmigo. Les daría las gracias por deshacerse en detalles conmigo y supuse que me aclararían qué se esperaba de mí. Sentí un remolino de sensaciones. Continué con mis pasos. París resucitaba más allá de mi primer libro y se volvía intensa. Los recuerdos eran cada vez más cercanos. Más auténticos y tangibles.

Paseé mi memoria por el río. Los puentes soportaban las suelas constantes. Pero, por más vueltas que di, no encontré el viejo hotel.

Decidí volver a casa, me dolían los pies, acostumbrada a no llevar tacones. Cogí un taxi.

Las luces de París eran inmortales. Hice una rápida llamada a mi hermana, en la que decidí no contarle cuán acogedora era mi casa; si entraba en detalles sabía que empezaría a angustiarse. Abrumada por un día repleto de emociones, me quité el sombrero y lo sostuve entre mis manos, mientras me ponía cómoda en el asiento de atrás del coche. Me habría encantado poder compartirlo con alguien. Las luces de los coches, de los restaurantes, la luna y las farolas, se confundían entre sí. La calle vivía pese a la noche. Deportistas en patines y bicis hacían carreras sobre las aceras. Y a lo lejos, siempre la atenta mirada de una bella y majestuosa torre.

Me apeé del taxi somnolienta y con hambre. Crucé el portal e inicié la escalada a través de las antiguas escaleras, seguida del eco de mis botines. Al pasar por la tercera planta, escuché de nuevo el mismo sonido que cuando había bajado a media tarde. Estaba segura. Me giré sobre mí misma. Una luz se colaba por la mirilla circular con forma de gajos de mandarina de una de las puertas macizas y altas del tercer piso. Noté que alguien me observaba. Se apagó la luz de la escalera. Volví a encenderla. Miré hacia la puerta de los huevos rotos. Pero la luz se había desvanecido y sólo se reflejó la oscuridad en la madera.

La casa se me antojaba plácida, pese a tener vecinas cotillas. Seguro que se trataba de la típica pareja de viejos solitarios, enfadados con el mundo y entre ellos. Ella, una mujer de pelo violeta y rulos; él, un anciano con el carácter agriado de un portero y una barriga descuidada por las pastas de mantequilla y los licores de sobremesa.

Humo salió maullando de su escondite.

—Tú también tienes hambre, ¿verdad? Mira lo que te he traído.

Saqué de una de las bolsas de cartón pienso para gatos. El que habían dejado en la vivienda no le había gustado. Ahora que lo pensaba fríamente, cuánto realismo; nadie mencionó que fuera a acudir con un minino. Vacié la bolsa: un cenicero, pan de cereales en rebanadas para congelar, la miel y un paraguas negro y sencillo, plegable, de una tienda cualquiera.

Llené el comedero del gato. Me puse cómoda. Humo ronroneaba y hacía un ruido muy simpático al comer. Daba gusto verlo. Encendí la tele. Puse TF1 para ver si así me empapaba un poco del idioma; si no, al menos, del sensual acento. Una película, de actores para mí desconocidos, salpicaba de diálogos el silencio del 5.º B de la Rue Lagarde, 5e Arrondissement.

Bajé las persianas de la hilera de ventanas rectangulares postradas sobre un faldón de tejados que recorrían mi hogar en forma de ele. Preparé algo de cena. Y me fui a dormir pensando en mi próxima historia y en mi cita con Monsieur Huppert.

VIII

UNA CITA CON EL EDITOR

El despertador redondo y negro, me taladró el tímpano hasta que acerté a pararlo. Mi historia era pura poesía, pero faltaba pragmatismo: esos relojes eran terribles para el corazón. No me dio un infarto de puro milagro. En adelante, pondría la alarma del móvil. La pantalla se iluminó con un mensaje. Pasarían a recogerme a las diez y media. Perfecto.

Me dio por hacerme un par de huevos escalfados, y preparé un café bien cargado mientras me bebía un zumo de pomelo endulzado con miel de romero. Eché de menos a mis gallinas, los huevos no tenían nada que ver.

Después de probarme mil y una combinaciones, elegí un vestido *vintage* verde esmeralda por la rodilla, unos espectaculares botines Louboutin acordonados y morados y una pamea negra para presentarme a los que habían conseguido devolverme a mis sueños más perturbadores. Así ataviada, parecía más francesa que las francesas. Era como jugar a ser otra. Resultaba como sacada de un anuncio de perfume. Cambié mi bolso por uno negro que colgaba en uno de los dos fabulosos percheros curvilíneos del espacioso cuarto, el único sin ventanas. Estaba atacada. Tenía ganas de ponerle cara al artífice de todo aquello.

Nada más bajar a la calle, me tropecé. Agradecí no estar rodando ningún anuncio. Iba a ser difícil manejarse con los altísimos tacones que me hacían parecer una gigante. El mismo chófer del primer día vino a buscarme. Me inspeccionó de arriba a abajo. Pude imaginar lo que en ese momento se le estaba pasando por la mente. De nuevo en el interior del monovolumen, tampoco me ofreció conversación alguna. Me abandonó a mi suerte en Ladurée, el salón de té más ostentoso de París, en plena avenida de los Campos

Elíseos. Metros de terciopelo y decoración Napoleón III prometían una orgía de dulzor. Deliciosas piezas de repostería inundaban la casa de golosinas que se alzaba muy cerca de la editorial. En cuanto clavé una de mis suelas rojas en su interior azucarado, me puse todavía más nerviosa si cabe.

Un hombre de unos cuarenta años, pelo cobrizo y grandes ojos, me hacía gestos desde el interior. Me acerqué tímida y me ofreció su mano.

Subimos al piso superior. Varias salas separadas por rojas cortinas colgadas de barras doradas se asomaban tras la pendiente. Las salas estaban decoradas con huecos de chimeneas y cálidos armarios llenos de preciosas cajas de galletas de cartón, y en ellas se disponían mesas de gélido mármol.

—Buenos días, Cecilia. *Enchanté!*

El amable desconocido que se situaba frente a mí, vistiendo impoluto traje sin corbata y haciendo gala de unos extraordinarios modales, me indicaba con su mano que por favor me sentara. Hablaba español. Respiré aliviada. Me veía teniendo que hacer malabarismos para entenderle.

—*Enchantée* —contesté sintiéndome un poco ridícula por haber puesto un bobo acento a la única palabra que en ese preciso instante recordaba (y porque él la había mencionado antes) de mis clases en el instituto. Me ruboricé.

—*Bon* —dijo retirándose un mechón de pelo de la frente y apoyando sus brazos sobre la mesa a la vez que entrelazaba sus dedos—. Señorita Abril, le estamos inmensamente agradecidos por haber aceptado nuestra propuesta —dijo mirándome fija y pausadamente, como si estuviera tratando un tema realmente importante. Su español era bastante bueno.

—¡Al contrario! —me adelanté a responder con torpeza y voz temblorosa bajo una pámela que no sabía si debía o no quitarme...

Antes de que continuara, un estirado camarero se acercó hasta nuestra mesa y dirigiéndose a Monsieur Huppert, nos preguntó qué deseábamos.

—Pruebe *les macarons*, señorita Abril, son «excelentes» —me sugirió exagerando con su lengua la letra equis.

—Por supuesto —asentí.

—*Des macarons, pour mademoiselle et pour moi, du croissant fourré.*

—*Que désirez-vous comme boisson?*

—*Thé au lait* —acerté a decir

—*Le même chose qu'elle. Et champagne rosé, s'il vous plaît.*

El camarero se alejó.

—Antes de nada —me apresuré a decir—, gracias, de veras, por la excepcional acogida.

—¿Tuvo usted un buen viaje, Cecilia?

—Perfecto. Sin incidentes. No hubo retrasos... Y al llegar... Al ver la casa... ¡Es maravillosa! —No encontré otro adjetivo para calificar el desmesurado gesto con el que me habían recibido.

Por la expresión de su rostro, pareció que le hablaba de algo sin importancia. Es posible que no estuviera al tanto.

—De todo ello se ha encargado Arnaud, uno de los editores más exigentes de la editorial. Sin embargo, nos sorprendió cuando nos obligó a leer, a todos los que comprendíamos el español, el libro que traía consigo. *Lo que moja la lluvia*. El suyo. De hecho, él se ha ocupado personalmente del contrato, que espero sea de su agrado.

—Desde luego... —reconocí sintiendo que no me merecía tantos elogios.

Me pregunté por qué motivo ese tal Arnaud no había venido al encuentro.

El camarero regresó con un gran y colorido plato de *macarons*, un enorme cruasán, té de bergamota con leche y una botella de champán.

—Le van a encantar. En este lugar los *macarons* se vuelven irresistibles. Probarlos es cuestión de segundos; los que transcurren desde que se fija la atención en ellos, en sus atractivos colores, forma redondeada y sabores delicados. Uno mofletudo, de un delicado rosa fucsia, aparece en la película *Marie Antoniette* de Sofia Coppola. ¿La ha visto?

Negué con la cabeza.

Hablaba apasionadamente, se apreciaba detrás de su porte educado a un hombre culto y de gustos exquisitos, pero que trataba por todos los medios de parecer cercano. Capturé con mis dedos una de esas minúsculas delicias de veinte gramos, la de color morado a juego con mis zapatos. Crujiente por fuera, tierna por dentro, ricamente empolvada de azúcar glasé y rebosante de crema *au beurre*. Un inolvidable sabor a violeta y *cassis* me hizo retorcerme de gusto.

—Están increíbles —le hice saber elevando las cejas, algo más relajada.

Sonrió. Y me sirvió un poco de champán.

—Gracias.

—Le ha sido imposible venir —dijo, adivinando mis pensamientos—; se marchó ayer al mediodía fuera de París y me insistió en que la tratara bien, como si fuese un amigo —se disculpó justo antes de llevarse la taza de té a los labios—. Creo que usted viene a ser algo así como su *protégée*.

Respiré hondo. Al parecer ese tal Arnaud infundía bastante respeto a sus compañeros. Me intrigaba la manera en que Guillaume hablaba de él. No me atreví a preguntarle por la edad de mi mecenas. De hecho, cuando llegué a Ladurée estaba convencida de que Monsieur Huppert era mi ángel benefactor. Me había equivocado. Me consumían las ganas de conocer a Arnaud. ¿Sería guapo o feo? ¿Tendría mi edad o sería un carcamal?

—¿Le agrada París?

—Adoro París —contesté entusiasmada—. En realidad, ya había estado, vine al terminar la carrera... No pasé de ser durante el día una mera turista recorriendo a contrarreloj con un grupo de amigos los lugares más visitados, y por la noche una estudiante celebrando con alegría y alcohol haber aprobado los exámenes finales. No dio tiempo a mucho, la verdad. Pero fue intenso...

—Yo nací aquí, pero mi mujer, una alemana rubia con mucho carácter —su rostro se iluminó con una sonrisa al hablar de ella—, se negó a echar raíces en París. Cuando venía a visitarme se

agobiaba por el dichoso clima, por las prisas y los atascos; detestaba el metro parisino, decía que todo el mundo estornudaba sin cesar; la ciudad le resultaba hostil y la niebla, contaminación sobre su cabeza. —Sorbió su té—. Traté de convencerla una y otra vez para que se mudara, intenté hacerle ver que estaba equivocada. Dos años y un dineral en viajes que yo le costeaba tardé en hacerle cambiar de opinión.

—¿Cómo consiguió que se quedara?

—El verdadero París, Cecilia, comienza cuando olvidas los minutos y las horas, cuando te deshaces de los planos y guías, de lo superfluo... Después de llevarla en repetidas ocasiones de la mano y presentarle la ciudad que yo conocía, en la que me había criado, cambió de opinión a ritmo de Marsellesa. Le mostré los rincones por los que había rodado mi bicicleta, los grandes ventanales de las iglesias a los que mis amigos y yo habíamos lanzado piedras... Porque sí, a todo el mundo le gusta el París de paso, excepto a mi mujer, pero no todos saben disfrutar de su fiesta una vez se instalan... Y es cuando más majestuosa se muestra.

Miré disimuladamente su anillo de casado, mientras le hincaba el diente a mi tercer *macaron*, uno verde hoja.

—Nunca se sabe, señorita, quizás acabe sucumbiendo como ella a los encantos de la ciudad. Y ya no la abandone. París es caprichosa. Lo que quiere, lo consigue.

Me guiñó un ojo. Y se abandonó a un apetitoso bocado dulce.

—Y hablando del tema que nos ocupa, Me imagino que nuestra oferta y todo lo que ello conlleva no habrá dejado de suscitarle algunas dudas. No debe preocuparse...

Sonaba sincero. Lo escuché con ojos interrogantes.

—Buscamos que saque lo mejor de sí misma, que se deje llevar, en el mismo e idéntico entorno parisino, que por cierto, describió de manera sublime en su anterior novela.

«Sublime». Me sonrojé. ¿Sería ésta la palabra utilizada por Arnaud?

—Queremos que elabore la historia que desee, que nos cautive de nuevo. Real o inventada. Decídalo usted. Piense en cómo llegar a la gente que trata de vivir a través de otra piel durante el tiempo que tardan en leer una historia: su historia. Lo demás, déjelo de

nuestra cuenta. Cualquier cosa que necesite, no dude en pedírnosla. Estaremos a su entera disposición. A cualquier hora —añadió en un tono suave.

Me extendió una sobria tarjeta con su nombre, una lágrima verde y su teléfono.

Guillaume Huppert Durand
LARMES DE CROCODILE
ÉDITEUR. FICTION.
+33 624 19 67 76

—Muchas gracias, espero no tener que llorarle ningún día como su cocodrilo —murmuré.

—Insisto, lo que necesite.

Adelantó una carpeta de cuero marrón y extrajo varias hojas impresas.

—Aquí está su contrato, Cecilia. Compruebe que todo es correcto.

Sobre la mesa, tres únicos folios. Lo releí por encima, era el mismo que hacía unos días me habían remitido por correo electrónico. No acababa de entenderlo, parecía estar hecho a medida, era imposible ponerle un solo «pero». Mi anterior contrato, con la editorial catalana, era leonino comparado con el de Larmes de Crocodile. No entendía que una editorial, por grande y poderosa que fuese, pagara esa indecente suma a una escritora sin apenas experiencia, como yo. Ni siquiera un epígrafe, una cláusula, un pacto en el que me exigieran abandonar la vivienda en un máximo de un año o algo parecido. ¿Y si no se me ocurría nada? ¿Y si se me habían agotado las ideas después de exprimir mi alma en el primer libro? ¿Sería el último *Lo que moja la lluvia*? Traté de aparentar serenidad.

Me cedió una bonita pluma y firmé las tres hojas, con mi mente viajando a la velocidad de la luz, sin titubear.

—*Bienvenue, Cécile!* —dijo, levantándose de un salto de la silla.

Hice lo mismo.

—Me hace, francamente, mucha ilusión. Gracias por confiar en mí —dije.

—Va a ser una bonita etapa... —auguró—. ¡Y va a dar muchos frutos! —puntualizó mientras me daba dos palmaditas en el hombro.

Chocamos las copas y brindamos con lo que quedaba de champán.

—No se olvide su copia, Mademoiselle.

Claro. Metí los papeles dentro de mi gran bolso. Lo único que se me ocurrió pensar fue que ya no podían arrepentirse de haber accedido a la locura del exigente editor sin rostro.

Guillaume avisó por teléfono al conductor y cinco minutos más tarde abandonaba Ladurée, atiborrada de dulces y de dudas acerca de ese misterioso mecenas. Me despedí del condescendiente editor, que tras pagar la cuenta, estrechó mi mano con fuerza.

IX AURORA

Dejé el pincel del pintauñas dentro del botecito de esmalte amarillo. Esperé religiosamente los sesenta segundos que indicaban las instrucciones. Dos días habían transcurrido desde mi reunión con el editor en el café Ladurée y aún no había escrito ni una sola palabra. Me había dedicado a recorrer París, todos y cada uno de los lugares que ocupaban pasajes de mi libro y que Charlotte me había enseñado a amar a través de sus historias. Ni rastro del hotel.

Me vestí tranquilamente y me dispuse a bajar las escaleras que olían a dulce desde que llegué. Al dejar atrás el tercer piso, escuché de nuevo aquel sonido. Se abrió una puerta. Una mujer mayor, la viva imagen de una Vivienne Westwood algo más envejecida, con el pelo de un fantasioso color calabaza y ojos brillantes, me llamaba desde lo alto.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —contesté, dándome cuenta segundos más tarde de que se expresaba en mi idioma.

Noté enseguida que no era la típica vecina a la que se le podía engañar y no pude hacer otra cosa que disculparme por lo del primer día, avergonzada.

—Siento mucho lo de los huevos, soy un desastre; la verdad es que resbalé, no los vi; llamé, iba cargada y cuando bajé a recogerlos, ya no estaban...

No contestó. Vivienne Westwood me observaba implacable en la puerta, con sus extravagantes ojos azul oscuro, bajo un *eyeliner* lila y enmarcados por unas cejas perfiladas en rosa oscuro. Tenía un aire teatral. Me puse colorada. Iba vestida con una bata gris cruzada y de sus cedidos lóbulos colgaban dos inmensos pendientes que debían de costar una barbaridad.

—Pase, joven, tenemos que arreglar cuentas —me dijo en un tono serio vocalizando cuidadosamente con sus finos labios rojo oscuro.

Ascendí apesadumbrada los seis escalones que me separaban del tercer piso. Me sentía como una niña que debe obedecer tras haber hecho algo malo. Madre del amor hermoso, me dije, estas abuelas estrafalarias no se andan con tonterías, me iba a caer buen rapapolvo. Pensé en salir corriendo, miré atrás, aún estaba a tiempo.

—Por aquí —me indicó.

Entré sin rechistar. Cerró la puerta agujerada por esa chivata e impertinente mirilla.

La seguí a través de un oscuro pasillo que olía a recuerdos y a dulces. Quizás se tratara de la malvada bruja de Hansel y Gretel y había decidido retenerme entre aquellas paredes como castigo por haber destrozado aquellos malditos huevos. ¿Así iba a terminar mi periplo por Francia? Me asusté. Ni siquiera había dejado un rastro de migas de la *baguette* de esa mañana, ni del delicioso pastel de higos que a punto estaba de acabarse. Clemencia. Miré mis largos y delgados dedos de uñas amarillas en ese corredor sin luz. Me dispuse a escapar, llevándome aquellas piedras preciosas que oscilaban en sus orejas, cuando su voz interrumpió mis pensamientos.

—Disculpe que no haya dado la luz, sufro unas migrañas horribles, pero ya casi se me ha pasado el dolor.

—¿Dónde ha aprendido mi idioma? ¿Cómo sabe que soy española?

Sonrió.

Subió las persianas. La luz reveló un encantador salón anclado en el tiempo en el que Charlotte habría disfrutado como una criatura. Recordaba a una de esas excesivas tiendas decimonónicas. Las telas de época, las flores, las paredes pintadas, la chimenea, la terraza soleada, los confortables sillones de cuero, los candelabros de plata, las pinturas de damas borrosas y miradas vacías. Una

invitación a dejarse seducir por el encanto fantasmagórico y el refinamiento del siglo XVIII parisino emanaba de cada rincón de aquel piso.

Después de todo, la maquiavélica bruja de pelo calabaza destilaba buen gusto decorando su casa.

—Tenía mucha curiosidad por conocerla, señorita... La esperaba.

La miré perpleja.

—El vecino del quinto se ha tomado muchas molestias estas últimas semanas por arreglar el ático. He acabado desquiciada con tanto ruido. Verá, aquellos muchachos, los obreros, debieron de tirar hasta las paredes... Ha sido insufrible. Cuando el ruido es insoportable ni las pastillas consiguen que la cabeza deje de molestar.

—¿El chico del quinto? ¿Qué chico del quinto? Yo no he visto a ningún chico en el quinto. Sólo vivo yo.

—Fue él el que dejó los huevos en mi rellano —me dijo en cierta manera divertida, mientras se tocaba uno de los pendientes—. A Claudine, la pintora que se hospeda en el 3.º B, aquel día, hace un par de años, se le habían acabado los huevos y vino a pedirme unos cuantos. Al día siguiente, no era necesario, pero me había comprado una docena. Yo había salido con mis amigas a tomar pastas y té, así que los dejó en el suelo, al pie de la puerta. Al igual que usted, también él tropezó. Desde entonces, no hay día, a no ser que viaje, que no me deje un cartón junto a la puerta. No siempre está lleno, a veces sólo hay uno o dos... si no, podría haber puesto una tienda. Siempre lo hace a primera hora de la mañana. Sabe que si llama, me negaré a aceptarlos.

Me pareció un gesto entrañable. Quería escuchar más.

—Se trata de un tipo reservado. Una vez, conseguí que aceptara mi invitación, le ofrecí una generosa porción del pastel de frambuesa que mi marido saboreaba siempre después de comer.

—¿Siguen juntos?

—Murió hace cinco años, de una bronquitis.

Vaya, ¡cómo no podía imaginar algo así!

—Era un francés encantador... Sigo cocinando ese pastel a diario, para eso son los huevos, el olor hace que parezca que sus

zapatillas de felpa azul marino todavía pasean por este hogar, llenas de hilos cortados de las prendas que a veces coso. ¿Desea probarlo?

—Por supuesto.

—Tomaré también un café, me alivia la cabeza, ¿quiere que le prepare otro? —me preguntó fijando en mi rostro su vítreo mirada.

—Se lo agradezco.

No pude negarme. Me fascinaba que aquella señora fuera todavía capaz de enhebrar ella sola una aguja, si yo con la visión intacta era una calamidad cuando intentaba coser un botón como Dios manda.

Se alejó sonriente, incluso agradecida, y apareció por la puerta con una bandeja de plata en la que reposaba un pastel que tenía una pinta espectacular. Vacío una cafetera en dos tazas, y me tendió una divertida vaca de porcelana que escupía leche, por si quería un poco. Ese café era el que perfumaba la atmósfera del edificio. Cogí una de las dos servilletas de exquisita tela que reposaban sobre la bandeja.

—Siempre horneo para dos. Al final del día, lo tiro. No me acostumbro a cocinar para mí sola y mis amigas están hasta la coronilla del dichoso postre y siempre a dieta; pese a ser muy golosas, son tremendamente presumidas; luego está el tema del azúcar... Ya ve, a nuestra edad... Este año cumpliré ochenta y dos, aunque ellas piensan que tengo setenta y siete —sonrió.

—¿No tiene hijos?

—No —contestó algo apenada.

¿Para qué habría preguntado nada? De nuevo mis palabras eran más rápidas que mi cabeza.

Recuperó al vecino entre bocados.

—Me dijo que trabajaba en una editorial. Arnaud es un tipo muy peculiar... Así, joven, como usted. Cuando apareció, pensé que sería algún familiar, tal vez su novia...

Me estremecí.

Ohhh ¡Arnaud! ¿Arnaud era mi vecino? ¿El mismo que había orquestado todo? ¿El mismo que estaba detrás de toda esta locura?

¿Vivienne Westwood había dicho «peculiar»? ¿Qué le hacía peculiar? Miles de preguntas se agolparon en mi mente.

—Llevo años viviendo en el número 3. Nadie ha vivido en la quinta planta desde hace años, las dos viviendas pertenecían a una familia de Lyon, que jamás vino a París; así que decidieron restaurarlas y sacarlas a la venta... Por eso me extrañó que pusieran todo de nuevo patas arriba. —Se atusó el pelo—. Pero los jóvenes tenéis unos gustos extraños...

Imaginé el motivo... Mi cabeza procesaba todo aquello a gran velocidad. Aquella revelación me había dejado estupefacta. Cogí la cucharilla y mareé el café, una y otra vez, absorta en la conversación.

—Entonces, si no es familia, ni su novia, ¿es usted escritora? ¿Trabaja para él?

—¿Para él? Sí, supongo, de alguna manera, así es —me sonrojé—. Acabo de publicar mi primera novela —contesté—. Pero se lo ruego, tutéeme. ¿Cómo se llama?

—Aurora; perdona, no me he presentado.

—Me acabo de dar cuenta de que yo tampoco. Cecilia.

Reímos mientras el sol nos acariciaba la piel y los pendientes de Aurora creaban preciosos destellos de luz.

—Encantada, Cecilia... Bonito nombre.

—Aurora es un nombre español... —dije curiosa.

Sonrió afable.

—Nací en España, viví allí hasta los siete años. Pero durante la Guerra Civil, mis padres se vieron obligados a exiliarse a Francia, donde me enamoré y donde me hecho vieja. Casi he olvidado charlar en mi idioma. Me alegro de que hayas caído en este edificio.

La miré atónita. Mi llegada no había sido fruto de la casualidad. Había aterrizado allí como el insecto que cae en una tela de araña.

—Respecto a tu novela... Enhorabuena, me hago una idea de lo que debes estar sintiendo, esa obsesión por el detalle, por emocionar... Yo, la primera vez que diseñé un traje de novia, me pasé tres días sin dormir, hasta que se lo probé a la joven que se entregaba a un hombre rico e importante de la época. Diseñar y coser ha sido mi vida.

La conversación se dilató más de dos horas. Hablamos de París, de mi novela, de su colección de dedales y de cómo se enamoró de su marido.

X EL DESCONOCIDO

Salí tan aturdida, por saber que ese editor, Arnaud, era mi vecino, que huí a la calle para que el aire fresco de la avanzada tarde me sacara de mi silenciosa angustia. Paseé despistada por las calles de alrededor, cada vez más rápido, como si con cada paso fuese a acercarme a la razón por la que alguien que no te conoce se desvive tanto por ti. Era algo aterrador.

La gente no parecía notar mi presencia, salvo por algún transeúnte que bajaba la cabeza más de lo habitual, para observar mi canalillo. El sol abrasador y el bochorno dejaron paso a unos nubarrones con matices ciruela. El día era como un enfermo del corazón que por la mañana, alegre, da brincos y al caer la noche tiene un pie en la tumba. No había andado ni siquiera diez minutos, cuando empezó a llover endemoniadamente como si se tratase del fin del mundo. Abrí mi enorme bolso y, como era de esperar, no llevaba el paraguas plegable. Pensé en volver a casa corriendo, pero ya era tarde, las gotas habían arruinado las ropas ligeras que me había puesto aquel septiembre engañoso. Mis vaqueros comenzaron a teñirse de oscuros topos. Empezaba a hacer un poco de frío y me metí en la primera cafetería que vi. Eché un rápido vistazo a mi alrededor, desde fuera no había imaginado un sitio tan cálido. La pared de cristal que separaba las pequeñas mesas de la calle estaba cubierta por faldones de tela fruncida de mitad para abajo. Me senté en una mesita, la más alejada, bajo un gran reloj sin fondo. La lluvia era realmente intensa y resultaba inquietante ver a la gente correr de un lado a otro, como si les estuviesen lanzando granadas desde el cielo.

Estaba en Madame Carotte, un salón de té con decoración provenzal y obrador propio en el que los sentidos se empapaban de

los calores y olores artesanales de los bizcochos, galletas y tartas tradicionales. Detrás de la barra había coquetos y femeninos estantes con una selección de panes y cosas saladas como sándwiches, *quiches* y ensaladas.

El camarero, un chico joven y expresivo, de los que disfrutaban sirviendo calorías y hospitalidad, conmovido por mi piel de gallina, me dejó un jersey de lana muy acogedor. Me dijo que ya se lo devolvería. No me permitió rechazarlo. Me sentí abrumada, pero también incapaz de negarme.

Cogí la carta con mis dedos de uñas amarillas. Me encontré con un amplio surtido de chocolates a la taza, batidos de frutas naturales, vinos y licores. Eché un vistazo a sus especialidades, las magdalenas de arándanos, el *kouglof* y las *grignotines*. Me decanté por una sencilla bomba de chocolate caliente y un cruasán con mermelada. Estaba exhausta de darle tantas vueltas a los acontecimientos de los últimos días. Sentía que nada de lo que me pasaba dependía de mí.

Hice varias llamadas. A mis padres y a mi hermana, pero no a Valeria. Ella se habría dado cuenta de que algo pasaba y yo no quería darle explicaciones, sobre todo porque no las tenía.

Media hora después, dejé mi iPhone junto a una bandejita con tarritos de mermeladas de todos los sabores, con una cucharilla curva y simpática, como todo en aquel sitio, suspendida en cada uno de ellos. Las nubes no daban tregua. Viendo la lluvia caer, era imposible saber con certeza cuándo iba a poder volver a casa, aunque fuese en canoa.

Apuré el chocolate que todavía manchaba un par de dedos de la taza y miré al frente. Fue una casualidad.

Las agujas del reloj de pared se detuvieron en la húmeda mirada gris que se clavó sin miedo a través de los cristales de Madame Carotte; un hombre caminaba lentamente entre la gente corriendo bajo un manto de lluvia. Me sorprendí a mí misma en un arrebato incontrolable. Caóticamente aturdida y enajenada. Lamenté no poder congelar el paso vago del rubio desconocido que parecía

mirar sin ver, imaginar sin saber, sentir sin tocar. Una mágica escena condensada en segundos, casi fotogramas. Sentí un escalofrío por la columna vertebral. El individuo de rasgos angulosos y cejas claras y pronunciadas caminaba despacio, seductor, ensimismado, con el rostro levemente cubierto por una ligera barba de dos días. Era guapísimo. Sentí mi respiración irregular, como cuando estoy ansiosa y el mundo se me cae encima. Una opresión en el pecho. Vestía un abrigo elegante de lana color mostaza. Un jersey gris holgado mostraba un cuello atlético y una clavícula marcada. ¡Dios mío! Mis pulsaciones se dispararon.

Dejé cincuenta euros encima de la mesa, no llevaba cambio. Miré tras la barra, pero no vi al camarero para despedirme y devolverle el jersey. Abrí la puerta del establecimiento. Me sorprendí a mí misma saliendo con lo puesto, jadeando. La lluvia comenzó a empaparme de gotas que ni sentía. El corazón me latía a toda velocidad y una corriente extraña recorría toda mi espalda. Ladeé la cabeza hacia la izquierda, la dirección que había tomado el misterioso dueño de los ojos grises, pero sólo vi niebla. ¿Lo había perdido? ¿No volvería a saber de él jamás? Me abatía la mera posibilidad de no encontrarle. Se me erizó el vello. ¿Dónde estaba? ¿Hacia dónde se dirigía?

Me flojeaban las piernas. Miré a ambos lados de la calle. El pelo pesaba, el tiempo pesaba, las nubes pesaban. Avancé por la calle empinada, que era un tobogán de agua. Mis pies flotaban dentro de mis botines, hacia cualquier dirección. Oí la risita tonta de una pareja a mis espaldas. En la calle, nadie más. Caminé alborotada. Olvidé el motivo de mi viaje a París, al exigente editor, la responsabilidad de escribir otro libro. Dejé atrás todo. Buscaba su sombra bajo las farolas de París cercanas a mi casa. Mi espina dorsal sufría latigazos de frío. Intenté recuperar la poca serenidad que me quedaba. El impacto había sido brutal. Nunca había sentido una fascinación así por un hombre. Me desgarraban sus ojos grises, me dolía no encontrarlo. Me sentí totalmente ridícula. Vací mis pensamientos sobre el riachuelo que se deslizaba por el pavimento.

Costaba orientarse entre la cortina de niebla que se empeñaba en no dejarme ver más allá de diez metros. Me era imposible volver a casa sin dar con su paradero. Me negaba a despedirme de aquel enigmático desconocido. Maldito seas. Maldito seas. Y aunque le encontrase, ¿qué le iba a decir? ¿«Hola, encantada, me acabo de volver loca al verte a través de los cristales, bésame»?

El sonido de los neumáticos de los coches se hacía más evidente al girar sobre la carretera mojada; las casas se encendían de huéspedes resguardados de la lluvia; los pájaros habían desaparecido y las pisadas retumbaban. Patinaba entre comercios cerrados, restaurantes y cafeterías abiertos que seguían esperando a que cesaran los caldos que disolvían las aceras. Mi animadversión hacia la lluvia volvió a hacer acto de presencia. De nuevo era la guarnición de una desgracia, en este caso, la de no encontrar al chico que parecía no existir. Me sentí frustrada, era imposible que se hubiese desvanecido en la nada. Hubiese hecho cualquier cosa por él y no le conocía de nada.

Qué paradoja. Las historias de súbitos flechazos, de amantes que caían fulminados nada más verse, siempre me habían parecido artificiales y falsas. Trucos de escritores o guionistas para crear el sucedáneo de una emoción. Y ahí estaba yo, que siempre me había creído inmune a mi pesar al amor, totalmente sacudida por una mirada que no había durado más de tres segundos. Esos ojos habían encendido una mecha en mi interior. Me sentía a punto de explotar.

Una niña cantando de la mano de su madre gozaba saltando sobre los charcos que iban apareciendo a su paso. Me recordó a mí misma, hacía muchos años en el recreo del colegio.

Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva,
los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.

¡Que sí, que no!,
¡que caiga un chaparrón!

El padre Tejada les dijo una vez a mis padres: «Es nuestro deber como educadores no llenar a los niños de conocimientos como si fueran sólo cajas vacías, sino incentivarlos para que ellos

deseen aprender y decidan su futuro». Nos permitía salpicarnos de charcos, dibujar arcoíris en los libros de texto, clavar pisadas de barro sobre las baldosas de la clase, y jugar al ahorcado con las tizas de talco cuadradas y blancas en la gran pizarra verde oscura. Nos permitía ser niños. Ya habría tiempo de pellizcarse y despertar del sueño.

La niña cantaba moviendo el pequeño brazo que le unía a la madre, como si fuera una comba. Escuché su vocecita elevarse:

*Il pleut, il pleut, bergère
Presse tes blancs moutons,
Allons sous ma chaumière,
Bergère, vite allons.
J'entends sur le feuillage
L'eau qui tombe à grand bruit,
Voici venir l'orage,
Voilà l'éclair qui luit.*

Sus figuras desaparecieron de mi campo de visión. Un puñado de transeúntes se agarraban al palo frío de su paraguas al pasar a mi lado, me hubiera gustado atreverme a asaltarlos y pedirles ayuda, como cuando desaparece un cachorro o te indican una dirección que buscas desesperadamente. ¿Dónde se había metido?

Sentí ganas de llorar. Comencé a escribir mentalmente.

Imaginé al individuo clavando sus pupilas en mi barbilla baja, en mi boca semiabierta y embelesada viéndole pasar. Fantaseé con sus pasos dirigidos hacia el interior de la cálida *boulangerie*, tomando asiento. Se desabrochó el abrigo, abandonándolo sobre la mesa con restos de comida, enfrente de la mía. Le intuí contemplándome disimuladamente por encima de la carta de tés. En mis pensamientos dejaba caer el pelo sobre el hombro, desamparado. Él trató de domar su pelo de corte nazi, como el de Ralph Fiennes en *La lista de Schindler*, con los laterales rapados y rubísimo flequillo largo y lacio hacia un lado. Sus ojos grises me quemaban, incluso cuando no miraba. No soportaba que me observara. Era guapísimo. Le escuché hablar con su voz profunda mientras el joven

camarero desmantelaba la mesa y la limpiaba con una bayeta. Escogió un café bien cargado. Inspiraba el aire a través de su nariz perfecta e interesante. Barrió con su mirada el recinto en busca de una servilleta. Levantó la mano y el camarero se acercó de nuevo enseguida, dejándole un servilletero. Cogió una. Se secó los labios gruesos, definidos. Su carnosidad ofendía. Tragué saliva. Unté mi cucharilla de chocolate y humedecí mi lengua de cacao caliente, vergonzosa. Hasta incómoda. Sus ojos obligaban a dejarse ganar. Intenté calmarme. Bajé la vista para no ahogarme en aquel gris terrible. Inesperadamente, sus gestos se volvieron distantes y fríos. Mierda. ¿Se había ofendido al detenerme en su turgente boca? Angustia. Su barbilla partida señalaba al suelo. De pronto, evoqué el fragmento del metro de la película *Shame*, ese en el que Brandon intimidaba sin pestañear a una de sus víctimas. Sentí la fuerza de su banda sonora en las entrañas, la misma intensidad perturbadora. Noté que me ahogaba deseando que ese desconocido se convirtiera en un depredador y me eligiera como su presa. No era yo, no razonaba, hipersensible ante unos ojos grises arrolladores. Me miró fijamente, atravesándome. Traté de reprimir la ridícula sonrisa que amenazaba con dividir mi semblante en dos cuando él decidió volver a cruzar miradas. ¿Por qué jugaba conmigo? Me vigilaba desde su sitio y luego parecía molestarse cuando yo lo hacía. Intenté apartar la inoportuna imagen de sus labios manchados de café, de su lengua deslizándose para retirar la mancha. El corazón me latía violentamente. Observé mi taza vacía, pensé en las comisuras de sus labios.

De repente, una pitada me sacó de la escena de mis sueños y me devolvió, aturdida, a las húmedas calles de París. Había dejado de llover y un hombre me increpaba desde su coche. Habían estado a punto de atropellarme y sólo podía pensar en que tras los cristales de la *boulangerie* mi mundo se había quedado sin palabras, sin miradas. Vacío.

XI FIEBRE

Cuando miré el reloj, eran las doce y cuarto de la noche y estaba empapada en sudor frío y en muchas calles y minutos sin suerte. No volví a verlo. Dirigí mis pasos hasta la Rue Lagarde. Me dolía la cabeza. Me encontré de repente febril. Tras girar la llave, busqué lo primero mi pijama rosa de cervatillos. Lo reservo siempre para cuando estoy enferma, he discutido o me siento alicaída. Me preparé una sopa de cebolla; una receta de cuchara me reconfortaría. Mientras se hacía, me sequé el pelo, hacia abajo. Humo movía su pequeño hocico, que era un imán para los intensos olores a comida. Estornudé. Qué fastidio ir a ponerme mala justamente entonces. Era como si las defensas me hubiesen abandonado a la vez que aquel intrigante desconocido.

No podía esperar a terminar de cenar. Encendí el iPad mientras dejaba que el caldo hirviendo calmara el frío que me golpeaba por dentro. Introduje la contraseña en dos ocasiones. 2708. Otra vez. 2708. 27 de agosto. No podía olvidar ese día. Ni quería. Necesitaba escribir poseída por una imagen consumida en décimas de segundos. Tenía que hacer que aquel tipo cobrara vida, aunque fuese a través de un maldito libro de ficción. Me palpé las sienes: un dolor sordo, no pulsátil. Sentía una banda apretada alrededor de la cabeza, me molestaba hasta el cuero cabelludo. Comencé a escribir a partir del preciso momento en el que había hecho su aparición en escena un fantasma. Pasé por alto la interrupción del conductor histérico que a punto había estado de pasar las ruedas de su Golf sobre mis piernas. A partir de ahí, lo haría desaparecer lentamente bajo la lluvia, alejándose de la *boulangerie*. Pero en mis páginas lo encontraría. Vaya que si lo encontraría. Reprimí las ganas de

derrumbarme de nuevo, segura de que en la vida real no correría la misma suerte.

Me desmaquillé sin ganas. Me lavé los dientes con la pasta fluorada de menta que me había dejado mi cuidador psicópata. Perdón, el exigente editor. Mi vecino ausente. Ese que velaba por mí y por mi relato. Para serenarme recordé las palabras del señor Huppert. Estaba en manos de una editorial seria. Me acerqué al espejo. No tenía buena cara, las ojeras me llegaban hasta los pies. Me alejé hasta el dormitorio. Me quité los calcetines de futbolista de agradable lana azul marino hasta la rodilla heredados de mi madre y me escabullí entre las sábanas de la cama. Me subí la pesada colcha hasta los ojos y traté de dormir. Pero qué va. Me revolví inquieta, delirando de fiebre o sofocada por los *flashbacks* que venían a mi mente como latigazos, una y otra vez sin tregua. Gira la cara. Gira la cara. Gira la cara. Hazlo por mí, si no, voy a desfallecer. Volví a retorcerme hacia mi otro costado. Estaba mareada, las arcadas ascendieron hasta mi garganta. Conseguí dormirme. De nuevo esa odiosa y cándida niña riendo inconsciente en lo más alto del acantilado, arrojando juguetes al mar. Hacía mucho calor. El agua hervía al tacto. Intenté impedirselo. Chillé con fuerza, no era real, no era real. De pronto, una variante. Un vahído. El hermoso desconocido de los ojos grises se colocaba detrás de la niña. Gracias a Dios. Ponía sus manos sobre los hombros. Respiré aliviada. Cerré los ojos emocionada. Cuando levanté la vista hacia el cielo, vi como la empujaba hacia el vacío haciéndola desaparecer con sus juguetes. ¡No! ¡No! ¡Nooooooo!

El reloj de la habitación marcaba las cuatro y cuarto de la mañana. Me levanté chorreando. Olía a enfermedad. Busqué el termómetro digital. Cuando era pequeña mi madre me colocaba bajo la axila uno estrecho de mercurio que un día se rompió y liberó una bolita con la que estuve jugando hasta que mi madre me reprendió por ello. «Ahueca el ala», me decía, y yo me dejaba, abandonada y laxa por la temperatura de mi cuerpo. A veces acababa en la bañera, lo odiaba, no entendía que teniendo escalofríos me

introdujeran en el agua helada; otras veces, me destapaba e impregnaba trapos con colonia que para mi disgusto me colocaba en las muñecas, los tobillos y la frente. Todo para martirizarme, como cuando mi padre me sujetaba con fuerza para que el supositorio entrara en mi pequeño cuerpo.

Treinta y nueve grados. Sola en París. Viernes. Hacía años que no volvía la fiebre. Estaba tiritando. Fuera volvía a llover. Cogí un estuche de viaje y tragué dramáticamente, con un seco movimiento, un Neobrufen. Estornudé. No pensaba rociarme en alcohol ni pasar por el trance de la fría ducha. Volví a la cama.

El timbre me despertó. Sonaba muy parisino. Un intenso dolor de cabeza me recordó mi situación. No podía ni siquiera levantarme. Otro timbrazo. «Lo siento», pensé, hoy no es el día. Me sentía incapacitada para casi cualquier cosa, menos para seguir alimentando la imagen de la noche anterior.

Quería más droga, pero tenía que comer algo. Vibró el teléfono. Era mi madre, para eso tienen como un radar. Impresiona.

—¿Mamá? —contesté mientras me ponía la amorosa bata y las calzas de futbolista.

—Hija, qué voz, ¿te acabas de levantar?

—Sí, aunque ahora mismo apenas me sostengo, estoy hecha polvo, con fiebre —contesté sin fuerzas.

—No me digas, ¿pero ya vas lo suficientemente abrigada? Te llevaste poquísima ropa. Mira que te lo advertí. Y no vayas descalza, entra todo por los pies. Ay, si es que no sabéis cuidaros...

Verás, ayer estuve deambulando sola, de noche, con un jersey que no era mío, sin paraguas por las calles de París, buscando a un hombre guapísimo al que vi pasar y me gustó, así, por casualidad, hasta que casi me atropella un coche y decidí volver a casa. ¿Ropa? Un editor maniaco me ha preparado un armario entero para mí sola, mamá, no te preocupes, voy servida. También se ha ocupado de comprarme provocativas bragas y lascivos corsés.

—Sí, pero imagino que después de vivir en una isla... necesitaré un periodo de aclimatamiento. Lluve sin conocimiento.

Menos mal que no tenía que salir de casa, ni nada.

—Mira que si te ves muy apurada, dejo aquí a tu padre, me cojo un avión y me plantó allí contigo para cuidarte.

En el fondo sé que le encantaría venir a París, aunque la excusa fuese su hija convaleciente.

—Mamá, no te preocupes, de verdad, ¿para qué te habré dicho nada?

—Hija, es que me preocupas. En fin, ¿te está gustando aquello?

—Jo, es precioso, de postal. Estoy entusiasmada...

—Anda, desayuna un poco, y vuelve a la cama. Ya sabes que quien come, escapa. Te llamaré al mediodía a ver qué tal andas. Y si no, ya sabes, te lo digo en serio...

—Vale, mamá —dije arrastrando las palabras.

—Un beso, cielo.

Cogí un cartón de leche, que pesaba más que nunca, calenté un poco en una olla chiquitina y llené un bol con muesli. Dejé caer la leche encima. Se ablandó. Sin hambre, me limité a alimentarme para salir a flote. Me dolía la mandíbula, incluso llegué a contar el número de veces que masticaba para dar mi consentimiento al bolo antes de mandarlo a paseo hasta la faringe. Estornudé. Casi se me salen la avena, las pasas, las almendras por la nariz. Qué frío hacía. Cogí una servilleta y me soné. Estaba acabando con el papel higiénico y el de cocina. ¿Por qué Ada no se habría sonado nunca? Me hice con una de esas benditas pastillas blancas y me fui pitando a la cama. Me dormí enseguida.

Me despertó el teléfono vibrando al mediodía. «Mamá». Le colgué, lo entendería, supuse. Apagué el móvil, no tenía ganas de hablar con nadie. Estaba atontada. No llovía, pero el gris amenazaba ahí arriba. Me tomé la fiebre, treinta y siete y medio, me había bajado. Tenía hambre. Era hora de deglutir otro poquito más. Era un infierno estar mala. Una miaja de arroz blanco sin gracia, jamón york y una manzana asada calmaron mi estómago. Las persianas de toda la casa estaban bajadas, la luz me molestaba,

como a la bruja buena y migrañosa de pelo color calabaza, mi vecina Aurora. Tenía todo aquello un poco de crónica vampírica: me sentía vulnerable a la luz, romántica, con deseos de chuparle el altivo cuello al macho alfa de ojos grises del que era esclava... Aunque en ese momento, en una lucha cuerpo a cuerpo, hubiese salido perdiendo. Me lo imaginé inmóvil, joven entre mis dientes mientras el mundo se hacía viejo. Con sus labios húmedos bajo los míos, pletóricos de sangre amarga, bebiendo la muerte de un ser inaccesible para poder quedarme con él para siempre. Su destino, sellado.

Me costó ponerme en pie. La columna vertebral no me sostenía. ¿Me debilitaba más la fiebre o pensar en la bella criatura? ¿Estaría delirando? Sí que me había dado fuerte. Puse la tele, la volví a apagar. Entendía más bien poco y no me apetecía ver las trágicas noticias de TF1. Cogí un viejo libro de francés de esos que prometen enseñarte el idioma en diez días y que mi padre me había legado como si de un tesoro se tratase. Me tiré encima del colchón tratando de aprenderme alguna que otra frase. Quién sabe. Si volvía a encontrarme con el dueño de esos ojos, quería ser capaz de comunicarme con él, en todos los sentidos. ¿Tendría novia? Oh, no, aparté ese pensamiento de mi cabeza. No había considerado esa posibilidad. ¿Y si fuese gay? ¿O un canalla? Intenté acallar cualquier lúgubre reflexión de mi mente. Me fui a la página de *La santé* = La salud.

—*Je me suis levée avec mal à la tête et j'ai de la fièvre* (Jë më süí levé avec mal a la tet e je dë la fiévr)= Me he levantado con dolor de cabeza y tengo fiebre

—*Est-ce que je vais me remettre bientôt?* (Es kë jë ve më remétr biantó?)= ¿Me pondré pronto buena... para poder salir a buscar a ese chico?

—*Je sens des aigreurs d'estomac* (Jë san de zegrör destomá)= Siento ardor de estómago... al pensar en ese individuo rubio iluminando las aceras, dentro de un elegante abrigo de lana mostaza...

Basta, Cecilia. ¡Basta! Intenta descansar. Dormí hasta la noche. Encendí el móvil. Tenía cuatro llamadas de mi madre, una de Valeria y otra de un número raro. Le envié a mi madre un mensaje tranquilizador, para que no se preocupara; a Valeria, la llamaría al día siguiente. El otro número... quizás fuese de la editorial, algo importante. Me aclaré la voz. Volví a marcar.

—¿Cecilia?

—Sí, ¿quién es?

—Espero no haberla molestado. Soy Arnaud, de la editorial Larmes de Crocodile.

Guau. El editor exigente por fin daba señales de vida, el viernes por la noche. Tenía una voz envolvente, aunque un poco distante.

—Sí, perdone, he tenido apagado el móvil prácticamente todo el día, estoy algo resfriada —contesté tratando de quitarle importancia a mi lamentable estado.

—Sentí mucho perderme la reunión. Tenía curiosidad por conocer quién era la autora que había escrito semejante historia. Me han hablado muy bien de usted.

Desde luego que yo también lo sentía. Probablemente me habría ayudado a comprender mucho mejor qué hacía viviendo otra vida, tan próxima a mis deseos y anhelos. Era todo demasiado íntimo, demasiado personal. No podía creer que el hombre que me obligaba a aceptar vivir una ficción con su deliciosa voz, ahora al otro lado del teléfono, fuera un completo desconocido ¿Le habían hablado muy bien de mí? Aplaudí para mis adentros, recordando mi encuentro con Guillaume.

—En realidad, debería darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí, no sé ni por dónde empezar. La carta, su predisposición... —Hice una pausa—. Lo de la casa me ha sobrepasado... —enmudecí.

Se había pasado. Mucho.

—Simplemente me gusta alimentar la fantasía de mis lectores, y si para ello tengo que sumergir al autor en su mundo, lo hago. No le dé más vueltas. Lo importante es que se sienta a gusto.

Oh, vaya, me sentí un poco decepcionada con la respuesta. Le quitaba dramatismo y pasión a la realidad. ¿Mis lectores? ¿Estaría en ese preciso instante sentado en su sofá, a pocos metros de mí,

en pijama? Me lo imaginé quitándose las gafas de ver después de un duro día de trabajo... Porque seguro que era de esos tipos educados, elegantes y con un tono de superioridad que hacen que los demás les teman. Agradecí de veras tener las persianas de toda la casa bajadas. Estornudé.

—Lo siento.

—Se lo ruego, no se disculpe; de haberlo sabido, le habría comprado algún remedio. En realidad, siendo vecinos, puerta con puerta, me va a resultar muy raro que me trate de usted. Si le parece, haremos una excepción. ¿Le parece, Mademoiselle Abril? —sugirió con su voz interesante (zarandeando sus gafas de ver en la mano).

—Sí, por supuesto —dije. Tampoco me daba otra alternativa.

—De hecho, Cecilia, esta misma mañana me he acercado a tu puerta para presentarme, pero no estabas.

—Perdona, no supuse que fueras tú, estaba en la cama. La verdad es que estoy peor de lo que te he dicho al principio. Con fiebre. Poco visible.

—Por favor, si necesitas lo que sea, sólo tienes que silbar, no te apures, te lo pasaré por la ventana, si así lo deseas.

Sonreí.

—Eres muy amable.

—Espero haber acertado con las tallas...

¿De verdad me estaba preguntando eso? Quizá en Francia fuese lo normal, pero no pude evitar ruborizarme. Me sentí fuera de juego.

—Sí, sí, lo has hecho —murmuré.

Me removí incómoda.

Rió por primera vez.

—No temas, le encargué a una buena amiga que lo hiciera por mí. Tiene un *showroom* y le apasiona la moda y gastar en ropa. Te la presentaré un día de éstos, se defiende bastante bien en español, nivel amateur, pero se le entiende y es adorable escucharla inventarse palabras.

Respiré de nuevo. Vaya, toda una noticia. Al fin y al cabo, había mandado a alguien para que se encargara de comprarme las bragas. Dios, menos mal.

—Me han sido de gran utilidad.

¿De gran utilidad? ¿El qué? ¿Las bragas? ¿Pero estaba tonta o qué me pasaba? ¿No llevaba conmigo ropa interior en la maleta? (Bueno, la verdad es que sólo tres pobres mudas). ¿Le estaba dando a entender que se me habían olvidado y que le agradecía que alguien se hubiese acordado de dejarlas allí? No quería decir eso...

Me concentré en el resto de ropa. Achaqué la fijación a mi estado febril.

—Ha sido un placer. Trata de cuidarte, estoy deseando comenzar a leer tu sugerente mente en ese libro...

Me incorporé de un salto. ¿Leer mi mente? Mejor que no lo hiciera, le espantaría saber lo que se había estado cociendo en ella en las últimas veinticuatro horas. Sin duda, era un piropo excitante... ¿O tal vez estaba apremiándome para que comenzara mi tarea?... Lamenté estar hecha un asco, me sentí hasta culpable. «Cecilia, cálmate, ayer escribiste». No lo recordaba. Aquel chico, reservado, de gafas y ojos pequeños y apagados, sólo estaba tratando de ser agradable. ¿Qué diablos sabía él de lo que se gestaba entre aquellas cuatro paredes? ¡A no ser que hubiese colocado una cámara!... Ohhhh... A veces mi imaginación me jugaba malas pasadas.

Intenté centrarme en la conversación telefónica. No quería decepcionarle, deseaba devolverle el favor de mi vida, mostrándole de nuevo mi talento.

—Así lo haré —me limité a decir.

—Procura conciliar el sueño. Buenas noches, Cecilia. Hasta pronto. Y bienvenida...

La despedida sonó tan paternal... No sabía si iba a ser capaz de volverme a dormir, no había hecho otra cosa en todo el día.

—Buenas noches, Arnaud.

Me puse a escribir. Pero el timbre de la vivienda sonó de nuevo. Mi respiración se paralizó. Supliqué que no fuera el editor. ¿Debía abrir la puerta? En pijama de franela y apestando a medicamentos,

despeinada y sudada. Anduve muy despacio y sin hacer ruido por el pasillo hasta alcanzar el marco de la puerta. Tragué saliva. Conseguí desplazar la mirilla sin hacer ruido. No había luz. Tuve un poco de miedo. Seguí mirando. De pronto, la luz. ¡Aurora!

Abrí la puerta y, pese a mi aspecto, la invité a pasar rápido; no quería que la primera impresión, si el editor se asomaba por la mirilla de su puerta, fuera la de una desaliñada autora en pijama infantil.

—¿Qué te ocurre, cariño? No tienes buena cara...

Eso era más que evidente. La miré, ella sí la tenía.

—Estás radiante.

Estaba espléndida vestida de calle; parecía una actriz exagerada y colorida, llamaba la atención. Sus cabellos anaranjados, recogidos con un elegante pasador, brillaban bajo la luz del recibidor.

—Doy pena, Aurora. He estrenado París a lo grande...

—Ya veo... No te preocupes, cielo —me dijo con su voz cálida y melodiosa cogiéndome la mano—. Mira, aquí te he traído un poquito de cena, te reconfortará...

Eché un vistazo a la apetitosa cena que descubrió con un gesto teatral. ¡Tortilla de patata!

—Me sobran huevos —sonrió—. Está recién hecha, pensé que te apetecería.

Me entregó también un termo con *vichyssoise* caliente.

—No hacía falta, Aurora, te lo agradezco de veras... Mi madre, si estuviera aquí, te daría las gracias una y otra vez —esboqué una sonrisa—. ¡Ay, Aurora! Te besaría si no fuese a pegarte todos los virus que me han invadido...

—Cómetelo rápido y vete a dormir. Si te encuentras mal, baja, te prepararé la cama del cuarto de invitados. Prométeme que lo harás.

La mire conmovida. Era un amor de mujer.

—Te lo prometo.

«Hoy todo el mundo me manda a la cama», pensé. Pero yo sólo soñaba con irme a la cama para pensar en el chico de los ardientes ojos grises, dormirme y así escucharle respirar. Existir. ¿Pasó realmente tras los cristales? ¿Me lo había imaginado?

Aurora me besó en la frente. Cerré la puerta corriendo. Miré por la mirilla, su pelo calabaza abandonaba la quinta planta. Se fue, agarrándose a la barandilla, pero ágil. De repente, la luz tras la mirilla del editor. ¿Estaba espiándome? Los dos rompíamos huevos, los dos éramos un poco cotillas... Me reí. El editor estaba deseando verme en carne y hueso...

Comí un poquito antes de volver a sentarme frente a la pantalla. La tortilla estaba buenísima, y con cebolla, como a mí me gustaba. Humo recuperó un trozo que se había estampado contra el suelo. Treinta y siete grados de temperatura corporal. Describí en mi novela a la encantadora y teatral dama con dedos desgastados, llenos de grandes sortijas. La convertiría en mi amiga. Describí al editor exigente, reservado, de pequeños ojos y gafas, sentado en su sofá granate hablando conmigo con su voz profunda e interesante. Me describí a mí, en mi pijama de franela rosa de cervatillos, asediada por ojos grises y delirante entre mordiscos de sangre y eternidad.

Me drogué de nuevo, con la tripa llena y un gran vaso de leche con miel esperándome en el suelo del dormitorio. Me lo tomé despacio. Con la cucharilla apuré la miel que reposaba en el fondo. Les hice caso a todos y me acosté.

El sábado por la mañana, Humo ronroneaba y dormía sobre mi almohada. ¿Habría estado toda la noche cuidando de mí? Pasé un rato observándolo, era muy bueno. Fue tanta casualidad encontrármelo... Se desperezó con sus patitas delanteras y se acercó maullando a mí, todavía en la cama, dolorida. Lo agarré y lo apreté fuertemente contra mi cuerpo.

—Ven aquí, pequeñajo, que te voy a comer... —Le besé uno de sus peludos mofletes negros.

Estaba caliente, medio dormido. Me sentí feliz de compartir mis pequeñas cosas con aquel animal tan agradecido y vulnerable.

—¿A que contigo no me pasará nada malo?, ¿eh? ¿A que no? A ti tampoco, pequeño sinvergüenza. A ti tampoco...

Abrí la ventana del cuarto, para ahuyentar virus. Entraba un aire más propio del Pirineo. Oxigenado y frío. Cerré los ojos y el individuo de la *boulangerie* me abrazó por detrás.

Salí al salón, miré el trío de ventanas, habría que subir las persianas en algún momento. Me atusé un poco el pelo antes de hacerlo. Por si las moscas. Tiré de la persiana y un hilo de luz penetró en la vivienda. Me detuve a mitad. Las suyas, enfrente, estaban arriba; había madrugado más que yo, pero tenía cortinas tupidas y no se veía nada. Subí la persiana hasta arriba del todo. Iba dura.

Hice pis. Lo que me faltaba, me acababa de venir la regla. Abrí el grifo de la ducha y me obligué a asearme. Me sequé a conciencia. Encontré un tampón arrugado en mi bolso. Una novedad, el editor no había previsto que menstruara. Contesté el teléfono. Las madres, cómo son. Desayuné rápido, me abrigué y salí a la calle.

El frío me taladraba incluso el gorro de lana. Volví a pisar las calles por las que había paseado hacía dos días. Secas, ruidosas. Saqué de mi bolso el móvil, llamé a Valeria, pero tenía el teléfono apagado. Me la imaginé en Rusia, pelada de frío, con su inseparable violonchelo y con Ezequiel. Volví a guardarlo. Intenté quitarme de la cabeza la obsesión por el desconocido. Pero las calles de París eran sus pasos. Sus incendiarios ojos grises. Aspiré una bocanada de aire fresco para desintoxicarme de su recuerdo.

XII ENCUENTRO CON EL EDITOR

Tres días después, volvía a ser yo. Recuperé el color de mis mejillas y el apetito. Hubiese sido capaz hasta de chupar un helado. Ya ni siquiera me dolía la garganta. Subía de casa de Aurora, que me había obligado a bajar a comer lasaña. Habíamos devorado la comida con vino y me había cascado unas nueces en el hueco de la puerta de la cocina. Decía que protegían las arterias y le ayudaban a no envejecer tanto como sus amigas. «Tres son suficientes para notar los beneficios». Me fascinaba aquella mujer joven en un cuerpo viejo. Sus llamativas y alegres vestimentas no dejaban de sorprenderme, así como su paciencia infinita y su colección de anillos que, junto a la de dedales, lucía orgullosa. Esta última, precisamente, ocupaba una de las amplias habitaciones de la casa: privada de ventanas y con una preciosa tela pintada cubriendo las altas paredes escondía un gran espejo, una plancha de fundición pequeña, un hermoso maniquí marfil de costura desnudo y tres mujeres calvas vestidas de novia a las que sólo les faltaba una bufanda de hiedra. Una lámpara de araña se agarraba con fuerza al techo. Era tétrico y bello a la vez. Gruesos y dramáticos figurines, apilados, guardaban dentro cientos de telas marchitas de exquisitos materiales. Me sentía en ella como la careta cómica de una función de terror de amargo final. Palpé la genuina máquina de coser Singer en la que me habría encantado encontrar telarañas. En una de las esquinas, avisté un burro, casi vacío, de madera y ruedas. ¡Cuántos trajes de novia, ilusiones y lágrimas habrían colgado de él...! Ahora sólo pendía uno blanco roto. No hizo falta preguntar. Era el de Aurora.

Me apetecía arreglarme. Abrí de par en par el vestidor y eché una ojeada. Escogí un precioso vestido de cuello cerrado color caramelo, mangas ajustadas y falda campana por debajo de la rodilla. También unas fabulosas botas negras de ante y tacón medio. No me había percatado de la cantidad de prendas malvas que había en aquel armario. ¿También en mi libro? Eché mano de una cazadora de piel negra. Acudí al baño para quitarme el esmalte amarillo con algodón. Me froté las manos con jabón y las hidraté con una crema de rosas y aguacate que el editor o su buena amiga habían elegido exclusivamente para mí.

Cogí por primera vez el metro y me planté en Île de France. Anduve hasta el bullicioso y perfumado Marché aux Fleurs, en la plaza Louis Lépine, un bucólico mercado resguardado bajo unos agradables pabellones de hierro en los que el domingo también se venden pájaros enjaulados. Detesto los pájaros enjaulados. Me acerqué vigorizada ante tanto colorido entre las nubes grises. Como la vibrante yema de un huevo frito en contraste con la clara de alrededor. Incluso había un espacio dedicado exclusivamente a orquídeas. Puse mala cara. Canastos, macetas, tiestos, objetos de decoración y jardinería, miles de flores, bolsitas de lavanda y pequeñas lámparas tenían cabida bajo los cristales. Los maceteros de mis ventanas estaban desiertos. ¿No le dio tiempo al exigente editor miope a plantar nada? ¿O lo estaba subestimando y sí lo había hecho, sólo que se trataba de semillas que todavía no habían germinado? «Imposible», pensé justo en el instante en el que unas preciosas flores de una de las tres casetas alargadas acaparaban mi atención. Dejé de mirarlas. Pensé en el desconocido de ojos del color de ese miércoles. Sentí que el raciocinio se ausentaba de mi cuerpo por vigésimo quinta vez desde que había pisado la ciudad... Póngame varias de éstas por favor. Y así, con varias bolsas de orquídeas abandoné aquel oasis único en París.

«¿Qué estaba pasando conmigo?». Me planteé consternada.

Al final recuperé la determinación. Volví a casa caminando. Caminando y soñando. Si no hubiese ido cargada como una mula, me hubiese puesto a correr por las aceras para quemar energía. Subí las escaleras excitada, cargada de flores malvas y añiles que no sabía si olían bien o mal. Traté de mirar al suelo, para no acabar

de bruce. En el tercer piso, el de mi teatral vecina, mi respiración era definitiva, terminal. Continué subiendo centrada en el suelo, hasta que al llegar a la quinta planta, con todo el pelo tapándome la cara, me di de bruce con el editor exigente y reservado, ojos pequeños y gafas. Su voz penetrante para evitar que cayera me hizo alzar la vista.

No sé si soy capaz de describir el instante en que sus ojos grises se posaron en mí. Ni si llegué a perder la consciencia. O si en realidad todavía seguía en la cama con Humo y había vuelto a dormirme. ¿La fiebre hacía de las suyas? Me temblaban las piernas. ¿Era un amigo de Arnaud? ¡¿Era Arnaud?! ¿El editor que me obligaba a enfrentarme a Ada y me había llevado hasta París era el mismo al que había buscado desesperadamente por las calles encharcadas? ¿Aquel con el que había estado charlando tranquilamente el viernes por la noche era la persona que estaba consiguiendo que me volviese loca en tiempo récord y que me sujetaba con sus fuertes manos? Noté que respiraba con dificultad. No me atreví a mirarle. Quería morirme.

Conseguí templar mis cuerdas vocales y pronunciar un solitario e inaudible «hola».

—¿Qué tal te encuentras, Cecilia? Veo que enérgica...

Era Arnaud. Ahogué un suspiro.

—Voy viendo la luz al final del túnel... —murmuré cabizbaja.

¿Estaba tratando de ser graciosa o me faltaba un hervor? No sonrió. Me sentí fatal...

—¿Necesitas que te ayude?

Aquello no podía estar sucediendo. De ninguna manera. Necesitaba pellizcarme.

—No es necesario... Gracias... Arnaud.

Arnaud. Me encantaba pronunciar ese nombre. Arnaud. ¿Qué me sucedía? Sus ojos eran demasiado intensos, su rostro demasiado perfecto, su voz demasiado sugerente.

—Te ayudaré igualmente.

Atónita dejé que me quitara de las manos las bolsas cargadas de orquídeas. Intenté mostrar serenidad. Atacada, busqué en mi bolso el manojito de llaves que no aparecía. ¿Dónde se había metido? Mierda. Tragué saliva. Al fin, rocé el frío metal. Suspiré. Escuché mi corazón bombear. Estaba muy cerca, seguro que él también lo oía. Me ruboricé. Olía muy bien. Acerté a abrir la complicada cerradura. Me siguió a una casa que era más suya que mía. El calor inundaba mi cuerpo. Creí ver que sonreía al observar las flores.

—Quería animar un poco las ventanas... —me justifiqué, a sabiendas de que aquellas dichas plantas también protagonizaban mi novela.

—Son muy bonitas.

—No estoy tan segura —murmuré.

Las abandonó al pie de una de las ventanas del salón.

—Espérame.

¿Esperarte? Te suplico que no tardes, ahora que te he encontrado no me perdonaría volverte a perder bajo la lluvia...

Respiré hondo

—*Et voilà!* Esto lo hará todo más fácil, rápido y limpio —dijo con una voz y un acento francés que me pusieron a mil revoluciones.

Dejó su abrigo sobre el diván del salón. ¿Pensaba asesinarme? Correría el riesgo...

Consigno traía una caja de herramientas. La abrió acuclillándose. Los muslos se adivinaban a través de los estrechísimos vaqueros pitillo, no dejaban mucho a la imaginación. Me fascinaba su personal estilo, entre bohemio y dandy. Era obvio que salía a la calle, ¿habría quedado con su buena amiga? Recordé al chico de los bollos de leche con la barbie y la decepción. Pero con Arnaud la sensación era diferente: violenta y sin piedad. Como siguiera acelerada, alguien tendría que repararme como a las muñecas de porcelana que arreglaba Ada en mi libro.

—¿Quieres algo de beber?

—Un poco de agua, por favor...

Le serví un gran vaso con hielos. Otro para mí, sin hielos. Mi boca estaba seca. Acarició la placa en forma de calavera que colgaba de la pequeña pantera que ronroneaba sobre el diván.

—¿Te gustan los gatos? —le pregunté tímida.

—Humo... —Leyó—. No demasiado... —me advirtió—. Pero éste parece tener algo especial... —contestó misterioso fijando sus ojos grises en los cobre amarillentos del gato negro durante largo rato...

Quise romper la magia. Era urgente.

—Sí, lo que lo hace especial es que pasa la mayor parte del tiempo durmiendo... A veces se me olvida que compartimos techo.

«Aunque con quien me gustaría compartir techo es contigo», pensé. El atractivo editor, algo mayor que yo, se aproximó al trío de ventanas que mostraban un espléndido atardecer. Un escalofrío recorrió mi nuca. Me acerqué despacio.

Sus largos dedos hacían círculos sobre la tierra mojada. Suavemente. Me pidió que llenara una jarra con agua. Obedecí inquieta y húmeda. No daba crédito a los mensajes que mi cuerpo me lanzaba.

—¿Será suficiente? —le pregunté temblorosa.

No respondió. Derramó el líquido sobre uno de los tres maceteros alargados. Miré paralizada sus labios. Frustrada por no poder tocarlos con las yemas de mis dedos.

—Cecilia, pásame las malvas por favor.

Las enterró con sus manos manchadas. Observé las herramientas sin tocar.

—Las orquídeas de este color simbolizan la belleza y un intenso deseo y fervor hacia la persona amada. Las otras, las azules, la fuerza y energía del amor único y verdadero, que supera obstáculos... —me dijo con voz sugerente.

—Vaya, no sabía que fueses un experto en orquídeas... —susurré sin aliento, completamente perturbada por su voz. Loca por sus intimidantes ojos grises. Me alegré de que no pudiera leerme la mente.

Pasamos cinco largos minutos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Él se concentraba en colocar las raíces en los huecos que iba creando con sus dedos. No había tocado ni un solo

utensilio de la caja de herramientas y la visión de sus manos palpando y aprisionando la tierra era más sexy de lo podía soportar. Las mangas remangadas de su precioso jersey de lana color crema con cenefas café, me mostraban los largos músculos de sus brazos.

—Probablemente no hará falta que te ocupes de ellas más de una vez por semana... Lo perfecto... El agua templada de lluvia... Aunque creo que nadie mejor que tú para saber lo bien que sienta el agua de lluvia...

Me ruboricé. Tragué saliva. Lo volví a ver andando lentamente, mojándose entre calles, con la vista clavada en ningún lugar. Un nudo se clavó en mi garganta.

Olía a doloroso pasado, a recuerdos. Pero también a intenciones desbocadas, a hormonas y a su aroma limpio y desconcertante. Me mordí el labio inferior. Los vaqueros le sientan espectaculares, Señor Editor. Sonreí como una colegiala.

Me rozó con sus fornidas manos al recoger la última maceta apoyada en mi regazo. Una última orquídea añil se incrustaba en la tierra.

—*C'est fini.*

¿Ya? ¿No quedaba ninguna más que trasplantar para poder observarle de cerca más tiempo? Por un momento, deseé que el editor hubiese sido un tierno acosador, que hubiese elegido él personalmente mi ropa interior, que hubiese enfermado al verme en las escaleras. Se apartó de las ventanas y me preguntó si podía ir al baño.

—En la entrada —contesté olvidando que conocía aquella casa mejor que yo.

Sonrió. ¡El chico de los ojos grises me había sonreído! Escuché correr el agua. Sólo había ido a lavarse las manos con el jabón de almendras dulces. Salió bajándose las mangas del jersey. Se dirigió hacia el diván. Temí que fuese a coger su abrigo mostaza y que me abandonase de nuevo. Se paró frente a su vaso y lo llevó al fregadero. Al pasar por la mesa alta, poco iluminada, cogió entre sus dedos una hoja en la que había esbozado un retrato el día que le vi.

—¿También dibujas? —dijo sosteniendo su retrato robot de perfil en la estancia oscura y mirándome con unos ojos firmes y

escrutadores—. Si quieres podemos proponer un modelo de portada hecho por ti... —añadió cautivador.

Dios mío. Agradecí dibujar peor que un niño de diez años y que el día se extinguiera, devolviendo a la casa la oscuridad. No pareció reconocerse en mis garabatos poco precisos. Una fugaz expresión de alivio invadió mi rostro. ¿Cómo iba a describir todo el torrente de emociones que se me escapaban de las manos en el pequeño ordenador del escritorio?

—No te molesto más, imagino que querrás descansar. Es tarde...

¿Eso es todo? ¿No iba a quedarse más tiempo? Cogió su abrigo.

—Nos vemos en unos días, Cecilia. Voy a estar fuera una semana. Quiero conocerte mejor a mi vuelta.

¿Te vuelves a marchar? ¿Me dejas? Una punzada golpeó mi pecho. Pero había dicho que quería conocerme mejor... Yo también... «Estúpida, es normal, eres su apuesta editorial y no puede fracasar. Es muy exigente. ¿Lo recuerdas?». Me sentí frustrada.

Le acompañe hasta el pasillo. Se despidió de mí estrechándome la mano. Ni un triste beso. Se alejó escaleras abajo. Me enfrenté al temor de no volver a verle. Me recordé niña, bebiendo leche, con un gato negro de peluche entre mis brazos y viendo *El Mago de Oz* en pijama. Hubiera anhelado estar en Kansas y que un tornado atrapase el edificio con él y conmigo dentro. Golpear mis talones y no repetir nunca las palabras «No hay lugar como el hogar» para no tener que regresar jamás por el camino más difícil, el de vuelta, y de este modo, retenerlo. «¡Eh, Cecilia, no vayas a desmayarte!». Cerré la puerta, y me dormí acurrucada en la puerta. Me sentía gris, confundida entre casas voladoras con orquídeas, zapatos rojos, deseando que el tiempo pasara rápido.

Humo me despertó a media noche, lo abracé con fuerza. Lloré sin motivo. Me levanté del suelo de madera y me preparé un sándwich de queso. Consumí un cartón de leche, como cuando era

cría, hasta la última gota. Me sentí insatisfechamente saciada. Tecleé dos veces la contraseña de mi iPad. Pasé toda la noche escribiendo, con las persianas del ático levantadas y la insólita visión de París y su casa tras los cristales, a mis espaldas. Ambas cerca y lejos por igual. Clavé mis ojos en sus ventanas ocultas tras las cerradas lamas de madera. Iban a permanecer bajas siete largos días. Me derrumbé. Pensé en mi rechazo hacia los hombres. Pensé en Ícaro acercándose demasiado al sol.

Vuelve.

XIII LAS AMIGAS

Me desperté al amanecer, pero volví a quedarme dormida casi instantáneamente. El teléfono sonó de repente a la una y cuarto del mediodía, lo cual me sobresaltó e incluso me produjo un leve dolor. Val. Me apresuré a cogerlo en la penumbra de la habitación para que dejara de molestarme. No me sentía con fuerzas de darle el suficiente énfasis a lo sucedido, así que asombrosamente no le conté nada. Hablamos de sus conciertos, bromeamos acerca del gorro de piel con orejeras que acababa de comprarse, del nuevo libro erótico que acababa de regalarse y de Ezequiel. Me vestí apresuradamente y corrí a casa de Aurora, que se disponía a salir como cada domingo a comer con sus amigas.

Las palabras brotaban atropelladamente de mis labios...

—Espera, cálmate, Cecilia. Anda, ven, pasa... aún tengo tiempo —me dijo agarrándome del brazo con sus confortables dedos ensortijados.

Necesitaba contarle a alguien todo lo sucedido, para así poder desplomarme a gusto. Conforme hablaba, me daba la sensación de que las tablas del suelo y las paredes se movían. Nos sentamos en el sillón, yo no confiaba demasiado en mis fuerzas. Olfateé. El ambiente continuaba cargado de ese péfido olor a orquídeas, que me hería pero me excitaba a la vez. Y en aquella estancia en la que nos encontrábamos no había ni rastro de vida vegetal, a excepción de las plantas de la terraza acristalada, que volvieron a situarme en la cubierta oscilante de *El Leviatán* y me recordaron las verdes algas del fondo marino.

Me encontré de repente tumbada en el sillón, las ventanas del salón dejaban entrar bandadas de aire fresco que mecían mi pelo y me despertaban. Tardé en darme cuenta de que me acababa de desmayar. Aurora estaba conmigo.

—Tómame esto. Estás pálida. ¿Has desayunado?

Pensé en la última vez que había comido algo; la noche anterior. Bebí un poco del zumo con azúcar que sostenía mi dulce vecina de pelo color calabaza.

—Me temo que no... No tenía apetito.

Un par de minutos después, noté que el brebaje surtía efecto y me pareció que la casa dejaba de navegar en un mar de antigüedades; hasta pude ver motas de polvo suspendidas en el soplo de luz que se colaba por la ventana.

—Quizás debí avisarte de lo guapo que era... —murmuró con aire confidencial y su encantador acento francés.

Retomé la conversación que había iniciado antes de caer entre los cojines del tercero izquierda.

—El otro día, Aurora, lo vi pasar por delante de mis narices — dije bajando el tono de voz y reviviendo su cuerpo en movimiento bajo un gotas de lluvia que se desplomaban sobre él.

A mi lado, Aurora me miraba entusiasmada. La brisa que entraba por las ventanas volcaba hacia dentro las cenizas de aquel jueves prefebril. Un escalofrío reptó por mi espalda.

—No sé que me ocurrió, pero salí a buscarlo. Llovía muchísimo —continué contándole; los ojos de Aurora se hacían más y más grandes conforme le relataba lo sucedido—. Lo perdí de vista en cuanto cruzó la puerta de la *boulangerie*. Desapareció. Comencé a recorrer las calles con un sentimiento descorazonador de pérdida absoluta. Me pareció horrible la idea de no volver a cruzarme con ese desconocido. Iba enfundado en un bonito abrigo mostaza, paseando con una quietud que escandalizaba bajo aquella noche de perros —proseguí como en trance, casi como si me estuviese hablando a mí misma.

Mi evocación casi hizo que el rubio personaje de mi historia cobrara vida. Aurora no pronunciaba palabra alguna.

—Me sentí como una lunática con prisa por llegar a ningún lado, porque estaba segura de que no daría con su paradero.

Estaba hecha unos zorros, poco abrigada, con un jersey que ni siquiera era mío, desbordando agua por todas partes y cubierta de sudor.

Aurora, inmóvil, presenciaba el primer acto. La imagen de la calle desértica me sobrecogió de nuevo.

—A cada paso descubrías de nuevo el rostro de aquel individuo de poderosos ojos grises...

—¿Te vio? —me preguntó con voz grave mirándome a los ojos. Me encogí de hombros.

—Llegué a pensar que me lo había inventado, que nunca nadie así había paseado tras la penumbra de los cristales, que era uno de los muchos hombres que en mi novela paseaban lentamente bajo la espesa lluvia, para delicia de la protagonista... que no es otra que yo afrontando de otra manera la vida —contuve las lágrimas.

Aurora me tomó la mano.

—Y de repente, es mi vecino, es el editor de mi libro... Y para colmo...

—En realidad, el hijo del dueño de la editorial... —me interrumpió con una sonrisa.

—¿El hijo del dueño? —balbuceé como una tonta.

—Sí, cariño, has oído bien. Debe amasar una fortuna tu hombre de los ojos grises... Pensé que ese dato sí lo tendrías —me dijo guiñándome un ojo.

—Aurora, tú no lo entiendes... estoy en París por él, me ha pagado un dineral por escribir y no sé por qué, no tengo un nombre, no conozco a ningún pez gordo y estoy confusa...

—Es un golpe de suerte, bonita.

Consulté el reloj que había en una de las vitrinas de la estantería. Las dos menos cuarto. Saqué del bolso mi libro.

—Es tarde y tus amigas se te van a comer viva... —añadí—. Quiero que lo leas, Aurora. El primer capítulo es duro. El resto, creo que te mantendrá más que entretenida —le dije, guiñándole un ojo con picardía.

Cogió el libro entre sus manos y me besó.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —le pregunté.

—Esperar, Cecilia. Esperar —respondió—. Y ponte en pie, que te vienes conmigo.

—¿Irme? ¿A dónde?

—A comer a L'Ambroise, con Fabienne, Georgette y Angela. Créeme, te gustará, te va a venir muy bien evadirte con estas cuatro viejas...

No sé cómo se las ingenió para convencerme, pero acabé en aquella joya de restaurante anunciada por el sonido de un arpa en una esquina de la Place des Vosges. Por lo visto, acudían cada fin de mes. Hice mi elección con los ojos casi cerrados, evitando escandalizarme por los prohibitivos precios que se situaban justo al lado de cada plato: *Royale de potimarron aux éccrevisses, velouté de châtaignier, coulis d'ail doux; Foie gras de canard landais poêle, salmigondis de betteraves au balsamique; y Biscuit chaud aux noix et moka, coings caramelisés au beurre salé.*

La comida comenzó con la degustación de una impresionante *mousse* de pimientos rojos, con cuatro mujeres auténticas, que habían sido unas adelantadas a su tiempo, en torno a una amplia mesa. La presumida Fabienne, la tímida Angela, la golosa Georgette, que me hizo prometerle que iría a visitarla a su casa, en el número 23 de Square des Peupliers, y la teatral Aurora. Al cabo de un rato, deduje que todas se habían saltado la dieta, porque uno de los serviciales camareros no paraba de intentar sonsacarles si celebraban algo. Me solté a hablar en francés, mientras gesticulaban divertidas cada vez que metía la pata, es decir, en cada frase. Hablaron de sus difuntos maridos con sentido del humor, porque todas los habían llevado a la tumba, incluso una de ellas aseguraba que por fogosa, cómo no, la risueña y coqueta Fabienne. Nada que ver con una cofradía de viudas marchitas, sino todo lo contrario: eran alegres y rápidas como una bala. Hablaban de los amores de sus vidas como si todavía estuviesen vivos, sin la distancia que da la muerte. Arnaud volvió a mi mente, no podía dar crédito al hecho de que se colara de esa manera tan brutal a cada minuto en mi mundo pelirrojo. Las observé saborear atrevidas y gloriosas anécdotas de juventud después de hacerme jurar un discreto pacto de silencio... y, por unos instantes, todo lo que me

había sucedido, desde que abandoné Santa Agnès me pareció positivo. Distraída, con la guardia baja, me tropecé con los labios del hijo del dueño de la editorial; analicé los míos, desorientada, bebiendo de una copa de vino blanco en el reflejo del gran espejo del comedor. Me los mordí. Sentí calor. Como siguiera pensando en aquel chico tendría que obsequiarme con una ducha de agua fría. Me obligué a concentrarme en lo que pasaba en torno a la disparatada mesa, una cita deliciosa al fin y al cabo.

XIV

FUERA DE CONTROL

El lunes comencé a escribir muy temprano, con Humo entre mis zapatillas. Cuando me empezó a doler el cuello por haber estado sentada demasiado rato en la misma posición, escribiendo acerca de mi vecino, sentí unas ganas imperiosas de cuidar de mí. Encendí la tele y puse el canal de los vídeos musicales. Me encerré en el baño, para que el calor del agua de la ducha no se escapara. Al fondo, sonaba «Use Somebody», de Kings of Lyon. Esa canción me encantaba. Salí de la ducha equilibrando desnudez y toalla. Me miré en el maravilloso espejo. Con mis dedos extraje un poco de la mezcla reducida en agua de rosas de miel y azúcar que había preparado antes de echar el pestillo del baño. Una manía de esas raras, pese a estar sola en aquella casa. Sola en París. A una zancada de aquel hombre que me causaba escalofríos. Tracé círculos en la cara con la masa, hasta que el espejo me devolvió la imagen de la barbilla y los pómulos casi en carne viva. Me estremecí al pensar en su mentón partido. Se me doblaron las piernas y un golpe sacudió mi pecho. Dios mío, estaba sumida en una locura inexplicable. Me agaché hacia el lavabo y dejé que el agua corriera por mi rostro dentro de mis manos. Recorrí el pasillo con el invento más humillante creado por la humanidad, el gorro de ducha, puesto hasta la cocina. Trituré en un mortero unas cucharadas de aguacate, aceite de almendras, yogur y miel. Extendí la mascarilla por mi rostro, retiré la toalla húmeda de mi cuerpo y me tendí en la cama un rato hasta que sentí que las vitaminas habían ya conseguido hacerse un hueco en la piel. Volví a cruzar el pasillo, esta vez completamente desnuda, con una braga limpia en mi mano. Cuando enjuagué la pegajosa plasta de mi cara, penetró un poco en mi boca. Estaba buena. Me sequé a golpecitos y me

apliqué un poco de rímel y *gloss*. Me puse el vestido tartán, de cuadros escoceses con canesú azul oscuro y verde oliva, que había viajado conmigo hasta París y escogí unos leotardos del desmesurado vestidor de Ada. Mientras los desenrollaba por mis piernas, fabulé con los largos dedos del exigente editor bajándomelos de nuevo.

Una vez bajo el cielo de París, me dejé llevar por la exquisita corriente de aromas de la Rue Mouffetard. Adoraba desayunar y todavía no lo había hecho. Era una de esas mañanas tibias en las que te gustas y te acompaña una buena cara. Me senté a repostar en una terraza con sillas y mesas sencillas y una carta sin pretensiones, justo al principio de la calle. Me sirvieron un jugo de frutas, un par de huevos pasados por agua, con la clara cuajada y la yema cruda, y pan dulce con mermelada casera. Ese día se acumularon alrededor de un gelatinoso bocado de huevo todo tipo de ensoñaciones románticas. En medio del trajín mecánico de la mañana, yo vivía en un mundo en el que sólo existían unos turbios ojos grises. Era como si hubiesen paralizado todos los estímulos que no viniesen del piso vecino con una especie de mando a distancia. Un mando a distancia que sólo servía para enmudecer al gentío, pero que no podía acelerar el tiempo para que los días corrieran veloces. Pensé en dar unas sonoras palmadas para meterle prisa.

Un hombre con aspecto destartado golpeó con una delicadeza infinita la silla en la que estaba sentada. Me pidió perdón. Me apeé de mis ensoñaciones y le miré a los ojos. Eran lejanos bajo la sombra de su boina y sus cortas pestañas. Pensé en el miedo que he sentido siempre desde la cuna a sentirme sola, a quedarme en un futuro viejo sin caricias ni palabras. El hombre se sentó en la mesa de al lado, desplegando un periódico de noticias aún sin leer. ¿Tendría esposa o hijos? ¿Por qué estaba solo? Creí percibir en él un velo de tristeza y la desesperanza, como de ausencia de una persona insustituible. Quizá sólo estuviese matando el tiempo, pero pensé en lo espantoso que tiene que ser sentirte perdido y sin las

referencias en las que antes te apoyabas para afrontar la vida. Recordé mi fobia en un pasado relativamente cercano a quedarme sola o mi manía de dormir con la luz encendida. Con el tiempo, uno encuentra la cura a casi todos sus males. Miré con ternura al desconocido antes de pagar. Al alejarme, la que me había servido el desayuno lo besó en la mejilla. Me alejé con una sonrisa, al escucharla saludar a su padre.

Respiré profundamente. Las reacciones de mi cuerpo y el estado alterado de mi conciencia eran más propios de un adicto al opio que de una escritora. Me sentía exultante y vital. Era extraordinario vivir en París, o al menos a mí me lo parecía, gracias a cómo se habían ido precipitando las casualidades. Arnaud traspasaba el límite de mis sentidos, la frontera de la cordura, y ahora debía sufrir la agonía de recordar sus infranqueables ojos y la cicatriz que lastimaba lascivamente el arco de una de sus cejas perfectas. Mi sonrisa se acentuó. Si hubiese sido hombre, una erección se habría apoderado de mi cuerpo. Mi entrepierna despedía fuego. Entreabrí los labios para que me fuera más fácil respirar. Un ronco gemido se escapó de mi garganta. Levanté la vista hacia la mujer de ceño fruncido que avanzaba en sentido contrario y cruzaba su mirada con la mía en ese momento. Una paranoica parte de mí creyó que adivinaba mis pensamientos. Disimulé tosiendo.

Esa misma noche soñé con la niña del acantilado. Pero esta vez llevaba puesto el traje de novia de su madre, que le venía grande. Una trampa mortal bajo la lámina negra del océano. El peso de la tela mojada la conducía hasta el fondo y la sepultaba con la fuerza de un desagüe en marcha dentro de una piscina ovalada, cubierta de hojas muertas y rodeada de sillas de lona deshilachadas. Esas hojas que recogía de niña del suelo del parque y desmenuzaba hasta dejar sólo su esqueleto. Y ella. Encallada con sus cabellos desorganizados en el fondo putrefacto del mar.

Me levanté encharcada dentro de mis sábanas, con la niña en los cristales oscuros del salón, tras las orquídeas, y jadeando en la

ducha. Ascendió el vómito por mi garganta y también aquella tragedia sucedida ese mismo verano, en las cataratas Dorwin en Rawdon, muy cerca de Quebec, donde una mujer que se estaba haciendo fotos vestida de novia se había ahogado al empaparse de agua la tela, arrastrada a más de treinta metros de profundidad. Nada pudieron hacer ni el fotógrafo, ni un transeúnte que pasaba por allí para salvarla.

Cuántas veces me había probado aquel vestido marfil que mi madre guardaba envuelto en plástico... Como los de Aurora. El corazón me latía muy deprisa. Un hormigueo hizo que el tacto de mis brazos se asemejara, bajo mis temblorosos dedos, al de una corteza de árbol exenta de vida. Unas lágrimas asomaron y empezaron a caer sobre mi regazo. Mi cuerpo era un amasijo de chabolas. ¡Hasta cuándo!

Una vez más, sin aliento, mi silueta, recortada por la luz del dormitorio, se materializó en el umbral del salón. Busqué la munición de pastillas con la que había viajado. Cogí una, pero se me cayó al suelo propulsada por mis dedos tambaleantes. La recogí y me la tomé rápidamente. Transcurrieron minutos, encogida en el diván, hasta que el activo caló la palanca de mis miedos. Toqué la nuca y los músculos agarrotados de alguien que no era yo. No merecía vivir así: despersonalizada, confusa, mutilada. Que acabaran ya las pesadillas, el desasosiego. Entonces vi un destello a través de la ventana. Miré hacia el dormitorio, no fuera el reflejo de la luz del cuarto. Pero no, al salir había apagado el interruptor. Volví a mirar a través de los cristales, hacia los de la casa de enfrente, la de Arnaud, sellada con la persiana casi hermética de lamas de madera. Imposible, él no estaba. Me puse en pie, avancé hacia la esquina de libros apilados y encendí un cigarro, pero esta vez no abrí las ventanas del salón. No sé por qué. Pero había algo al otro lado. Sólo unos segundos más tarde, un rayo arañó el cielo y lo rompió. Era eso entonces lo que había visto. Humo se acercó como una sombra extendiéndose por el suelo y zigzagueó entre mis piernas; cuando absorbí la última calada del pitillo, lo levanté y sujeté con mi brazo izquierdo, aferrándolo contra mi pijama. Me quedé observando el aguacero muy cerca del marco de la ventana. Un relámpago iluminó sus ojos.

Quemé la leche. Aparté la nata con una cucharilla. No había pegado ojo en toda la noche. Me había dicho que iba a estar toda la semana fuera.

Bajé corriendo a casa de Aurora.

—¿Quién te ha dejado hoy los huevos?

—Ese hombre, el señor Huppert... Muy educado. Él siempre llama al timbre...

Un escalofrío indescriptible recorrió mi espalda.

—¿A dónde vas?

—Tengo prisa... He de ir... —repliqué ya bajando las escaleras —. ¡Hasta luego! —dije levantando la voz, atropellada.

Le mandé un apresurado beso con la mano y bajé las escaleras a un ritmo vertiginoso. Abrí la maciza puerta del portal y me situé en el inmenso baldío de asfalto donde un frío inconcreto hacía imposible cualquier soleado verano. Menos uno.

Apenas un breve parpadeo de luz había hecho temblar los cimientos de aquella semana. Me vi deambulando sin apenas ropa, mirando a través de los turbios cristales hacia su casa o sufriendo el pánico de las noches. Demasiado personal para mostrárselo a una persona de la que nada sabía.

¿Pero por qué mentir?

¿Estaba tal vez espiándome? Sentí horror. ¿Quería asegurarse de que escribía? Miré el iPad del escritorio sintiéndome de nuevo culpable, pese a haber escrito... ¿Quizá sintiera curiosidad por la inexperimentada novillera a la que le había hecho entrega de su muleta y la espada? No pude evitar que algo en mí brincara con los pies desnudos. Qué sensación tan agrisulce.

Pensé en Valeria cuando me advirtió que se lo contara todo, con pelos y señales, por si mi enamorado escondía instintos criminales. También escuché a Ezequiel pitando penalti y diciéndome que no me fiara de los franceses. Paseé sin rumbo por las calles secas que ya me eran más que familiares, cediendo al vacío romántico de la duda, dándome cuenta de que poco me importaba la realidad que se escondía detrás del misterioso vecino si podía respirarle, escucharle o rozar sus manos como hacía el chico de los bollos de leche conmigo... Sería capaz de soportar una

corona de espinas, dejarme flagelar por su látigo o sangrar por el costado. Si podía vivir cerca de él... Qué más daba la verdad.

Esa mañana abandoné mis pensamientos, inflamados de ilógica pasión, en el Jardin des Plantes, bordeado por hileras de plátanos de Indias. Los invernaderos siempre me han asustado. Son víctimas de soledades. Cárceles de flores. Respiré muy hondo.

Pensé en que un recorrido por cualquiera de ellos era una actividad muy solitaria, pese al gentío; sin embargo, con Arnaud, lo imaginaba distinto. No habría parado de suplicarle que metiera su mano debajo de mi falda en el jardín de invierno, cálido y húmedo, el de las plantas trepadoras, los ficus, las palmeras y las bananeras... De susurrarle en español en el invernadero mexicano, el de los áridos cactus, euphorbias, agaves y también aguacates, cafetos o papayas... Para culminar llenos de vida deshaciendo en polvo las plantas marchitas del invernadero australiano, cerrado por un tiempo indeterminado, a causa de obras de restauración. Lo observé tétrico, a lo lejos; la imagen de los dos retozando sobre las hojas cadavéricas me excitó violentamente. Quizá simplemente no estuviese abierto al público y dentro reservaran las más bellas plantas...

Proseguí mi paseo medicinal por aquel antiguo jardín botánico como si fuese a convertirse en la farmacia de todos mis dolores, con la voz del editor sorprendiéndome en cada silbido de la brisa.

Me senté en un banco y saqué de mi bolso el móvil. Llamé a mi madre. Le hablé de mis paseos, de la deliciosa repostería de París, de que no olvidaba secarme bien el pelo antes de salir a la calle, ni de utilizar bufanda. Le dije que estaba bien, que la historia iba por buen camino, que la regla no se me había retrasado como otras veces y que había llamado a la abuela. Surgieron las Navidades. Le prometí que las pasaría con ellos.

Al colgar, de pronto recordé el espíritu navideño que envolvía mi casa cada fin de año. Las últimas Nochebuenas en el gran piso de

mi abuela y mi bisabuela maternas. Compartiendo el árbol de la esquina y un belén de azúcar glaseado con una familia nada desestructurada, en compañía también de mis padres, mi hermana, mis tíos y primas por parte de mi madre. Y la ausencia de mi abuelo.

La noche de Papá Noel, Santa Claus o San Nicolás era la excusa perfecta para ilusionarnos con ese gordinflón que todos los diciembres bajaba por la chimenea cargado de risas y llenaba los cajones de guantes, bragas o calcetines sin agujerear. No recordé ni un solo juguete, porque todos éramos ya mayores; aunque unos lo fuimos a empujones, antes que otros. Intuí a mil kilómetros e infinitos minutos de distancia esa luz cálida iluminando la mesa rectangular que sostenía el humeante recipiente con sopa de Rey, cocinada por mi bisabuela, que inauguraba oficialmente la cena del 24 de diciembre. Un humilde caldo de gallina al que añadíamos, al gusto, jamón york picado, huevo cocido desmenuzado y servido en una bandeja. Sentada en aquel banco próximo a la Ménagerie, una burbuja de vida y verdor, me quemé el paladar, del mismo modo que cuando imaginas que chupas un limón y notas la acidez expandirse en tu boca. Incluso atiné a escuchar la voz aterciopelada de mi abuela echándome la bronca por picar de los deliciosos platos antes de sentarnos todos. Pero no como cuando nos lanzaba el zueco de madera siendo unas mocosas, que jamás atinaba, sino con el enojo agradecido de una cocinera que todos se rífan.

Salté a diciembre con nostalgia, pero también con el temor de verme obligada a distanciarme unos días de Arnaud. No sabía si lo resistiría. Aquella semana estaba siendo cruel. Él estaba siendo cruel conmigo.

Después fui a Madame Carotte. Saqué el jersey recién lavado de la bolsa de cartón y se lo devolví al simpático camarero; por su cara de asombro deduje que lo había dado ya por perdido. Tal fue su entusiasmo al verme que me obsequió con un chocolate bien caliente, rebosante, el mismo que en la otra ocasión. Decidí sentarme en la misma mesa. Y en la misma silla. Hasta que el mediodía me sorprendió.

Volví al ático. Las persianas estaban subidas, no deseaba que sospechara que lo había descubierto tras la lluvia. Aparqué el abrigo en el recibidor, en la percha para sombreros, y me encerré en el baño para asearme resoplando por el esfuerzo de subir escaleras y por los nervios. Me desvestí frente al espejo y me analicé de cintura para arriba. El sujetador se comportaba con tiranía al señalar con rayas mi tórax. Un lunar salpicaba el comienzo de mi pecho. Lo reconocí suavemente con mi mano derecha, como si fuese la primera vez que lo veía; aunque me había acompañado desde mi nacimiento. Recordé una voz ronca que me decía que era una marca muy especial, cuando todavía era inocente andar sin cubrirme. Toqué con más fuerza. Manoseé ese pecho sin dejar de mirar mi reflejo en el espejo. Me clavé las uñas. Me abofeteé en un par de ocasiones y me permití llorar antes de lavar mi cara con la fría agua que brotaba del grifo. Me recompuse rápidamente y me serví una copa de vino. El cielo iluminaba la estancia. Me comporté todo lo natural que una actriz puede mostrarse en un decorado de cartón piedra, como el de aquel ático en el que me veía expuesta y frágil, observada y manipulada. Lo inquietante era que aquello me provocaba hasta hacerme sentir indecente. En cierto modo, contaminada.

¿Qué impedía que abandonase la casa y volviera a mi isla?

Ya no era el libro lo que me retenía en París. Lo mismo que me asustaba, me atrapaba. A partes iguales. Pensé en que quizás, sólo quizás, todo aquello tuviera una explicación. Esperaría a hablar con él. ¡Deseaba tanto hablar con él!

Me puse a cocinar para relajarme. Unté la carne de cerdo con miel líquida por todas partes y la doré en mantequilla, dándole vueltas mientras mi estómago parecía lleno de mariposas.

O de polillas, de las que deterioran porque atraen males como la muerte.

Me examiné como lo hubiera hecho mi psiquiatra. ¿Por qué había decidido ir a París? No estaba allí por el dinero. Tampoco por la ciudad ¿Por mi nueva novela? Cerré los ojos. Sinceramente, no...

¿Deseaba demostrarme algo? ¿¡El qué!? ¿Que era capaz de comenzar una vida de cero, tantos años después, y comportarme como mi protagonista? Me lo habían servido en bandeja entonces.

Bebí otro sorbo de vino.

De repente se me ocurrió que todo era una estratagema de mi psiquiatra para testar una nueva terapia de choque. Una de simulación. Donde ni el contrato era real, ni la casa, ni el chico que me vigilaba y tal vez tomaba apuntes de mis actos... El ático podía ser una vivienda bajo unas condiciones seguras y controladas con el objetivo de mejorar la calidad de vida del paciente. YO. El objetivo de todo aquello era que superara mis fobias, obligándome a afrontar lo que me atormentaba y a descubrir por mí misma que no existía ningún peligro real y que la mayor limitación estaba en mi mente.

Seguí dándole vueltas a esa opción. Si hacía una huelga de hambre, ¿aparecería alguien por la puerta con una invitación para cenar, o volverían a llenarme la nevera de todo lo que me gusta?

Si necesitaba tirarme al chico de los ojos grises, ¿me seguiría el juego como un profesional hasta las últimas consecuencias?

Hice un balance descarnado de aquellas dos semanas. De momento, ya habían conseguido que introdujera esa presencia turbadora en mi dominio. Las putas orquídeas. Que me bañara en lluvia buscando al supuesto editor. Y que disminuyese mi consumo de tabaco, hipnotizada como estaba por esos ojos. Me costaba enamorarme, sólo recuerdo haberlo hecho una vez y ahora, en mi solitario París, no había vuelta a atrás. Miré hacia los cristales. No había nadie.

Sonreí al pensar que se les estaba yendo de las manos; me estaba enamorando del que no debía.

¿Qué sería lo siguiente? ¿Que el guardián de la casa de enfrente me interrogara contra la pared verde orégano? Improvisé la conversación:

- ¿Haces todo lo que hace la chica de tu libro?
- ¿Te refieres al sexo?
- No exactamente...
- Dame un segundo para responderte...

Puse la tele y, como no podía bajar las persianas sin levantar sospechas, me cambié en el baño. ¿En qué momento me había desvinculado de todo? De mi costumbre de llamar todas las noches a mi madre o la de escribir todas las madrugadas...

Deshice el recogido de mi melena con los dedos. Delgados filamentos se tumbaron sobre mis hombros. Reviví a aquella vecina sin nombre, de mediana edad, del pueblo de mi infancia, la de la eterna cabellera blanca hasta la cintura a la que una vez sorprendí quitándose la goma, en la terraza del patio de luces. Suelto, alcanzaba las nalgas. Recordé cuando mis primas y yo nos pintamos el pelo con yeso y nos lo guillotinaron a lo *garçon*. O esas calamitosas ocasiones en las que volvía a casa con un chicle en la cabeza que no salía ni con aceite ni con hielo. El tiempo nunca es razonable, el tiempo es nuestro enemigo. Me cepillé la melena lo menos cien veces.

El pelo para mí tenía un sentido especial, estaba muy ligado a mis pensamientos. Mi mundo se volvía expugnable ante unas simples tijeras. Recordé la trenza perdida. También mi madre atesoraba una cortina con su cabello en uno de los cajones de su dormitorio, que un día le arrebaté sin que ella lo advirtiera. Desprenderme de él, de mi talismán, era un gesto cargado de significado. Un gran regalo. Lo perdí, y desde entonces no había vuelto a tener suerte.

XV MAGDALENAS

Aquella noche no llovía. La noche era calva. Hacía calor, porque los radiadores estaban a tope, pese a ser la una y media de la madrugada. Le puse agua fresca a Humo. Volví a sentarme frente al televisor. Deseé que la mirada imperativa del editor estuviese observándome, pero al girar mis pupilas disimuladamente hacía el vidrio, sólo se reflejó mi juvenil imagen en camiseta y un vacío de necesidad. De nuevo, ese torniquete a la altura de la garganta, que no me dejaba tragar. Sentada en la hueca monotonía del diván, sentí el impulso de levantarme: atravesé el largo pasillo y abordé la puerta de entrada, donde la intriga me pellizcó. Deslicé la mirilla. La nada me devolvió la sombra por respuesta. Un abrupto y descontrolado hormigueo recorrió mi abdomen. Coloqué las dos manos sobre el marco. Mi locura buscó durante largos minutos cualquier movimiento, destrozando mis pestañas. Pero al final, regresé al sofá, apesadumbrada, con su nombre estallando en mi cabeza. Duré poco tumbada. Gracias a Dios que me sabía de memoria la receta de las magdalenas para días de ánimos desinflados. Me dirigí a la cocina y calenté el horno a ciento ochenta grados. En un bol volqué un par de huevos, añadí cien gramos de azúcar y los aplasté con aquellas varillas eléctricas que todavía no había utilizado. Vertí un cuarto de vaso de aceite virgen mientras me afanaba en mezclar la masa. En otro recipiente mezclé medio sobre de levadura con cien gramos de harina e incorporé la amalgama a la masa de huevos. A falta de manga pastelera, escogí una cuchara de uno de los cajones de tiradores de elefantes color bronce. Dispuse los moldes, doce en total, sobre el papel vegetal que descansaba sobre la bandeja del horno y regresé al diván. Aguardé, con el

sonido de la tele rompiendo el silencio, a que pasaran los quince minutos pertinentes...

Pasaron los minutos. El sonido del móvil me despertó bruscamente. Me toqué la cabeza. ¿Qué hora era?

Corrí a apagar el horno en medio de una nube de olores quemados, mientras contestaba la llamada entre toses, sin fijarme en el número de la pantalla.

—¿Sí?

No escuché nada al otro lado.

—¿Quién es? ¿Mamá? —insistí.

Nadie contestó. Colgué rápidamente mientras sofocaba el calor del ático abriendo las ventanas y sacando los dulces calcinados, con una gruesa manopla de algodón. Joder. Joder. ¡Joder! ¿Cómo era posible que me hubiese dormido? Tiré los restos incinerados a la basura.

Llamé a mis padres. Mi madre cogió el móvil sobresaltada.

—Cariño, ¿qué pasa? ¿Estás bien? ¿Qué hora es?

—Nada, mamá... ¿No me habéis llamado vosotros? Pensaba que pasaba algo...

—No. Nosotros, no... Vuélvete a dormir, Cecilia, se habrán equivocado. ¿Te has tomado la pastilla? —me preguntó con voz de madre—. Intenta relajarte, es muy tarde y tienes que descansar. Y si no, lee algo tumbada en la cama y se te cerraran los ojos —añadió en voz baja.

—Tranquila, mamá, estoy perfecta, no te preocupes, que descanséis, no os desvelo...

—¿Pero necesitas hablar o algo? Mira que te he parido...

—Que no, mamá, que no, de verdad... Un beso...

—Cualquier cosa, llámame, dejo también el móvil encendido por si acaso, pero llámame a casa la próxima vez.

—No es necesario. Descansad. Buenas noches...

La casa pronto alcanzó la temperatura estimulante y fresca de la calle. Me limpié el sudor frío de la frente, apagué la televisión y me dirigí encogida con los brazos cruzados hacia una de las ventanas. Mi figura despierta y destemplada se perfiló justo en medio. París dormía y yo velaba serena por ella. Aunque estaba claro que alguien velaba a su vez por mí. En aquellas ventanas, ni rastro de sus ojos. Pero supe a ciencia cierta que esa llamada provenía de esa vivienda envuelta en oscuridad.

Tarde o temprano todos tenemos que enfrentarnos a nuestros pecados. Volví a encender el horno, sin la secuela del Orfidal. Nada confusa. Un manto de nieve y coherencia había cuajado el calor que invadía la vivienda. El descenso de temperatura se consolidó en mi cabeza, que ya lo tenía todo claro. Me precipité a escoger con cariño cada uno de los ingredientes antes seleccionados. Incluso con devoción, diría yo. Pasé un cuarto de hora sentada en el suelo y observando cómo engordaba la masa de las magdalenas. Las extraje doradas, deliciosas, azucaradas. Las dejé enfriar y las sepulté en una bolsa de plástico transparente. Menos una. Encendí el iPad. 2708. 2708. Escribí oleadas de palabras hasta pasado el alba, con el familiar sabor del postre en mi boca y el sexo mojado. ¿Sería capaz de hacer entrega de todo aquello al concluir la obra?

A las once de la mañana cesé de teclear el mudo piano de teclas mayúsculas. Una maratón de frases escupidas sobre una pantalla había lesionado mis dedos, que me rogaban un descanso.

Cada día te levantas y haces lo urgente, pero no lo importante. Aquella tibia mañana no quería que no pasara nada. Olía a sensaciones. Me escapé al baño. Acaricié mi pelo con el agua de la ducha. Me limpié el cuerpo con la parsimonia de quien desliza una navaja de afeitar por su vena carótida: lentamente y con sumo cuidado. Le di fiesta el domingo a la voz de mi conciencia que me advertía de que en la calle no sólo hay hombres buenos. Me escapé de ese mundo tenebroso donde todos son villanos que viven en un suburbio de crueldad y que jamás se reciclan. Un problema menos que atender en las horas venideras.

Me rendí a un desayuno ligero y apetitoso, agotada por la escritura y colada hasta las trancas por aquel chico que caminaba por mis pensamientos. Me vestí a propósito de lo que iba a ocurrir. Abandoné mi piso con las magdalenas perfumando la escalera, compitiendo en olores con las tartas de frambuesa. Rocé con la yema de mi dedo índice el timbre. No me atrevía a imprimir fuerza para hacerlo sonar. Respiré hondo. Volví a colocar mi dedo sobre el interruptor. No funcionaba. Pensé en una retirada a tiempo. Pensé en volver a casa envuelta en dulces y amargura. Me resistí heroica. Fijé mi vista en la aldaba, la cogí y la hice oscilar hasta escuchar el sonido íntimo, grave y seco formulando una absurda petición de audiencia.

Silencio.

Me arrepentí de haber traspasado los límites del estrecho pasillo que existía entre las dos puertas, en tierra de nadie. Me retiré con aplomo del otro lado de su puerta y giré sobre mí misma, sintiendo el peso de un edificio de cinco pisos sobre mí. Un calor súbito incendió mis pómulos cuando la puerta cedió tras los cerrojos.

Arnaud apareció en camiseta y pantalón corto tras la abertura de dos palmos que dejaba entrever al fondo la luz pobre, de persianas bajadas, de la vivienda. Levanté la mirada y fui a parar de bruces contra un hormigón de contrasentidos: el de aquellos excitantes ojos que todo lo observaban.

—Hola —me dijo con una sonrisa dormida, apoyando su rostro sobre el ancho de la puerta.

—Me preguntaba... —susurré tímidamente. Su rostro todavía dormido me miraba alzando unos ojos recién abiertos.

¿Habría pasado toda la noche en vela?

—Me preguntaba si te apetecería desayunar magdalenas...

Adelantó su mano y cogió la bolsa.

—Pasa —me dijo incisivo y francés.

—Yo... Ya he desayunado. Gracias.

Clavó sus ojos fijamente en mí. No esperaba una palabra por respuesta, sólo que cediera a sus deseos de penetrar en aquel territorio prohibido.

Hay momentos en los que deseas ser ciega, porque no te atreves a hacer frente a una situación que se te escapa de las manos o que es diferente a todo lo que has conocido anteriormente. Aquél fue uno de esos instantes. Seguí a aquel hombre en trance a través del recibidor hasta el salón, con los ojos casi cerrados y las manos inertes, envuelta en una torbellino de sensaciones. No tenía rival. Agaché la cabeza como un siervo, a escasos pasos de la fina tela negra de su elegante camiseta. Me sentí incómoda en su territorio. Tragué saliva. Desoí a la razón, que me repetía que estaba comportándome como una niña caprichosa. Tendría que haberle dejado plantado porque la indefensión que me generaba era suficiente para derrumbarme como un castillo de naipes si algo de lo que me decía no me agradaba. Había sido un disparate aceptar su invitación. Aunque tampoco tenía elección. ¡Se trataba de mi editor!

Ninguno de los dos mencionó el viaje, ni las ausencias que no se habían producido.

Me acomodé en uno de los sillones de cuero con los ánimos revueltos. Era demasiado bajo y demasiado profundo. Mi vestido retrocedió, al igual que la valentía que me había empujado hacia el interior del apartamento. Coloqué mis antebrazos por delante, tratando de taparme. Recuerdo muy bien aquella estancia llena de libros y que olía a cerrado.

Abrió en silencio las ventanas, dejando que un tímido sol acariciara la sala y la llenara de volutas de nube. Al otro lado, observé cabizbaja las ventanas de mi casa. Se alejó sin decir nada.

Me trajo una taza esmaltada de rojo de café cargado. No me había preguntado. La colocó en la mesa baja enfrente de nosotros, sin derramar ni una sola gota; al lado puso las magdalenas y otra taza para él y se sentó junto a mí. Bajé la vista hacia el café para que no me sorprendiera. Sus rodillas quedaban prácticamente a la misma altura que las mías. Fruncí el ceño. Aquel salón era el mejor sitio para perderse...

—Supuse que te gustaría así. Espero no haberme equivocado —dijo con tono dulce sin quitarme los ojos de encima.

Se refería al café. Todas mis terminaciones nerviosas se pusieron en alerta. Empecé a sentir mis piernas rígidas de tanto empujar con mis manos el vestido hacia abajo. Esquivé su mirada.

—¿Te estás adaptando a París? Hay mucha gente que siente lástima por los franceses, dicen que son insípidos.

«Tú no eres insípido», pensé atada a ese asiento del que no podía escapar, con mis huesudos codos hundiéndose a ambos lados de mi cadera. Me encontraba al borde del abismo, con miles de palabras a punto de desbordarse de mis labios y teniendo que concentrarme para no tocarle. Necesitaba conseguir una remontada épica, porque yo era la que se encontraba en una esquina, agazapada y temblorosa. Le miré intentando aparentar sosiego.

—¿Qué esperas de mi próxima novela? —pregunté de pronto para evitar que pensara que era una escritora inexperta, expuesta ante un ser superior que podía herirme cuando le viniera en gana.

—Nada abstracto. Te quiero a ti.

Algo en mí se quebró. Como un estanque lleno de hielo resquebrajado por la cuchilla de un patín.

—Quiero que rompas tus límites —sostuvo implacable—. Como cualquier escritor. Firmaste un contrato, cúmplelo.

Sus palabras sonaron duras. Su contundencia me había paralizado. Volví a bajar mi vestido, que no paraba de encoger con la frialdad de su voz.

—Pero cúmplelo a base de estímulos... Y si fuera necesario, de sobresaltos —matizó poco después con la voz llena de polvo.

Guardó silencio. Se sujetó la barbilla con los dedos.

—Estate atenta a todo cuanto te rodea. Recupera emociones... Es oportuno que las transformes... —dijo. A continuación, sorbió café—. Si te he hecho venir hasta aquí es porque no me cabe la menor duda de que puedes encender el éxtasis en nuestros lectores con la inocente nostalgia que te envuelve... Tu primera novela es un chorro de confidencias... Y hay gente que ha perdido la capacidad de sentir. Devuélvesela.

Tuve cuidado de no caerme del sillón. Me sujeté con fuerza. La lengua es un órgano pequeño, pero en aquel momento la suya clamaba grandes cosas. Había un halo de cierta poesía triste en su mirada, como si de repente me conociera. La expresión de sus ojos

me devolvía al jardinero de manos resbaladizas y llenas de tierra. La tensión sexual era extrema. Y no negué sus afirmaciones; era como si me dijera: «No te escondas, sé quien eres». Apreté mi vestido con los puños, con una pequeña sonrisa manchada de remotos helados de cereza.

Éramos buenos en aparentar que no había sucedido nada entre nosotros en días... Me enderecé.

—Tu éxito será mi éxito.

Me erguí aún más, fingiendo que era el éxito lo que al fin y al cabo me interesaba aquella mañana de domingo. Empapé mis labios de café. Lo percibí fuerte, de veras me gustaba así. Me ofreció una magdalena, mientras se llevaba un trozo de otra a la boca.

—Está deliciosa...

Era como si Arnaud hubiese surgido de un agujero en el suelo. Me sentí arrancada de mi vida normal hacia un viaje inesperado. Mi corazón repicaba. En el salón olía a intimidad de varios días. La tela de mi vestido resbaló, pero aquella vez no me dio tiempo a evitarlo.

—Sí, lo están...

Inclinó su cuerpo hacia mí. Apartó su cabello de la frente. Estaba lo suficientemente cerca como para poder tocar, con sólo alargar mis brazos, la cicatriz de su ceja derecha, esa que le dotaba de un cierto atractivo adolescente.

La escena me torturaba.

—Espero verte a partir de ahora con más frecuencia. Hay lugares a los que siempre merece la pena volver.

Una cáscara de huevo se rasgó en mi garganta... Giré la vista y sonreí tímidamente.

—No funciono por emoción, sino por convicción, Cecilia. Te quiero de vuelta aquí mañana, te enseñaré alguno de mis sitios favoritos de París. Necesitas conocerlos.

Regresé a mi casa con resaca. No tenía claro quién se había entrometido en la vida de quién. No sería fácil quitarme de la cabeza su piel...

XVI GEORGETTE

A pesar de mi estado de aturdimiento y enajenación, me obligué a aceptar la invitación de Aurora para la segunda comida de mujeres, esta vez en casa de la golosa Georgette.

Tras cruzar a pie la transitada Rue Tolbiac, torcimos a la derecha y me remonté al pasado en la Square des Peupliers, jadeando bajo mi abrigo y acompañada de la acogedora sonrisa de Aurora. Nuestros pasos nos llevaron hasta el 23. Allí nos esperaban Georgette, la coqueta Fabienne y la tímida Angela. Me adentré en esa plaza en la que resonaban pisadas de otras décadas.

Hice un esfuerzo por salir de mí misma y atender a lo que me rodeaba. Aurora me señalaba la fascinante casa de cuento de Georgette y me preguntaba si quería, antes de entrar, echar un vistazo al resto del callejón. Un público fantasma me abucheó con hostilidad por mi falta de concentración. Reprimí mis ganas de encenderme un cigarrillo. Aurora me miró. Nos sonreímos con mutua simpatía. Aquel meandro aislado me revelaba un París distinto a otros. Imaginé aquellas singulares casas iluminadas por las encantadoras farolas doradas que adornaban el fantástico paisaje de muros cubiertos por caóticas enredaderas. El ambiente rústico de aquellas callecitas que contaban con bonitos jardines cuajados de vegetación y preciosos porches *art nouveau* invitaban a escuchar historias interminables a los pies de una chimenea.

Regresamos sobre nuestros pasos hasta el número 23. Cerré los ojos. Mis sentidos se dispararon. La casa parecía un claro dentro del bosque. Arbustos grandes y perennes de espinos de fuego rodeaban la vivienda, con sus dolorosos frutos rojos, que maduran del fin de verano al otoño, y parecen una pequeña manzana.

—Tienen propiedades astringentes y se los comen numerosos pájaros; sin embargo, Georgette los cocina y hace jaleas, mermeladas... Haría pasteles hasta con una piedra —me explicó Aurora al observarme embelesada mirándolos.

La casa era como esas casas de abuelas perfectas de principio a fin, y que huelen a pastas, cortezas de limón y mantequilla. Admiré los sombreros de la entrada con forma de amapola, la disposición de los muebles, los detalles, los manteles de minúsculas flores, las servilletas de tela y el tictac seco de un enorme reloj de pared. Una delicia de hogar que nos daba la bienvenida provocando sensaciones contradictorias, como cuando llueve y luce el sol al mismo tiempo. Por sus pasillos podría haber aparecido una muchacha hecha de vainilla y con canto de ruiseñor.

Las amigas de Aurora me envolvieron en besos como pompas de jabón. Georgette, con su chaqueta rosa y un collar de perlas, estaba encantada de que hubiese acudido, incluso insistió en ofrecerme uno de sus caramelos para la tos. Ella parecía pasar los días desgastando en azúcar su deslumbrante dentadura postiza. Sus mejillas sonrosadas subían y bajaban al compás de su voz. Escuché a lo lejos el hermoso sonido de una campana de iglesia.

¡Qué distinto aquel lugar respecto al salón de mi editor! Un cosquilleo indescriptible recorrió mis largas piernas. Como una sopa de erizos picante vertida sobre mis rodillas. Me asomé a la calle. Mi nariz se alzó hacia el cielo. Un inexistente relámpago atravesó en eslalon las cortinas almibaradas de casa de Georgette y me fue a dar de lleno en el corazón.

Me instalé en el salón abarrotado de libros. La sombra de mi editor apareció rondando el café.

Todavía podía oír la taza roja golpeando la mesa y sentir sus bellos ojos atormentados. Me vi tentada a volver corriendo, deprisa, hasta la habitación donde flotaban partículas suspendidas y malgastar mi último aliento en ver cómo respondía a mi tacto si succionaba sus hombros, su robusto cuello y los elásticos lóbulos de sus pequeñas orejas. Aquel hombre encarnaba todos los peligros de una vida de ilusiones. No quería perderme nada que tuviera que ver con él.

Acudí a la cocina y ayudé a terminar de poner la mesa. Primero, me lavé las manos en el fregadero con agua caliente. Una melodiosa música antigua susurraba desde el alféizar. Curioseé bajo una tela de cuadraditos que se asomaba en la encimera y olfateé un pastel de zanahoria que tenía una pinta extraordinaria.

Georgette colocó una cazuela gigante en mitad de la mesa. Tomamos crema de castañas, solomillo relleno y té. La anfitriona llenaba mi plato hasta los bordes, empeñada en complacerme y hacerme ganar unos kilos. Me dijo en varias ocasiones que a los hombres no les gustan nada las chicas delgaditas. Su cara era curiosa y sincera, pendiente de que no dejara ni un gramo de comida en el plato. Fabienne y Angela se reían, cómplices.

Fui la encargada de llevar a la mesa la tarta. Georgette, como buena anfitriona, me sirvió una porción desmesurada del delicioso postre. No paraba de repetirme, agarrándome de los mofletes como las tías chifladas, que unos días en su casa serían más que suficientes para que luciera lustrosa. ¿Deseaba hacerme a la brasa? Un súbito ataque de hipo cortó de raíz la frase que acababa de comenzar. Una orquesta de armónicas risas, entre ellas la mía, coparon el abigarrado comedor, por encima de la música procedente del transistor de la cocina.

Me marché de allí rodando y con el diafragma contrayéndose involuntariamente. Aurora se quedó con sus amigas, tenían pensado jugar a las cartas hasta tarde. De camino hacia la Rue Lagarde, peces escurridizos coleaban por mis frágiles muñecas, se me aceleraba el pulso al recordar al chico de los ojos grises que me había citado al día siguiente. Deseaba que mañana fuera ya una realidad.

La tarde desapareció lentamente en mi ático, y aunque ya no necesitaba disimular, me resistí a bajar las persianas. Pasé casi toda la tarde recreando mi encuentro en el iPad. Lo describí todo. Absolutamente todo. Al igual que hacen esos enfermos sin referencia que, al despertar con los primeros rayos de luz, han

olvidado quién son. A donde quiera que fuese, hiciese lo que hiciese y sintiera lo que sintiera, pensaba dejarlo por escrito.

El otoño me daba la oportunidad de ser la autora más entregada de la editorial. Me esforzaría cada noche en revivir mi realidad, confeccionada con jirones de mí misma. No quería un baile de máscaras, frívolo y trivial, sino mi vida, un diario fascículo a fascículo. Y estaba dispuesta a hacer lo que estuviera en mis manos para que no sonara hueco o superficial.

Cebada por Georgette, me limité a cenar fruta. Me lavé los dientes.

La oscuridad del domingo me hizo desear con fuerza desenredar su pelo mojado con los dedos, el de aquella noche en la que caminaba por la acera de Madame Carotte como si su único objetivo fuera que yo le viese. Maldita sea, qué difícil había sido resistir el contacto visual en sus dominios... Y en aquel momento, en la cobardía de la distancia y de no tenerlo ahí, en camiseta, cuántas cosas se me ocurrían que le podría haber susurrado con mi vestido impecable y una voz aflautada e infantil...

Justo en ese momento recibí un mensaje en el móvil.

Arnaud, Larmes de Crocodile
A las 5 paso a buscarte. Vete a dormir.
Arnaud

Palidecí. Mi pulso ascendió por una escarpada montaña. A las 5 en punto... Desde luego, sería puntual, era imposible llegar tarde. Dejé caer los párpados, casi podía escuchar su respiración al otro lado de las ventanas. «Vete a dormir».

¿Quién decía que no estuviese ya durmiendo?

Deje caer mi pelo alborotado seductoramente sobre un hombro, me mordí el labio y abandoné el salón con sigilo, hasta la cama.

Al rato recibí otro mensaje.

Arnaud, Larmes de Crocodile.
Buena chica.

Fue complicado dormirme, si es que llegué a hacerlo. Aquello había sido toda una declaración de intenciones. O quizá estaba tratando de estimular mi escritura... Lo que era innegable es que los dos estábamos al corriente de lo que sucedía, pero ninguno dispuesto a hablar de ello. Seguiríamos disimulando. Algo me abrasó por dentro.

A mitad de noche sentí ganas de ir al baño. Mi pijama descansaba en la lavadora y había tenido que acostarme en bragas. Me apresuré a ponerme la sábana lechosa por encima antes de levantarme, pero pronto pensé que de esa manera, si él no dormía, podía creer que yo pensaba que se escondía tras las lamas de madera. Me armé de valor y atravesé el pasillo en penumbra, apenas iluminado por el resplandor de la luna. Probablemente ya me hubiese visto a plena luz del día, pero yo no había sido consciente. Ahora era distinto. El rubor de mis mejillas se vio sofocado por la luz azul. Libros en procesión escoltaban mi paso en medio de la noche. Había pasado una tarde entera hojeando las páginas de aquellos libros viejos de literatura francesa, novelas eróticas de prostitutas sin rostro en grandes colchas, largos poemas y obras clásicas.

Una tarde había escogido uno de poemas. Uno que me había llamado especialmente la atención era de Vladimir Nabokov, *L'inconnue de la Seine. El autor revivía un drama anónimo que se hizo leyenda, el de una muerte que salvó vidas. A finales del siglo XIX, en París, el depósito de cadáveres era un lugar muy concurrido. Centenares de personas acudían a la morgue cada día para gozar del macabro espectáculo. Sobre mesas inclinadas de mármol negro, exponían al público, tras un cristal, los cadáveres no identificados con la esperanza de que alguien los reconociera.*

Hasta allí llegó el cuerpo de una joven recuperado del río Sena, en el Quai du Louvre, a finales de la década de 1880. Cuentan que la joven lo tenía todo salvo el amor correspondido. Pero ni siquiera sus increíbles rasgos, los latigazos de envidia en la mirada de las mujeres por los bulevares o los piropos de los muchachos fueron suficiente alivio para el tormento que la llevó una noche a poner sus minúsculos pies al borde del embarcadero antes de mirar un París

dolorosamente perfecto y saltar a las aguas negras del Sena, forjando sin quererlo una leyenda magnífica.

La cara de la bella desconocida no tardó en generar cierta curiosidad por su encanto macabro y por esa sonrisa enigmática suspendida en la boca como un signo de interrogación sutil, cálido y al tiempo inquietante. La bautizaron con el nombre de «La desconocida del Sena».

Nadie de todos los que pasaron por allí la reconoció, ni se supo jamás su nombre. Los médicos forenses certificaron que su cuerpo menudo no presentaba heridas ni signos de lucha, con lo que concluyeron que la mujer se había suicidado. Uno de los trabajadores de la morgue no se resistió a los encantos de su rostro y decidió hacerle una máscara mortuoria para conservar aquella expresión cautivadora. A finales del siglo XIX, cuentan que el maestro modelador Michel Lorenzi creó una imagen cuya fotografía decoraría los salones de París, después de toda Francia y más tarde, de Europa.

De este modo, la desconocida se convirtió en un cadáver ilustre e inspiró algunos poemas, como el que eligieron mis manos en esa tarde visitada por un cielo color piedra. Desde entonces su recuerdo quedó fijo en mi memoria. Me sentía hermana de aquella desventurada, unidas las dos por un tormento que a ella la había hecho saltar al abismo. Yo, en cambio, sabía que haría lo imposible por sobrevivir.

Ni siquiera encendí la luz del baño. Estaba nerviosa, impaciente, tal vez excitada. Regresé por el mismo pasillo hasta mi cama, tiritando de frío y del placer indescriptible de pensar que quizás, sólo quizás, estaba siendo observada por él.

Me hubiese gustado ser capaz de pedirle cobijo bajo las sábanas de su cama. Volví a las mías. Pensé en aquella bella mujer del Sena. Quizás ella hubiese deseado quedarse hermosa en el fondo y jamás regresar a la superficie.

XVII LA CITA

Pasé el día siguiente angustiada pensando que Arnaud podría arrepentirse de haberse ofrecido a mostrarme su París.

No reconocí el timbre de la puerta. Provenía del pulsador de la calle. Asustaba su ronco sonido; lo que me faltaba, desde que había comenzado a arreglarme el ritmo de mi respiración se había alterado. Eran las cinco y cinco. Llegué a pensar que no acudiría. Cinco minutos dan para mucho. Contesté rápidamente, estaba atacada.

Ni siquiera me dio opción a preguntar.

—Baja. Te espero.

Colgué el telefonillo. Respiré vehemente.

Bajé sobre unos altos tacones con mis vaqueros ceñidos, una camisa blanca inmaculada por fuera y un abrigo. No quería que pensase que yo aquello lo consideraba una cita.

Un Porsche Panamera blanco nuclear me esperaba estacionado en la calle. Él estaba dentro. Me abrió la puerta del copiloto desde el interior, extendiendo su cuerpo y alargando el brazo. Me senté en la blanca tapicería eléctrica donde acababa de apoyar la palma derecha de su mano.

—Ponte el cinturón.

Obedecí sin rechistar. No nos habíamos saludado. Estaba tan nerviosa y el abrigo ocupaba tanto espacio que no atiné a encajar el cinturón en la ranura. Cogió la correa y la insertó en el hueco con facilidad, rozando sin pretenderlo mi cadera con sus nudillos. Piel de gallina. La boca seca. Procuré relajarme un poco, se me veía tensa.

Sin apenas mirarme deslizó suavemente sus manos por el volante de cuero negro y las ruedas cedieron a sus deseos de abandonar la Rue Lagarde.

El climatizador proporcionaba una temperatura primaveral al pequeño interior en el que me hallaba confinada.

Antes de girar la calle cedimos el paso a una mujer vestida de largo y oscuro, como las sombras de media tarde.

—Bien podría tratarse de la madre de Oliver Twist.

Sonreí.

—Hay un cierto aire de locura en las mujeres de París a partir de los cincuenta... —dije.

—¿Por qué lo dices? —me preguntó sorprendido.

—Visten abrigos hasta las rodillas y faldas todavía más largas. No se cepillan el pelo... Llevan pañuelos de colores en el cuello... Y nunca te miran a los ojos cuando caminan...

Sonrió con prudencia, sin dejar de mirar la carretera. Como uno de esos directores de teatro que no desean darte el papel a la primera. Su risa era como una gran ola que no se rompe. Pero tuve la impresión de que mi visión de París como un hospicio de lunáticas le había hecho gracia.

Presionó un botón a la altura de la Rue Gay Lussac y el vehículo se llenó de música. Kings of Lyon. Lo miré fijamente sin atreverme a preguntar el porqué de esa canción. «Use somebody».

—¿A dónde vamos?

No obtuve respuesta.

—¿Vas a secuestrarme?

—¿Me crees capaz? —me preguntó marcando cada consonante y volviendo su vista hacia mí.

—No lo decía en serio.

La música relleno el silencio que se había instalado entre nosotros. Atravesamos el Boulevard Saint-Michel, luego su puente. Nos abalanzamos a gran velocidad por el Pont au Change, hacia el Boulevard de Sébastopol. Traté de memorizar el recorrido. El Boulevard de Magenta se abrió ante mis ojos durante minutos interminables. Torcimos a la izquierda, a la altura del metro Barbès-Rochechouart, luego a la derecha en la Rue d'Orsel. Rue Tardieu. Torcimos a la izquierda en la Rue Dancourt, donde aparcó. Dieciséis

minutos después, ni más ni menos, después de haberme adentrado en su coche.

El Théâtre de L'Atelier nos esperaba, en la Place Charles Dullin, con sus grandes letras mayúsculas. No había pisado Montmartre desde mi fin de carrera. En sus paredes colgaba un cartel:

«Tant qu'un homme pourra mourir de faim à la porte d'un palais où tout regorge, il n'y aura rien de stable dans les institutions humaines». Eugène Varlin^[1].

Desvié la mirada hacia el grupo de personas que, elegantemente ataviadas, se dirigía hacia los arcos de entrada. *La rose tatouée* (La rosa tatuada) de Tennessee Williams nos esperaba.

Una crítica iluminada tras un cristal, justo a la entrada, que ensalzaba a la protagonista, una tal Cristina Reali, captó mi atención. Una mujer se abanicaba en un sillón, enfundada en un vestido estampado de colores anaranjados.

—No deberías hacer eso. ¿No prefieres que la obra te pille por sorpresa?

Me dio la impresión de que me regañaba.

Me abrazó por la cintura con delicadeza. Caí en la cuenta de que era para apremiarme. No me atreví a mirarlo. Un escalofrío recorrió mi espalda. El gentío nos condujo hasta un cálido teatro de butacas color burdeos.

Nos sentamos en el teatro, ese lugar donde se grita el dolor, el odio, la ira o las pasiones. Nosotros estábamos en el anfiteatro, la vista desde ahí era la de un pájaro. Es lo que ocurre constantemente en la vida, hay diferentes niveles, estratos; la vida por sí sola es frívola. Apagamos los móviles. En cuanto bajaron las luces, me fijé en sus ojos grises, brillaban como cristales. Se volvió hacia mí. Mi mirada era una confesión y la bajé rápidamente para no delatarme antes de hora. La obra había comenzado. Sentí celos del escenario, de la actriz sobre las tablas, en la que estaban posados los ojos de mi editor. Una corriente de escarcha me sobrecogió.

Generalmente solía captar la esencia de las personas con las que intercambiaba impresiones, pero con Arnaud era imposible, me hacía sentir vértigo. Su rostro, a ratos, se retorció de angustia concentrado en los diálogos.

No me interesaba la opinión del mundo, ni la de nadie. Me agarré obstinadamente a mi butaca, sólo porque estaba a su lado, justo antes de que se acercara y me dejara oler su perfume de incienso.

—¿Tienes que volver a alguna hora a casa? —susurró burlón en mi oído sacándome los colores.

—Con volver será suficiente...

Intenté disfrutar de su repentina sonrisa y del olor a iglesia que lo envolvía. Fue un momento sagrado. Traté de retener en la memoria esa delicia de incienso, magnolias, madera de cedro, raíces de angélica y ámbar, suspendida en el aire en apenas unos segundos.

Al salir, la plaza estaba invadida por decenas de curiosos y varios focos iluminaban un restaurante donde rodaban una película. Un hombre y una mujer discutían y luego se besaban con furia. Me quedé observándolos abrazarse unos segundos. Me situé en la escena, a metros de distancia. Descabalgué de mis ensoñaciones, sufriendo por la falta de intimidad en plena plaza; mi editor podía descubrir en mi semblante el fósil de un largo beso, con sólo girarse.

La noche era fresca. Flexible.

Acababa de ver una dramática y asfixiante obra en la que una mujer apasionada enviudaba cuando su marido, un camionero, era asesinado por un policía. Pero todo se trastocaba cuando en su vida aparecía otro camionero, Álvaro Mangiacavallo, que volvía a despertar su capacidad de amar y sus instintos, y que la obligaba a decidirse, entre lo que señalaban las convenciones sociales del lugar donde vivía y lo que le pedía su cuerpo y su mente.

—¿Por qué me has traído a ver esta obra? —le interrogué de repente.

—¿No te ha gustado? —me preguntó con la barbilla baja y sus ojos taladrando mi boca, esperando una respuesta.

Mis pupilas, negras como el carbón, se hicieron inmensas y huidizas. *La rose tatouée...* Una mujer frenaba sus propios impulsos. ¿Cuál era la moraleja? ¿Debía relajarme y sentir? Me

sentí nadando a contracorriente, como los tercos salmones rojos, haciendo caso omiso de lo que en verdad me apetecía.

Sonreí. Y él calló. Su silencio estaba extrañamente vivo.

Paseamos por las callejuelas encantadas de Montmartre. Paladeamos los cambios de luz, disfrutamos de las tiendecitas que bordeaban las calles. Como en un mundo inventado, temía que alguien lo destruyera. Apenas hablaba, temía desilusionarle. Vestía vaqueros azules desgastados, una camiseta de manga larga negra escotada y una cazadora de cuero negra. Sus botas mostaza pisaban con seguridad el pavimento. Con mis altos tacones, temí que me fuera a dejar a atrás. Perdí el ritmo y empecé a respirar entrecortadamente.

Me miró con una sonrisa. Antes de que dijera nada de mis tacones, lo miré.

—No es por vosotros; es intrínseco a nosotras... Nos gustan los retos.

Le satisfizo mi respuesta.

—Aunque en este caso sólo es culpa tuya, por delegar en otros mi vestuario, que me calcen...

—Te has puesto los únicos zapatos que elegí yo... Así que asumo toda la responsabilidad.

Se abrió un interrogante en medio del paseo.

—Descálzate.

—¿¡Por qué!?

—Descálzate.

Bajé la cremallera de los botines.

—¿Y bien? —dije sosteniéndolos en las manos.

No me permitió llevarle la contraria. Me subió a hombros. Tuve que abrazarme a su cuello para no caer. El cuero de su cazadora crujía con el peso de mi pecho apoyado en él. Sus brazos me sujetaban por debajo de la tela vaquera que quedaba bajo mis glúteos. Respiré el incienso y la angustia de verme obligada a estrecharlo con fuerza.

—Como ves, me desvivo por mis escritores...

—¿Haces esto con todos?

—Sin duda... Con todos los que me preparan magdalenas para desayunar.

—¿Peso mucho? —le pregunté temiendo lastimarlo.
—Pesas más los años...
—¡Hablas como un viejo!
—Uno es viejo por lo que ha vivido, Cecilia.
Su respiración cansada era excitante. Al igual que su acento.
—*Touché* —contesté sabiendo que tenía razón.

Deseaba saber más cosas de él, pero me mantuve callada con los pies colgando por las laderas de Sacré Coeur. Nos sumergimos en la Rue D'Orsel; aquella calle tenía un ritmo distinto al resto de la ciudad. Dejamos atrás el número 48, una galería, cerrada los lunes, de cuentos de amor, pasión y traición. Un rastrillo de leyendas cubiertas por ramas retorcidas, escorándose, de colores anaranjados; óleos de difuntas novias de fantasía; y relojes de bolsillo parados en el tiempo de tumbas y fosos. Una premonición de lo que iba a dar de sí la noche.

En mi mundo de fantasía, Arnaud se hacía grande y más grande y los edificios tan diminutos como mis zapatos. Sentí que mi cuerpo crecía con él hasta ocupar la calle entera...

Una vez, leí que había personas afectadas por un síndrome rarísimo llamado Alicia en el País de las Maravillas. Los pacientes que lo sufrían percibían alteraciones en la forma, tamaño y situación espacial de los objetos, así como distorsión de la imagen corporal y del transcurso del tiempo. Una niña contaba que de repente los libros de su hermana se volvían más grandes y su padre tan pequeño como un muñeco. Los pacientes eran en todo momento conscientes de la naturaleza ilusoria de sus percepciones, sin embargo, éstas eran lo suficientemente intensas como para que tuviesen que mirarse en un espejo para comprobar su talla. Los científicos creían que Lewis Carroll, afectado por migrañas, pudo haber sufrido ese síndrome, de forma que las experiencias de la joven Alicia eran bien conocidas por su creador. Y de ahí su nombre.

En mi caso, aquella ilusión visual no tenía tanto que ver con una cefalea o un trastorno neurológico, como con otra causa bien

diferente. Respiré su pelo sin que se diera cuenta. Tan inmóvil como una estatua. Temí moverme y dañarle; no había esa confianza.

Me deslicé por el tobogán de su espalda al girar la calle. Me dio la mano para que me calzara. Un impulso de electricidad encendió mis venas. Me puse los botines.

—Tienes que comer, la noche será larga.

Abrió la puerta del bistró. «La noche será larga». Una oleada de calor me iluminó el rostro dentro del sombrío local. Esas palabras me excitaron, pero también me dieron miedo. Pensé en el sentido temporal de la palabra «larga». Me abstuve de preguntar. Me senté en aquella mesa sin mantel... ¡Caray! ¡No me había dicho «eterna»!... Aunque, horas después, comprobaría que casi lo iba a ser...

Pedimos un par de hamburguesas y vino. Como no quería que caminara, me hizo esperar en la cafetería y me recogió, poco después, con su coche. No me dio tiempo a fumarme el cigarrillo que acababa de encender.

Volví a hundirme en el asiento. Harry Escott. Brandon. Conocía esa escena a la perfección. Casi se me saltan las lágrimas.

El silencio de París nos esperaba. Salimos del coche.

Sacó del maletero un bulto.

—Con esto irás más cómoda.

Cambié mis botines por aquellas botas rojas de cuento. Un hombre de aspecto marchito y vestido de traje negro apareció sin avisar.

—Señor, quince minutos antes de salir, llámeme por favor para abrir la puerta.

—Perfecto.

La puerta del Cementerio de Père-Lachaise, al este de la ciudad, cedió. Vi alejarse al hombre, hasta que lo perdí de vista. Miré a Arnaud en medio de una laguna de dudas y un mundo de goteras.

—Es una larga historia...

—¿Por qué me has traído aquí?

—Para que te sientas viva.

Lancé un suspiro que gobernó por un instante aquel lugar de corazones que no latían. El mío lo hacía por todos ellos.

—Dame la mano, no quiero que te caigas.

Le ofrecí mi mano izquierda. No quería enfadarle; si me pasaba algo o gritaba, nadie se enteraría. Me asusté, ni siquiera había recordado encender el móvil después del teatro. Ya era tarde. Valeria se coló en la oscuridad. Me estremecí.

—Me inquieta la cantidad de veces que haces referencia a la muerte en tu novela. Como si en tu vida se hubieran producido importantes pérdidas...

Enmudecí.

—Estás temblando.

—Hace frío... —dije con la boca pequeña.

Se quitó la cazadora y me la puso por encima.

—No hace frío, Cecilia, hace una noche espectacular.

Volvió a cogerme la mano. Conseguí escapar de una fuerte tormenta de emociones.

—Los cementerios pueden ser lugares espantosos...

Caminando de la mano dentro de un bosque con enormes hileras de árboles y avenidas de adoquines, me creí en medio de una macabra ceremonia de novias que no ven ya la luz después de jurar fidelidad. Odié ese lugar de inmediato. Maldije mi cobardía dentro de aquellos pasillos que despiertan pesadillas de probetas, instrumentos quirúrgicos y medicamentos. Regresé a mis siete años.

—... pero a veces son baúles de poemas, sitios infinitamente románticos donde contar verdades —concluyó con la voz desgarrada—. Aquí yacen los restos de los célebres amantes medievales Eloísa y Abelardo, de Molière y de La Fontaine...

Yo apenas podía respirar en aquel oscuro lugar de tinieblas. Durante el día, seguro que era diferente, pero en aquellos instantes las esculturas sobre las lápidas cobraban vida.

—¿Y para ti qué son? —me atreví a preguntar.

—Mi merecido —dijo tras un momento de silencio.

Tragué, pero no había saliva. Agradecí que no pudiera distinguirme con claridad. Mis pasos se hicieron torpes. Mis piernas

estaban cansadas, como si hubiese recorrido kilómetros de luto. Creo que él lo notó.

Anduvimos hasta el mausoleo del amor prohibido. Pequé rozando con mi piel la piedra del sepulcro... Estaba fría.

—¿Si querías instruirme por qué no me has regalado una biblioteca entera?

—No me gustan los convencionalismos. No sería propio de mí.

—¿Por qué te tomas tantas molestias?

—Es parte de mi trabajo. Otros cierran negocios con prostitutas...

Qué mal sonaba la cruel realidad en sus atractivos labios... Me giré hacia la tumba. Un cuervo se cruzó en nuestro camino. Me incorporé de un salto y me sujeté a mi editor con fuerza. Me asombró mi reacción.

Iba a pedirle perdón, pero él se adelantó.

—Es curioso cómo, en vez de correr por el camposanto, me has abrazado. ¿Nunca te han dicho que no debes confiar en extraños? Apuesto a que sí...

Sus palabras me llevaron a querer apartarme. Pero se trataba de un desconocido al que creía conocer. Quizá en eso consista el amor. ¿Qué era lo peor que podía pasarme? Me atrajo más todavía hacia él, y con las yemas de sus dedos comenzó a acariciarme el pelo con intensidad. Fue un suicidio de sentimientos contra su pecho. Su abrazo era violento, como el de un padre que hace años que no ve a su hijo, el de una madre que supera un cáncer o ese otro de alguien que te ha estado buscando durante años. Un nudo en alguna parte de mí hizo que no pudiera resistirme a mirarle. Juraría que una lágrima acababa de agrietar su semblante azul pálido. Agaché la cabeza. Continuó asfixiándome y sepultándome contra su cuerpo, durante tanto rato que sentí algo que en la vida había experimentado. Una turbia confusión de miedo, incienso y deseo, unidos, en un jardín funerario sin escapatoria.

—Es el momento de volver.

No quería escucharle decir eso. Cuando me soltó, me sentí muy sola. Tuve que renunciar a aquel abrazo único que jamás olvidaré. Cogió su móvil y realizó una llamada. A ese hombre. Pero ni siquiera habló. Arrastré mis botas rojas por el camino que había que

desandar, pero esta vez no me dio la mano, ni siquiera me habló. Ni una sola vez. ¿¡Por qué!?

Llegamos a la Rue Lagarde de madrugada. Dejó el coche aparcado en la calle.

—Te acompaño.

Abrió con su llave el portal. Me cedió el paso. No dimos la luz. Ascendimos a tientes las escaleras. Al alcanzar el tercer piso escuché el rumor de aquel sonido que conocía perfectamente. Sonreí para mis adentros. Continué subiendo las escaleras. El quinto piso se dividía en dos. Nuestro día de trabajo tocaba a su fin. Cada uno debía volver a su casa.

—Toma. —Me entregó las entradas de teatro—. Guárdalas en tu caja.

Latigazos de sangre presionaron mi pecho. A continuación, ni un adiós, ni un beso.

Le devolví la cazadora. No la quiso.

Deseé que entrara a ponerme el pijama, a taparme con las sábanas, a envolverme en besos de caramelo.

Esperó a que cerrara mi puerta para abrir la suya. Tampoco encendí la luz del ático. Me sentía débil, no me encontraba bien. Qué tontería. Pero así fue... «Oh, Arnaud, ¿qué estás haciendo conmigo?...».

Encendí el móvil. Era extraordinario, sólo tenía una llamada de Valeria. A las once. Tenía un radar.

La noche fue dura. Pensé en acudir a sus brazos. ¿Estaba volviéndome loca? Me levanté a escribir y a disecar sensaciones. ¿De qué otra forma podía vaciarme?

Teclé dentro de un camisón de seda blanco, al que constantemente se le caía uno de los tirantes. Al principio, me empeñé en colocarlo en su sitio, condenada a comportarme. Al final, abdiqué. Desaparecí en la fantasía de su aliento en mi hombro, de su lengua lamiendo mi cuello y de sus manos descendiendo por mi columna vertebral. El camisón cedió por completo, hasta la cintura. No me molesté en subirlo. Me zumbaba la cabeza por las páginas

escritas. Todo estaba en silencio, con las luces apagadas. El iPad iluminaba mi silueta. Comencé a masturbarme en un acto irreflexivo, sentada en la silla rebuscando entre mis recuerdos recientes y la braga de encaje, de espaldas a esas tres ventanas en las que no sabía si se escondía aquel que me había regalado el más intenso abrazo que nadie pudiera imaginar. Mi torrente sanguíneo se disparó bajo el movimiento de unos dedos más suyos que míos. No me salía la voz. Sólo la suya áspera y dura bombeaba dentro de mí. Seguro que el obseso del control estaba en todo. ¿Por qué no llamaba a mi puerta y me rescataba de la soledad de mi salón? Era una condena provocarle y que todo siguiera igual.

¿Dormía?

Me ardía la piel del cuero cabelludo por donde había pasado sus dedos. Me llevé la mano izquierda, todavía sin lavar, a lo más hondo de mi cuerpo. Giré mi cabeza todo lo que pude y lo busqué frenéticamente al otro lado del vidrio. Me puse en pie lentamente. Mis hormonas estaban disparadas. Supe que me arrepentiría de todo aquello cuando terminase, al tambalearme, pero continué tocándome, incapaz de parar, con el torso desnudo semiapoyado en el cristal, de pie, frente a la casa de aquel vecino que tan pronto me abrazaba, como me rechazaba. Me imaginé sentada encima de él, con el camisón bajado, mis braguitas de encaje y una de sus manos alertándome al desplazarse desde los muslos hasta el fin de mis piernas. Pude sentir sus dedos sobre la tela, trazando círculos sobre ella...

Apoyé mi cabeza en el cristal, vertiéndome sin él.

Su imagen se borró enseguida. Me aparté de las orquídeas salpicadas de sudor, en dirección al diván.

¿Por qué lo hice? Creo que porque tenía la seguridad de que aquel hombre no haría nada que pudiera ofenderme. Confié en no equivocarme.

Me encendí un cigarro. Aspiré con urgencia. Una bocanada de humo salió de mi boca. Me revolví el pelo como él lo había hecho y eché la cabeza para atrás con los ojos cerrados; sin la vista conectaba mejor con mis otros sentidos. Y los sentidos nunca mienten. Volví a aspirar la nicotina...

Apagué el cigarro en el cenicero con toda la calma que me fue posible y me subí los tirantes. Miré hacia las ventanas, arrebolada, y me desvanecí sobre el colchón dejando caer mis párpados. Disipé mi desvelo en el diván, abrazada por una manta que no eran sus brazos y con mi nariz hundida en la piel negra de su cazadora. Demasiado ardiente para estar inmaculada y avergonzada por haberle mostrado cómo me daba placer. Pero sin querer rebobinar y hacer las cosas de otra manera que no fuera ésa.

XVIII

EN LA BOCA DEL LOBO

El martes fue uno de esos días en los que no ocurre nada. Mantuve conversaciones poco importantes con Valeria y mi familia y cené en casa de Aurora, que no mencionó haberme visto acompañada la noche anterior. Tampoco yo saqué el tema. Mi vecina acababa de terminar de leer *Lo que moja la lluvia* y estaba eufórica y con cientos de incógnitas que yo no tenía fuerzas ni ganas de despejar. La noche llegó de la mano de una sensación de inseguridad indescriptible. Me imaginé a aquel al que sólo me unía un contrato riéndose al verme hacer el ridículo frente a una ventana; ordinaria, vulgar e insensible. Saboreé las mieles de mi amarga soledad tendida entre cojines.

Dejé de regar las orquídeas. Aguardé varias noches un mensaje de móvil que me recordara que debía hacerlo. Deje que se fueran, como él había hecho. Tirarlas al contenedor fue una venganza absurda. Qué culpa tenían ellas... Nunca habían tenido culpa de nada.

Yo era un sauce llorón. Mis lágrimas no servían ni para purgar el alma. Era indigno abandonarme. Se lo había tragado la tierra, y me había dejado mareada y perdida.

Humo era una valiosa compañía. Se las arregló para hacerse una bola a mi lado cada vez que el desaliento me superaba y acababa por tumbarme durante horas.

Los párrafos que escribía en el iPad eran rabietas que pensé en suprimir.

Esos días en París eran luminosos, como en mi isla. Me esforcé en mantener el buen humor, pese a no haber vuelto a tener noticias de mi editor, como un método para no enfermar. Pensé en desaparecer yo también. Coger el primer avión y regresar al techo

materno. Sufre más aquel que espera que aquel que nunca espera a nadie. ¿Por qué no daba señales de vida? Lamenté la catástrofe de su partida. Para mí él había sido una revelación, había puesto toda mi fe, como nunca antes, en agradecerle.

Imploré que sus ojos grises se dieran la vuelta en cada esquina de París, pero sólo encontré la tosquedad de los franceses, que a ratos pueden resultar ciertamente desagradables y antipáticos.

Hubo un atardecer en el que las nubes se desplomaron en miles de gotas platino.

El jueves me duché después de prepararme un chocolate caliente. Mi cuerpo era un témpano de hielo y ni siquiera la calefacción o el agua caliente consiguieron templarme. Mi ánimo arrastraba la obsesión de no haber superado sus expectativas, o quizá la de haberme comportado como una cría.

Me sequé con la boca triste, la mirada triste. El día en sí era triste. No me apetecía la actividad física, ni leer, ni descubrir más detalles dentro de los límites de lo que debería ser un hogar y que ese día no era más que un búnker que me protegía de la que estaba cayendo fuera. Acabé de secarme el pelo, boca abajo. La cabeza me dolía. Me temí lo peor, mi cuerpo agotado cayendo en espantosas fiebres.

Vibró mi móvil.

Arnaud, Larmes de Crocodile Baja conmigo.

Sin más, como si hubiésemos ido a ver aquella obra de teatro la noche anterior. Habían pasado diecisiete agónicos días que fui ensamblando uno a uno. Me hubiera gustado reír escandalosamente, pero le odiaba por no haberme dicho que iba a ausentarse. Lo habría entendido. No había nada entre él y yo... de veras que lo habría entendido... y mi espera no habría sido una tortura dolorosa. Miré hacia la ventana. En realidad, no tenía por qué

darme ninguna explicación, yo no era nadie... Cogí el paraguas. Me puse unos leotardos hueso, las botas rojas y un vestido gris. Elegí el abrigo de paño gris que tanto me gustaba. No abrigaba mucho, pero su coche tenía una temperatura más que placentera. Me pellizqué las mejillas y me precipité escaleras abajo, sin dejar de sonreír. Al bajar, estaba en el portal, como una aparición.

—Hola, Cecilia.

Me abrió la puerta con cortesía. Salí y abrí el paraguas. La Rue Lagarde se había convertido en una piscina. No vi el coche. Comenzó a andar y yo le seguí, para taparle. De repente, me cogió la muñeca. Le miré pensando que me iba a reñir, a gritar o algo parecido. Separó mis dedos secos y cogió el paraguas que sostenía. Lo tiró en una papelera próxima sin preguntar. Mi cuerpo comenzó a encharcarse, el suyo también. Me dio la mano. No sé por qué lo hizo, no estábamos en el cementerio y conocía bien las calles.

—Me estoy calando —me quejé.

No contestó. Prosiguió pisando con la distinción innata que le caracterizaba las aceras mojadas, conmigo al lado.

—¿Por qué fumas? Siempre he pensado que los que lo hacéis no os queréis lo suficiente...

—Ya no lo hago —sostuve—. ¿Te enfadas porque fumo? —murmuré anonadada.

Enmudecí al recordar consternada cuándo había sido el último. Bajé la cabeza y al hacerlo un velo de lluvia me obligó a cerrar los ojos. Me costó volver a levantarla.

En diez minutos estaba ya tiritando. Su mano me cogía con firmeza, hasta con rabia, diría yo. Dejó de hablarme.

—¿Qué te he hecho? ¿Por qué no me hablas?

—No estoy enfadado contigo, Cecilia —afirmó por fin con una sobriedad sobrecogedora.

—Nadie lo diría...

Las calles estaban prácticamente desiertas. Sólo alguna flemática mujer francesa caminaba ida bajo su paraguas, asustando con sonrisas desdibujadas.

—Lo estoy conmigo mismo.

Quise soltar la mano, pero no me dejó.

—¿Dónde has estado? —le pregunté contemplando el suelo. Me volví luego hacia él, que no me miraba.

Las gotas atronaron en el silencio. Nos dirigíamos hacia el noroeste de París, según mi brújula imaginaria.

Varios pasos de cebra después, aparecimos en la puerta de entrada de los jardines de Luxemburgo. Su mano no dejaba que me circulara la sangre correctamente, aunque seguía caliente. Mi pelo escurría el dolor de aquellas semanas. Yo era toda abnegación, devoción; en ninguna otra circunstancia estaría sufriendo tamaño esfuerzo. Estaba impresionada por lo que era capaz de hacer por él. Su voz era un cebo. Quería oírla. Rodeamos un estanque profundo, rectangular y escondido entre árboles.

—No eres fiel a tu manera de pensar y sentir —sentenció con susurro de un encanto incalculable al llegar, a través de un suelo de hojas y barro, a la solitaria y hermosa fuente María de Médicis, la Fuente de los Amantes. Aquello fue un golpe bajo.

Ladeé la cabeza hacia la gruta. Galatea y Acis, enamorados en mármol blanco, se retorcían uno sobre el otro. Más arriba, se elevaba la figura mitológica gigante del cíclope Polifemo, en bronce, que los acechaba celoso desde lo alto, inclinado hacia delante con una rodilla en tierra, en una postura amenazante. Su pelo enmarañado y su barba le conferían un aspecto salvaje al fondo del estanque.

Cuando me dijo aquello, tuve la impresión de que Arnaud había visto a la Cecilia que nunca quise ser. Abatida, dejé caer los brazos. No acostumbraba a pasear con lluvia. Y menos con frío. El dardo envenenado que suponían sus palabras me hizo llorar, pero aquellas lágrimas se confundieron con gotas de lluvia.

—Tengo la absurda sensación de que debo justificarme. Tú ni siquiera contestas a ninguna de mis preguntas. Eres ciertamente oscuro. ¡A veces me das miedo!

Aquello le dolió y le enfureció a partes iguales. Su hermoso rostro, casi borroso, se apagó.

—Nunca —dijo levantándose la voz—, nunca, desde que te leí —continuó tomando más aire— las he necesitado.

—¿Dónde te has metido estas semanas? ¡Vamos! No te estoy pidiendo las coordenadas... —le pregunté levantando la voz, sin esconder mi gimoteo y arrastrada por un impulso incontrolable.

—He estado en la casa que tienen mis padres a las afueras. Busqué con pasión entender el motivo.

—No quería hacerte daño —dictaminó con frialdad.

No mostró ningún signo de emoción al afirmar categóricamente aquello.

—¿Por qué habrías de hacerme daño? ¡Dime!

No contestó.

—¡Dímelo! ¡Dímelo! —le grité en un acceso de locura.

Me agarró del brazo y me sacó del parque, llorando desconsoladamente. Levantó el brazo, paró un taxi y me dio un billete de cincuenta euros.

—3, *Rue Lagarde, s'il vous plaît.*

No tenía fuerzas para gritarle que no quería volver sin él. No otra vez. El taxista me miró mal, con razón. Al sentarme me diluí, como si decenas de barriles de agua se hubiesen derramado sobre el asiento trasero. El coche se alejó, miré por la ventanilla y lo vi embistiendo de nuevo los charcos del parque, con las manos en los bolsillos y la cabeza baja. Hice denodados esfuerzos para reprimir el vómito.

Las defensas de todo mi cuerpo quedaron en el fondo de aquel estanque. Llegué a casa y ni allí conseguí entrar en calor. Llené el comedero del gato y me tiré en el diván.

Algo más de una hora después llamaron a mi puerta. Arrastré los pies para ver quién era a esas horas. No me encontraba bien. De hecho me encontraba fatal. Era la primera vez en mi vida que abría la puerta sin mirar antes por la mirilla. Probablemente, de haberlo hecho, no habría rotado el pomo.

Un Arnaud, como recién salido del mar, trataba de decirme algo.

—No importa, Arnaud, no me siento con fuerzas de hablar.

Adelantó su mano y me la puso en la frente. La retiré con una mueca de desprecio.

—Arnaud, márchate, por favor, necesito descansar.

—Dame las llaves.

Me toque la cabeza. Iba a caerme en cualquier momento.

—Dámelas he dicho.

Obedecí como un autómatas para que se callara. Me cogió de la mano y con la otra abrió la puerta de su casa. Un racimo de escalofríos recorrió toda mi espalda. Me sentó en el salón de su ático, en el que ya no había un rayo luminoso de polvo, magdalenas o tazas rojas. Todo era irreal. Necesitaba dormir. Los músculos no me sostenían. Le vi quitarme las botas rojas. Los talones de mis leotardos era lo único de mi indumentaria que estaba seco. Me levantó el vestido para quitármelos. Al principio me resistí, pero no tenía fuerza suficiente para impedirselo. Podía hacer conmigo lo que quisiera. Comencé a llorar de nuevo, al recordar viejas heridas. Me observó con tristeza. Me los quitó pese a todo. Los desenrolló lentamente, después de levantar mi pelvis con sus manos para que cedieran. Se quedó fijamente mirando el empeine de uno de mis pies. Quizá fuera uno de esos fetichistas... Me ardía el cuerpo. La fiebre no me dejaba razonar ni responder a lo que estaba sucediendo. La cabeza me pesaba y cerré los ojos. Noté cómo me desabrochaba el vestido gris abotonado de arriba abajo. No hay duda de que era hábil, mi piel quedaba al descubierto demasiado deprisa. Sacó las mangas por mis brazos. Yo era un muñeco de trapo, ya ni siquiera me molestaba en mirarle. Me enderezó y me desabrochó el sujetador, que mojado por la lluvia no escondía secretos. Sacó los tirantes y noté que ya nada me cubría el pecho. Mi cabeza no me pertenecía.

Por último, encajó sus dedos índice y anular en los laterales de las húmedas bragas blancas y las deslizó por mis largas piernas hasta que las pudo sacar.

Escuché cómo se encerraba en el baño. Quizá fuese a ponerse un condón y a aprovechar que estaba semiinconsciente.

—¿Voy a morir? —pregunté llorando entre delirios.

Lo recuerdo cogiéndome en brazos, en camiseta y con el pelo mojado. Lo recuerdo vagamente metiéndome en la bañera helada, con sumo cuidado. Lo recuerdo poniéndome una toalla en la nuca. Lo recuerdo sentándose al lado para que no me ahogara, con una mirada limpia y pura, hecha agua. Me quedé así un buen rato.

El suelo de la bañera era de arena.

«Mamá, te juro que yo no he hecho nada, te lo juro, ha sido él. No he hecho nada, sólo quería ir a las ferias. Mamá, por favor, tienes que creerme. Me encuentro muy mal... Mamá, llovía y nos escondimos... Me gustaba mucho, muchísimo... Pero yo a él no... Vámonos a casa esta misma noche».

No sé si lo imaginé o Arnaud se tapó la cara para que no le viera llorar. Debí decir todo eso en alto, con el corazón ensangrentado.

¿Dónde estaba?

¿Mamá me había metido en la bañera una vez más? Papá debía de estar cerca. No quería que me pusiera más esos supositorios...

El agua gélida en mi piel parecía aceite hirviendo. Quemaba. Miles de alfileres me apuntaban.

Quitó el tapón de la bañera y me envolvió de nuevo entre sus brazos, dentro de una toalla grande y suave. Se sentó en la taza del váter y me arropó encima de sus rodillas, con la toalla aprisionando mi cuerpo y mis brazos. Alargó la mano y cogió un secador de pelo. Se molestó en agitar mi cabello hasta que se evaporó todo rastro de humedad. Ni siquiera me quemó la orejas como hacía mi madre. Estaba agotada. Me metió en su cama. Me puso el termómetro. Me trajo una pastilla y un vaso de leche caliente. Ni siquiera me sentía capaz de tragar y mucho menos de sostener la taza. La cogió él con sus manos. Y me fue ofreciendo poco a poco el calor de aquel líquido blanco con sabor dulce. Creo que era miel. Recuperó el termómetro.

—¿Por qué haces todo esto? —dije secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—Porque tienes que seguir escribiendo —dijo muy bajo—. Shhhhh...

Lo miré, dócil, deseando obtener su difícil y exigente aprobación. Sólo cuando hice lo que se esperaba de mí y me hube terminado la leche, me palmeó la rodilla, asintiendo complacido. Me arropó y apagó la luz de la habitación.

XIX OTRO DÍA

A la mañana siguiente, me levanté aterrada. No recordaba nada de lo que había pasado. Tampoco ésa era mi cama. Tardé en reaccionar y en asimilar que estaba en el dormitorio de Arnaud. Aterida de frío, vi aquella mancha de sangre en las sábanas. ¿Qué me había hecho ese desgraciado? Enseguida, reaccioné, me acababa de venir la regla. La vergüenza quiso sepultarme bajo la cama. Mi ropa no estaba. Me cubrí rápidamente con la sábana de arriba y salí al salón, con una resaca febril que me impedía vocalizar correctamente. Lo vi en el sofá, de espaldas, leyendo unos papeles, quizá algún asunto de la editorial. Me quedé mirándolo varios minutos antes de hacerme notar.

—Hola —dije tímidamente.

—Buenos días, Cecilia.

Se levantó y me besó la frente.

—Lo de esta noche ha sido increíble...

Quise reírme, pero no me atrevía ni siquiera a mirarlo.

—No estás tan caliente como anoche.

—No me hagas sentir mal, por favor... —le rogué.

Sonrío y se alejó hacia otra habitación.

¿Había pasado toda la noche en el salón?

Hice memoria. Recordaba poco, si acaso cosas inconexas, fragmentos de un sueño. Lamenté no haber tenido la mente despejada. Me dirigí al baño. En la bañera, había una toalla tirada; en el suelo, un secador. No me lo había imaginado. Era real. Me lavé la cara, temblando tanto que me castañeteaban los dientes. Perdí el equilibrio varias veces. Diecisiete días desamparada le habían recordado a mi cuerpo lo que era la ansiedad, el estrés y la

amargura. Había perdido el control del coche y ahora había ido a estrellarme contra las paredes del dormitorio de la casa de mi editor.

Al salir, estaba detrás de la puerta. Me asusté. Me tendió una camisa blanca y unos calcetines.

—Arnaud, necesito volver a casa...

—¿Qué necesitas?

—Me acaba de venir la regla. Lo siento, he manchado la cama.

—No seas tonta, Cecilia.

—Quiero irme...

—No, tú no te mueves de aquí —me ordenó.

Se marchó con mis llaves y regresó con una caja de tampones. Insistí en que quería volver a casa. No pareció querer escucharme. Se levantó y me dijo que lo siguiera hasta la cocina. Su casa era el doble de grande que la mía, espectacularmente bien decorada. La cocina minimalista y espaciosa, con paredes en las que se alternaban pintura gris y baldosas blancas y muebles de madera más oscuros que el suelo.

Me hizo sentarme en un taburete junto a la isla de la encimera clara.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó muy despacio.

Desorientada, no reconozco mi casa, ni haber contratado un esclavo...

—Prefiero ser tu esclavo a que me digas que te tengo secuestrada. Algo es algo...

Sonrió. Si me hubiesen dicho que había ingerido una dosis brutal de barbitúricos la noche anterior, lo habría creído a ciegas.

Puso delante de mí unas galletas doradas y un vaso de leche recién sacado del moderno microondas. No tenía hambre. Se dio cuenta de que estaba desganada.

—Sé algo que sí te va a apetecer...

Contemplé cómo extraía una caja de cartón de uno de los armarios de madera oscura. Era papilla para bebés. De cereales y frutas: trigo, maíz, arroz, centeno, mijo, uva, plátano, manzana, naranja y un sinfín de vitaminas y minerales.

Era obvio que me conocía mucho gracias a mi libro. Eso era trampa, no estaba segura de si era lícito. Me limité a observarle, primero buscando una cuchara, con la que esparció varios

montículos de esa harina parcialmente hidrolizada en un plato hondo, colmado de leche caliente; luego, un tenedor con el que planeaba marear aquel cemento blanquecino y delicioso.

—No puede haber grumos —le sugerí con una media sonrisa de niña recién levantada.

—No te preocupes. No los habrá.

Se esmeró en cumplir mis expectativas. Colocó el plato delante de mí. Me dio de desayunar, cucharada a cucharada. No era necesario, pero lo hizo. Me aferré con felicidad a cada una de ellas.

—Este trato de favor sólo es porque me siento culpable de tu estado... —me reconoció.

Yo, refugiada en sus calcetines y su camisa, no imaginaba hasta qué punto.

La fiebre me vendía una ilusión de mentiras e hice malabarismos para no besarle. Se hizo un silencio de miradas encontradas. Me propuse no decir nada, no debía hacerle saber que ya no me encontraba bien el día anterior por la mañana. Lo quería allí, cuidándome. Disimulé mi egoísmo con una sonrisa angelical. Era una treta absurda, lo sé.

—Supongo que quería que cambiaras tu percepción sobre algo y no lo he conseguido... Suelo conseguir todo lo que me propongo. Maldita sea.

Imaginé de qué se trataba. Escuché la lluvia arañar las ventanas y reptar sobre las paredes de la casa. Batí las pestañas. Pero en ese momento, abriendo la boca y alimentada por ese hombre que me mostraba una ternura desconocida, me pareció que sí lo había logrado. Es muy probable que lo hubiera conseguido antes incluso... Pensé en el día de la *boulangerie*. No tenía intención de engordar su vanidad y permanecí sentada, apurando con mi lengua cada cucharada. Callada y atenta, concentrada en ese ritual infantil, sí, pero perturbador también, con una carga inequívocamente erótica.

Me ayudó a levantarme y me devolvió a su cama, de sábanas limpias. Las debía de haber cambiado mientras estaba en el baño,

me dije a mí misma ante el espejo.

—Ya he avisado de que hoy no iré a la editorial —dijo mientras deslizaba una pastilla hacia mi boca.

Claro, él podía hacer lo que quisiera. Era el hijo del dueño, no debía olvidarlo. Tragué mientras contemplaba la ciudad tendida al sol de la mañana que iba iluminando progresivamente las tejas brillantes de nuestro edificio. Al fondo, se transparentaba un espejismo de vapor que se esparcía por toda la ciudad, en forma de arcoíris. La casa estaba en silencio y ventilada. Arnaud volvió a bajar la persiana del cuarto que mi debilidad había ocupado.

Los dolores de cabeza me asaltaron de súbito y el sudor frío me cubrió el rostro. Mi madre debía estar preocupada, tenía el móvil en mi casa, encendido, y si me había llamado y no se lo había cogido, tenía que estar subiéndose por las paredes.

—Gracias, dentro de unas horas quizá no me atreva a agradecerte todo lo que estás haciendo por mí —le dije ahogando mi voz en el colchón—. Lamento haberme adueñado de tu casa y que ésta no sea una visita de cortesía... También lamento estar así de horrible...

Una vez instalada en mi cabeza, me obsesionaba la idea del teléfono.

—Mi madre se extrañará de que no conteste sus llamadas...

—Descansa, Cecilia... Tienes toda la razón, estás espantosa, así que duerme y no hables...

Me dejó bien arropada, aguantando los golpes de la fiebre. Se sentó a vigilarme, con preocupación, desde una silla del cuarto, en la oscuridad... Me sentí incapaz de asegurar si estaba fuera o dentro del cristal. En una situación normal me habría costado siglos conciliar el sueño, pero sentía mis músculos pesados como el plomo y dejé que mis ojos se cerraran, demasiado pronto, justo después de que una sombra en mi mente hilvanara su nombre grito a grito.

Al despertar al mediodía, el móvil y mi cargador estaban situados junto a la cama, pero no Arnaud. Efectivamente, mi madre me había llamado un par de veces, no eran demasiadas. El tiempo que para

mí había pasado lentamente, tan sólo estaba compuesto de un puñado de horas. Reaccioné devolviéndole la llamada. Le sorprendió mi voz.

—¿Mamá? Antes de que me digas nada, sí, he vuelto a caer...

—¿Otra vez?

—Sí, bueno...

—Cariño, París no te está sentando nada bien... ¿Te abrigas como te dije?

—Se me pasará pronto mamá, de hecho ya estoy mejor...

—Ay, de verdad, no sabéis cuidaros, no se os puede dejar solas, ¡ni a tu hermana ni a ti!

—¿También está mala?

—No, hija...

La imaginé tocándose resignada la cabeza con su mano de madre.

—Desde que estoy aquí no me contáis nada...

—Tu padre, que tuvo que ir a buscarla ayer tarde... Se empotró contra un coche al arrancar en un semáforo... Ahora me río... al fin y al cabo sólo es un coche, pero si le llega a pasar algo... que no, que no, ¡que estáis a otra cosa!

Tapé el altavoz para que no me escuchara reírme. Un ser superior me castigó con un intenso dolor de mandíbula al hacerlo.

—Cecilia, ¿por qué no vuelves a casa unos días? Te cuido, y ya luego vuelves a tono y recuperada... Mira, acabo de dar con una tienda que me trae todo tipo de productos ecológicos... Te vitamino y remineralizo en menos que canta un gallo... Te puedo hacer zumos de remolacha, manzana, apio, zanahoria...

—Mamá, antes de que me nombres todos los productos de la huerta —la interrumpí—, te recuerdo que me duele la cabeza y que mi estancia aquí tiene un objetivo... Deja de preocuparte tanto, estaré bien...

—Toma miel y equinácea, te subirán las defensas...

—Que sí, pesada... Un beso... Dale otro a la siniestrada.

—Cuídate, por favor. ¡Equinácea y miel!

XX DOS INFANCIAS

Al colgar, me puse en pie no sin esfuerzo y me dirigí al baño. Hice un nudo con mi cabello para que no se me viniera a la cara y me lavé los dientes con un cepillo precintado que Arnaud había dejado junto al lavabo. Al salir me solté el pelo y me dirigí al salón. Arnaud llevaba el pelo mojado e iba cuidadosamente peinado. Olía a jabón y a incienso. Iba vestido como un leñador sin barba. De pronto, me sentí como en un refugio de montaña, donde había parado a pernoctar. Una montaña de efímera fantasía, llena de recuerdos y acogedora.

—¿Qué tal se encuentra mi asesina de orquídeas?

Bajé la vista y rasgué mi pena en una guitarra.

—No tengo mano para las plantas...

Me tendió el termómetro. Me senté en el mismo sofá en el que lo había hecho la primera vez. Me encontraba mejor. Me revolví dentro de la camisa, sin ropa interior, más lúcida que antes... Arnaud, adivinando mi pudor, me entregó un jersey grueso de lana.

—Ten... Tu recompensa por haberte portado bien. Te ha bajado la fiebre —dijo devolviendo el termómetro al estuche de plástico y apartando sus ojos grises de mi arrugada camisa.

Un soplo de viento en la nuca debió de avivar mi fiebre, porque de pronto me encontré otra vez en una posición inestable. «Tu recompensa por haberte portado bien»... El perfil de sus labios al hablar era una tentación que me costaba resistir.

—Cecilia Abril... Abril es el mes más feliz del mundo. Abarca la ilusión previa a los meses de verano, la sensación de que toda la ciudad huele a bosque. En verano, todo eso muere...

Se nos escapó un suspiro sincronizado.

—¿Qué recuerdas de tu infancia? —me preguntó con un centelleo arriesgado en sus ojos.

—Lo recuerdo todo —contesté forzando una sonrisa. Me apresuré a cambiar de tema—. ¿Volverás a ejercer de jardinero para mí?

—Siempre y cuando respondas a mi pregunta, Cecilia —contestó dominante.

Fruncí el ceño. Me aparté el pelo de los ojos. ¿Por qué me hacía eso? No entendí su insistencia, pero creí que sería capaz de evocar los árboles por los que trepaba y recuperar el olor a coco y helados derretidos sin salir mal parada. Me dispuse a coger mi vieja maleta cubierta de moho. Lo hice sólo por la atracción que sentía por aquel hombre tan hermoso...

—Pues... Verás... Yo... Yo era una de esas crías que ponía los huevos de la nevera encima del radiador, para que nacieran polluelos... o un vasito con sucedáneo de caviar, para que crecieran los peces. En cierta manera, se puede decir que mi infancia fue como la de cualquier otro niño, despreocupada, tradicional... Me crié en un hogar muy acogedor...

Hice una pausa que sobrevoló el salón. Entendí al mirarlo que aquella explicación no era, ni de largo, suficiente.

—... Acabo de recordar mi instinto de protección con las mariposas —continué entre sonrisas—. Cuando subíamos a la piscina de aquel balneario entre verdes montañas al que íbamos de vez en cuando, me afanaba en coger con mis manos todas esas mariposas que flotaban en la superficie del lago. Me resistía a creer que se les hubiera escapado la vida en un intento por beber agua. Las calentaba con mi aliento y te juro que al rato despleaban sus alas, rasgando en dos el paisaje... se esforzaban en volar a mi alrededor, como susurrando palabras ininteligibles...

—¿De veras?

Arnaud me observaba muy atento. Yo recogí mis piernas con los brazos y meforcé, ansiosa, en evocar esa otra dimensión que era el pasado.

—Valía la pena dejar de jugar por un rato... —le expliqué moviendo mis manos, que se habían vuelto minúsculas y dúctiles, como cuando revoloteaban entre las carillas de sumas y restas del colegio—. Con el tiempo, me he dado cuenta de que hay algo de ellas que me asusta, y es que de jóvenes pasan a adultas, y de adultas a la vejez... pero no tienen niñez.

El olor a incienso me llegó en una agradable ráfaga. Pude notar el rítmico pulso de sangre en su robusto cuello y su atención fija en mí, tratando de capturar cada palabra que salía de mi boca... Supongo que era deformación profesional.

—En esos pasillos con lámparas antiguas de casa de mis abuelas me agarraba a mis primas de la cintura y bailábamos la cucaracha entre cosquillas de las que matan... Otras veces, hacíamos carreras de caracoles sobre la mesa de vetas de uno de los cuartos de esa casa, el de la tele en blanco y negro... Ahora ya no existe esa tele del NODO.

Fijé la vista en los tejados de fuera.

—Hay un recuerdo que ha resistido el paso de los años... —le confesé—... mi bisabuela llenaba en invierno la sartén de palomitas de maíz, bañada en aceite y sal, la tapaba, pero cuando comenzaban a estallar, un inminente olor a películas y horas debajo de una manta en el sofá emergía sin avisar; ella quitaba la tapa de la sartén y me dejaba que las cogiera al vuelo, de esta manera la cocina se llenaba de esos sorprendentes copos de nieve comestibles... algunos acababan en mi estómago y otros pisoteados en el suelo —dije abandonándome al calor del sillón—. Las palomitas me han abierto el apetito, ¿no tienes hambre?

—No te escudes en la comida para no continuar. Además, he cocinado mientras dormías.

—Vaya, ¿no tengo escapatoria?

Mi misterioso editor rió.

—Me temo que no. Continúa... Tu reino por unas orquídeas.

Rebobiné en mi memoria, me ahuequé la falda escocesa con imperdible de la escuela y recordé cómo, jugando a churro va, había

acabado con mis dientes en el suelo del colegio...

—Uno de esos domingos familiares, en casa de mis abuelas, vi tambalearse el carro de la compra... Yo por aquel entonces creía en la magia, pero aquello no lo era... Fui corriendo a mi madre y le dije al oído que algo se movía dentro del carrito. Se rió sin darle importancia. «Un conejo, Cecilia, un conejo. No debes preocuparte, no te hará nada». Recuerdo el pánico al escucharla despejar mis dudas con la naturalidad de quien no siente o no percibe el dolor ajeno. Le dije que me iba al baño, pero regresé a la cocina. Me escondí detrás de la puerta y me quedé largo rato atisbando el carro de cuadros revolverse. Imaginé al conejito maniatado, dentro de aquella oscura y profunda chistera mortal. No tuve valor de levantar la solapa y mirar. No me atreví a sacarlo. No fui capaz de salvarle la vida... ¿Qué más quieres que te cuente?

Escuchó atónito y conmovido cómo reconstruía el episodio, como si acabase de ocurrir.

—Por lo que veo, te encantan los animales...

—Sí, menos los que reptan... —Sonreí con amargura—. No me gustan los animales que improvisan y que no puedo controlar... En una caja de zapatos con agujeros, a modo de respiradero, albergaba un orfanato de suaves gusanos de seda... Mi padre se iba al atardecer al cementerio y me traía hojas de una morera que crecía al lado de la capilla para que tuviera qué darles de comer. Los veía crecer dentro del nicho de cartón con agujeros que guardaba en la galería de mi piso, hasta que tejían un capullo en una esquina, que podía ser de cualquier color, y se convertían en terroríficas mariposas... En ese momento, las dejaba en libertad...

—¿Dónde pasabas las vacaciones?

El silencio cobró vida.

—En ningún lugar en especial... Íbamos a la playa... A casa de mi abuela Raimunda, en Cataluña...

—¿Cómo eran esos veranos?

Decidí que no corría ningún riesgo si contaba sólo lo que deseaba recordar.

—La playa estaba siempre abarrotada de gente, ya sabes, una de esas costas familiares en las que tienes todo cerca: las duchas, los helados, la papelería con las sopas de letras o a aquel comisario

que veraneaba en el mismo lugar que nosotros y que era raro el día que noapestaba a puro... Sus bigotes eran amarillos y yo me iba corriendo a bañarme para evitar que me saludara con besos y gérmenes. Cada mediodía regresaba a la toalla, debajo de la sombrilla roja, completamente arrugada por haber estado observando durante toda la mañana desde el agua a aquel arrecife de blandas esculturas moviéndose sobre la arena.

Arnaud me escuchaba tumbado seductoramente en el sillón, apoyando su cabeza en los nudillos de la mano, con un aire de melancolía en la mirada.

—Mi amigo Pancho, el monaguillo, durante las vacaciones se dedicaba a hacer picias: antes de bajar a la playa, echaba en la pila bautismal un chorrillo de pis que había recogido dentro de uno de los botes de la farmacia de su padre. El día en que acompañé a la iglesia a mi abuela Raimunda y se santiguó con agua bendita y se arrodilló ante el santísimo, no pude dejar de reír en todo el día. Pensé en que Pancho, al fin y al cabo, no andaba muy desencaminado cuando se enfadaba conmigo y me gritaba que tenía el pelo rojo porque era el diablo. Yo entonces le decía que era un canijo, y que seguiría así de pequeño porque con ocho años si no se le habían caído los dientes de leche, no se le caerían ya jamás.

Cogí carrerilla para lo que le iba a decir a continuación.

—Hasta los trece años, crecí despreocupada; mis padres, como los de cualquier otro niño, guardaban la llave de lo que yo era y lo sabían todo de mí, lo cual te da una gran tranquilidad... Pero, a partir de entonces, pasaron cosas que ellos desconocen, que no tienen nada que ver con la idea de hacerse mayor y que no podía confesar... De esa manera, ellos dejaron de comprender ciertos comportamientos y yo sentí que andaba sola, a la deriva... Echo mucho de menos aquellos primeros años, los echo en falta mucho más de lo que hubiera podido imaginar nunca...

Arnaud me miró con una generosidad callada. Mi rostro no debía mostrar ni rastro de vida.

—¿Qué hay de ti? —musité.

—No, yo no tenía ningún amigo que profanara iglesias — contestó tratando de esquivar con una broma mi expresión sombría.

—No, venga, en serio, ya sé que es un trueque entre un jardinero y una inepta en botánica... Pero siento curiosidad por saber qué tipo de cosas hacías de mocosos. Seguro que escribías cómics o algo parecido...

—Yo era todo un niño bueno con las manos juntitas.

—¿Ah, sí?

—Fue luego cuando me convertí en un rebelde...

—¡Quiero saber más!

—Yo más que de la ruta de la seda, era partidario de las ancas de rana... Pero tranquila, que no me las comía... Vengo de una familia de grandes lectores, pero a la que también le gusta estar en contacto con la naturaleza... Mi padre conserva todavía la casa de la montaña. Acostumbraba a llevarme con él en sus excursiones a los lagos cuando una zancada suya eran dos mías. Llevaba una gran mochila y la tienda de campaña a cuestas, siempre ha estado muy fuerte, lo que pasa es que educarme supuso un gran desgaste para él —dijo haciendo una pausa—. Figúrate, hijo único... El hombre ya no conserva la energía de antaño, de hecho, creo que tengo la culpa de que decidiera dedicarse en cuerpo y alma los libros de literatura que tantas alegrías le habían dado. Yo le seguí, como en la montaña...

—Vaya, así que eras un bicho... Sólo por eso deberías tener mi beneplácito, ¿no? —dije comprometiendo el color de mis mejillas.

—No creo que si me hubieras conocido hace años estuvieses tan entregada a la causa... Aunque la gente cambia...

—Hablas como si hubieses matado a alguien —le corté.

—... si acaso de un disgusto, pero ¿eso cuenta?

Me encogí de hombros.

—No, eso no cuenta —contesté—. ¡Venga! —le apremié.

—Solíamos salir muy temprano... Cogíamos un telesilla que nos dejaba a mitad de montaña. Mi padre siempre ha sido muy concienzudo y llevaba consigo todo tipo de artilugios: una navaja multiusos por si tenía que abrir una botella o cortar queso, una linterna y pilas de repuesto, una cantimplora que vaciaba para

volverla a llenar cuando se cruzaban en la travesía las frías cascadas de nieve derretida...

—Es fácil imaginarme todo aquello viéndote así vestido...

—No porque tenga facilidad de palabra...

Sonreí.

—¡No pares!

—No se ofenda, Mademoiselle Abril, se nota que está bajo el efecto de las drogas, parece alterada.

Se removió un poco más en el confortable sillón, engullido entre colinas de cojines, y se aseguró una sonrisa por mi parte.

—Aquellas excursiones eran promesas de plenitud y planes de futuro. Yo quería ser médico, pero años más tarde, perdí mi interés por estudiar el cuerpo humano. Parábamos a dormir junto a los bellos lagos de origen glaciar que estaban atestados de negras sanguijuelas... Apenas me dejaba meter las piernas, aunque no era raro ver a algún solitario intrépido sumergirse como si se tratara de las aguas termales islandesas... Por la noche, mi padre encendía la hoguera, bebía sorbos de vino de una bota de la que me dejaba probar y me obsequiaba con provocativos discursos que con mi madre delante no se habría atrevido a pronunciar. Disfrutaba mucho de todo eso... Aquel silencio impresionaba... Escuchaba hachazos y veía ojos donde probablemente no los había. Pero me sentía seguro a su lado.

Esa sensación me resultaba tan familiar... Se incorporó hacia delante.

—Al alba, saltaba del saco. Al subir la cremallera de la tienda, el valle se había convertido en una alfombra de gotas de rocío, como lágrimas detenidas al vuelo, y el dulce lago, en una gran mancha de gelatina, ondulando como un espejismo. Para desayunar, mi padre sacaba de su mochila dulces bizcochos de leche y harina que se deshacían al mojarlos, y calentaba agua en un hornillo de gas a la que añadía leche condensada. Era magnífico disfrutar de la niebla del valle mezclándose con la del humo del tazón de aluminio que ponía en mis manos para que entrara en calor. Antes de abandonar el valle, me dejaba llenar un bote de cristal con renacuajos. Una vez, las cosas se pusieron difíciles a medida que descendíamos, porque había llovido y las piedras resbalaban: tropecé y los renacuajos

quedaron esparcidos como espermatozoides sobre la tierra. Busqué ciego y enloquecido sin parar de gritar; temía que se hubiesen quedado tetraplégicos en la caída...

—¿Tetraplégicos?

Reí con ganas.

—Me vi obligado a pedirle refuerzos a mi padre para el rescate; me cedió su cantimplora para que no murieran durante la bajada, mientras él no paraba de vigilarme con su cara sonrosada. Los cuidé hasta que empezaron a pegar brincos... Al terminar nuestras vacaciones, hacía con los anfibios como tú con las mariposas... Los dejaba libres, como haré contigo cuando te recuperes...

Mi pulso ascendió vertiginosamente a varios centenares de metros de altura dentro de una frágil cápsula de metal, como la de ese telesilla. Hubiera podido encerrarme en su casa el resto de mi vida, ¡no deseaba volver al otro lado de la escalera!

—Gracias por contarme esto.

Me acarició la cara con el dorso de la mano. Casi muero.

—Todos tenemos miedos... Ahora que recuerdo, a mí no me gustaban los pueblos, me daba miedo que la gente guardara armas en sus casas.

Sonreí, con el pulso alterado.

Antes de ponerse en pie y abandonar el salón, se dirigió a mí.

—Y otra cosa, *ma petite* Cecilia... Las orugas se transforman en mariposas. Lo que está vivo puede cambiar. En ocasiones, hay que confiar en esa posibilidad.

No dije nada. Amarrada al roce de su mano acariciando mis mejillas, no comprendí a qué se refería con ese apunte.

Mi editor dio una palmada al aire y me hizo correr rauda y veloz al baño, para que me lavara las manos. Era la hora de comer. Y cumplí sin rechistar, no tenía fuerzas para forcejeos. Ni siquiera con él.

Tenía ganas de salir a flote para retratarme a mí misma frente al iPad, dejar por escrito todo lo que me estaba sucediendo, describir su casa, su manera de hablarme y de tratarme.

XXI LA NOCHE

Desperté de una larga siesta a oscuras convencida de que estaba en Santa Agnès y de que un dosel abrazaba mi cama. Me llevó unos segundos entender que dormitaba mis debilidades en la Ciudad del Amor, curiosamente la capital con la mayor proporción de solteros de Europa.

Me sobresalté al sentir el movimiento de las sábanas. Humo se revolvía escondido bajo la colcha de Arnaud.

—¡Lo has traído! —exclamé sonriente.

Mi editor apareció junto al marco de la habitación.

—No dejaba de maullar.

—No hacía falta, me iré esta misma tarde, me encuentro mucho mejor, gracias.

Lo atrapé entre mis brazos, estrujé su mullido cuerpo y lo apoyé sobre mi pecho.

—Pensaba que aborrecías los gatos...

—Así sigue siendo...

—Vaya...

—Pero ahí detrás hay una historia... —prosiguió—. Me dieron puntos cuando apenas levantaba cinco palmos del suelo. Una gata trataba de proteger a su pequeño, con tan mala pata que el tal pequeño andaba entre mis brazos...

—Las madres, cómo se las gastan... Yo también los odiaría.

—En cualquier caso, éste parece diferente.

—Sí, lo es.

Se sentó en la cama y me cogió la nariz entre sus dedos, como cuando mi padre la hacía desaparecer por arte de magia.

—¡Éste es *le chat noir* de una bruja!

Lo miré completamente perturbada.

Palpé con miedo y temblorosa la cicatriz que sesgaba su ceja y que le sentaba excesivamente bien. Le habría besado allí mismo.

—¿Es éste tu merecido? —pregunté clavando mis ojos en los suyos grises.

—No... Ésta es relativamente reciente —respondió con reserva y apartando mi mano con frialdad.

Agaché la vista hacia mis dedos. Levanté la mirada. Se levantó de la cama, irritado.

—Perdona, sólo tenía ganas de que alguien me contara su historia, alguna diferente a la mía...

No contestó.

—No hacía falta que me dijeras la verdad, si me hubieses contado que era la zarpa de un oso, me habría parecido bien igualmente —dije tratando de recuperar la calidez y hacerle sonreír a pesar de que el ambiente repentinamente se encontraba a cuarenta grados bajo cero.

Como en un remolino, desapareció de la habitación, dejándome convencida de que mi pregunta lo había importunado.

—¡Arnaud!

Sus pasos se perdieron y la casa se sumió en un desierto de premios y castigos.

—Vuelve, por favor...

Yo no era la más indicada para alternar equilibradamente el cariño y los fríos desprecios. No sabía si por la medicación o por el efecto de sus mimos, pero la realidad es que noté que mi mejoría se interrumpía de golpe.

—Arnaud... —balbuceé.

Me volví hacia Humo, siempre receptivo, que ya había alcanzado prácticamente el tamaño adulto.

—¿Me echabas de menos, tontorrón?

Estaba caliente y su áspera lengua lijaba mis manos haciéndome cosquillas. Lo dejé en el suelo. Me puse de pie y subí la persiana del dormitorio. La tarde caía precipitadamente y las luces se encendían en las calles. Volví a mi cama resignada, cada

movimiento me costaba por la debilidad que había dejado la fiebre. La camisa blanca de mi vecino olía a enfermedad y decidí darme una ducha rápida. En aquella casa no había fotografías de ningún tipo, sólo lienzos antiguos que contrastaban con la moderna decoración. Al alcanzar el baño, vi que una de las puertas, la de una habitación que hasta entonces no había visitado, estaba cerrada. Pensé en llamar y volver a pedirle perdón, pero tampoco tenía claro qué había hecho tan malo.

El agua caliente cayó como latigazos sobre mis hombros, relajándome hasta la extenuación. Noté que mis rodillas se doblaban. Cogí un jabón neutro de la repisa de la bañera y lo repartí por todo mi cuerpo. Maldita cicatriz. Redes de espuma cayeron hasta desaparecer bajo la lluvia de la ducha y el agua aplastó mi pelo. No podía alejar mi pensamiento del sillón de cuero del salón, en el que sus dedos me habían desafiado. Debería volver a casa. Debería despedirme y darle las gracias. Pero irme.

Me sequé el cuerpo, pero no el pelo, y me cubrí con la toalla.

Me puse de puntillas y cogí un frasco color café que intuía era su perfume. Aparté la tapa negra y me aproximé. El incienso ascendió por mi nariz y me acercó con intensidad al chico que me había llevado sobre su espalda. Sentí que me mareaba y tuve que dejarlo de nuevo donde estaba.

Abrí la puerta y Humo me esperaba fuera. Me siguió hasta el dormitorio y saltó sobre la silla en la que Arnaud había esperado a que me durmiera. Me tomé la libertad de abrir el armario y coger otra camisa blanca. Había un lugar para las corbatas, otro para los trajes, otro para los abrigos, otro para los zapatos... Había espacios pensados para todo, él era bastante más ordenado que yo. Volví a meterme en la cama, tratando de decidir si me iba o me quedaba. Observé el día desaparecer tras la ventana en una explosión de colores, a la vez que las farolas empezaban a encenderse y hacían guiños sobre los charcos.

De repente apareció en el dormitorio. Me incorporé bruscamente dentro de las sábanas de mi cama. En un movimiento, me destapó las piernas. Sentí el frío de una máquina de aire acondicionado sobre mis muslos y un suspiro suyo me heló la nuca.

Lo miré alarmada.

—No hace falta que me eches, ya me voy —dije con la voz destemplada.

—No quiero que te vayas.

Sonó auténtico.

—Entonces, ¿qué te pasa conmigo? ¿Por qué has dejado de hablarme antes?

Quise ponerme en pie. Pero me agarró el pelo y lo enroscó en su muñeca con determinación. Me sentí indefensa.

—He dicho que no quiero que te vayas —insistió malhumorado.

Mi respiración se paralizó.

Clavó sus pupilas en mis ojos, sosteniendo mi cabellera bajo la tiranía de su puño.

Me puse nerviosa.

Abatió su mirada hasta mis labios.

—No quiero que te vayas... —dijo en un tono más amable—.

Me gusta estar contigo.

Arqueó las cejas.

—Ven...

Comencé a sudar y me sentí incómoda al notar que el pelo mojado insinuaba mi pecho bajo la camisa. Recorrí rápidamente el cuarto con la mirada, en un intento de desaparecer, pero al fin y al cabo no era una bruja y ningún hechizo me sacaría de allí, a menos que echara a correr. Y ni siquiera sabía dónde estaba la llave de mi puerta...

Tiró de mí hacia él. Me pilló desprevenida.

Tragué saliva.

Me miró violentamente. La fuerza de mis brazos flaqueó. Intenté escurrirme, un poco, azorada.

Sacó su lengua en mitad de la clara oscuridad de su habitación y perfiló con maestría mis labios con su húmeda punta rosada. Sus párpados estaban cerrados; los míos abiertos de par en par.

Una gota brotó del extremo de mi lacrimal. Cerré los ojos para que cayera; se secó de inmediato con el roce de su rubio pelo.

Sin pretenderlo palpé con mi lengua su lengua, durante un segundo. A punto estuve de pedir perdón. Un ejército de hormigas clavaba sus patas por mi espalda y un terremoto hizo temblar los

pilares de mis brazos, que continuaban sosteniéndome a duras penas sobre el colchón. Chupó mi tímida y pasiva lengua. Me vi jugando en la playa. Empezó a besarme como un loco. Estaba a punto de perder el conocimiento. Un precipicio se abría a medio camino entre la razón y los sentimientos.

¿Era éste un beso de despedida y debía marcharme cuanto antes a mi piso? ¿O buscaba algo más de mí?

No estaba preparada para más y no sabía si iba a sobrevivir a su largo y apasionado beso.

¡Besaba tan bien!

Hubo un día en el que corrí rápido como una liebre, atada con un pañuelo a la mano de un compañero de clase, durante un juego en el recreo del colegio. Con Arnaud, esa noche volví a recordar lo que era volar, en un beso tan impecable y complejo que pensé que habíamos pasado toda una vida preparándonos para ello. Me traía sin cuidado si me ahogaba allí mismo. Era preferible que fuera así y no en uno de mis terribles sueños.

Alargó sus brazos y me puso sobre él. Subí a un podio de expectativas. Guiada por un impulso, le quité el jersey. Nos detuvimos. Sus labios estaban inflamados y ardían como si le hubiese pasado la fiebre. Debajo llevaba una camiseta blanca de manga corta de algodón. Me agarró firmemente con sus manos la cabeza y volvió a besarme, parecía como si no quisiera perder ni un minuto de su vida en otra cosa que no fuera yo. Me estremecí gobernada por una sensación nunca antes experimentada.

Y sólo me estaba besando.

¿Habéis sentido alguna vez que habéis nacido para que algún día se produzca ese momento?

¿Que no podéis ser más felices que en ese instante?

Yo experimenté aquella noche todo eso y más. Y digo «más», porque sabía que no lo conocía apenas y que había en él algo extraño, que me provocaba tanto ilusión como rechazo, y que me sumía en una espiral de dolor y placeres ilimitados.

Para mí, lo que estaba sucediendo bien podría haberse tratado de una deliciosa y aterradora ensoñación. Cuando revolvía mi pelo, me acariciaba el vello de sus brazos. Noté cómo su sexo crecía y empujaba y no pude reprimir removerme sobre sus caderas, como si no acabase de encontrar la postura. De repente, inmovilizó mis manos con las suyas, por detrás de mi espalda, a la altura del coxis y, enajenado, empezó a lamerme rostro y boca. No podía dejar que continuara bajando, pero era lo que más deseaba. Elevó mi barbilla y acarició con su lengua mi cuello. Nunca había experimentado un éxtasis semejante, me daban ganas de adorarlo.

Mis nervios estaban a punto de estallar.

Cuando llegó a mis pezones y los escaldó con su aliento, sin tocarlos, quise hundirlo entre mis senos porque no creí que fuera a aguantar mucho más. Me sorprendí a mí misma rompiendo el silencio con una súplica. No me hizo caso y siguió prolongando mi agonía. Angustiosamente despacio. Observé desde arriba su cabeza acercarse y morder con suavidad la areola de uno de mis pechos. Una sensación indescriptible me alcanzó. Tanto que me puse a tiritar y a llorar de nervios, pero él siguió. Me pareció lo más indecente que había vivido jamás, y eso que había jugado con Valeria... Cada movimiento era de una intensidad casi inaguantable. Cuando empezó a desabrocharme la camisa, quise detenerle, pero con una sola mirada él ahuyentó mis temores; sabía que si se lo impedía viviría atormentada toda la vida. Esta vez iba a ser muy consciente de lo que estaba pasando, a lo que me estaba exponiendo: no estaba poseída por fiebres o resguardada tras los vidrios de las ventanas. Mi pulso se aceleró y me delató. Él me sonrió.

—¿Qué opciones tengo? —protesté en voz baja y entrecortada. Reflexionó un instante.

—Ninguna, Cecilia, ninguna. Voy a hacerlo igual.

En mi rostro se dibujó una torcida sonrisa de miedo. Arnaud me cerró el paso con sus besos, me miró después y se lanzó a mis

botones, para hurgar debajo de ellos. Lo hizo con delicadeza, sin apartar su vista de mis ojos llorosos.

—Sabes más de mí de lo que piensas.

Lo observé con una mirada ausente y acalorada. Noté que le invadía una ternura que me dejó perpleja. Me desabrochó un botón. Luego otro. Refrené el impulso de reírme de puro nerviosismo.

Paró. Me agarró la barbilla con sus dedos.

—No te haré daño. Te lo prometo...

Asentí con la cabeza.

Volvió a la camisa. Desabrochó el tercer botón. El escote era mayúsculo, pero no lo suficiente. Apartó el cuarto, el quinto y todos los demás.

Tragué saliva.

Separó la camisa hacia los lados. Cerré los ojos. Me sentí avergonzada. Percibí un movimiento y cuando aplastó su cuerpo contra el mío, me di cuenta de que se acababa de quitar la camiseta. Su torso estaba muy caliente, no lo soportaba. Me abracé a él bruscamente y le besé con pasión y obediencia. Que me hiciera lo que quisiera. Le pertenecía hasta el infinito.

Me apartó, muy poco.

—Confío en que podamos seguir siendo amigos...

—Lo dudo...

Nos besamos durante minutos y minutos. Al cabo de un rato, me tumbó en la cama, boca arriba, con la camisa desabotonada. Mis bragas era lo único que salvaguardaba mi integridad física. Se quitó los pantalones. Se quedó en calzoncillos. El resplandor de la luna me obsequió con la visión de aquel ser irreplicable. Efectivamente, estaba fuera de mí y terriblemente alterada y frágil. Se tendió encima de mí, con cuidado. Me asusté, pero no hice ni un gesto para impedir sus turbadoras caricias.

Las reglas eran sencillas, pero yo era incapaz de tocarle con la misma libertad que él se tomaba conmigo. Por otra parte, yo no tenía experiencia en acariciar a un hombre.

—No me gustaría infundirte falsas esperanzas...

—¿A qué te refieres? —le dije con el rostro enrojecido y jadeando.

—No te creas que te vas a librar.

¡Cómo iba a hacer aquello! Estaba con la regla, era asqueroso. Y si no lo era, a mí me lo parecía.

Me quedé mirándole, petrificada, mientras él continuaba acariciando mi piel.

—Aunque si quieres, paro... —dijo con una media sonrisa cuando deslizaba su boca por mi abdomen en dirección a mi pubis.

—Arnaud...

—Si quieres que pare, no tienes más que decírmelo...

—Para —le pedí.

Empujé sus hombros hacia abajo para que dejara de chupar mi vulva por encima de la braga. No tenía fuerzas o no quería tenerlas.

—¿Qué? —preguntó en un susurro malicioso.

—Para, te lo pido...

—No te entiendo...

—¡Arnaud! —exclamé lloriqueando de placer—. Deja que me marche...

No respondió. Permaneció inalterable.

Subió hasta mi boca, me mordió el labio. Me recuerdo sudando muchísimo.

—¿Quieres irte? —me preguntó mirándome fijamente con sus ojos grises mientras apoyaba su rodilla en mi entrepierna.

Por primera vez en años no quería salir corriendo, pero lo empujé, desesperada.

Bajé de la cama tan rápido como pude y me encerré en el baño que recibió mi cuerpo empapado de olores y esfuerzos. Esfuerzos por dejarme llevar, esfuerzos por desear sentir de una jodida vez lo que era hacerlo con alguien que eliges, esfuerzos para no huir. Pero no quería sangrar cuando eso se produjera; anhelaba algo limpio, no quería mancillarlo todo con dolor y amargura. No más de lo mismo.

Le había dejado solo en la habitación, era imperdonable. Yo también era responsable de todo lo que había ocurrido. Y para colmo, seguía excitada.

Me apresuré a lavarme la cara con agua fría para eliminar los vestigios de sus caricias.

Respiré profundamente su incienso en mi piel.

De pronto, un olor familiar penetró bajo la rendija de la puerta. Me abroché la camisa. La curiosidad me hizo retirar el cerrojo, abrir la puerta y dar un pequeño paso.

La cocina estaba iluminada.

Me acerqué descalza hasta ella. Arnaud vestía su camiseta gastada y sus manos sostenían una cuchara de madera. Decenas de palomitas de maíz eclosionaban por los aires. Lo miré emocionada. Me sonrió sin reproches. ¿Qué había estado haciendo en el baño tanto rato? Me declaró la guerra para ver quién cogía más. Aunque había estado llorando, porque moqueaba ligeramente, acabé dejándome llevar por las risas. Si alguien nos hubiese visto en ese momento, no hubiera dudado de lo feliz que era. Y estaría en lo cierto. Capturé muchas más palomitas que él, había tenido un buen entrenamiento. Humo permanecía inmóvil en la puerta, casi asustado.

—¿No quieres preguntarme por qué me he marchado?

—No —contestó—. Antes te he dicho que me conocías mejor de lo que creías.

Me encogí de hombros y asentí con la cabeza.

—Pues bien, yo a ti también. Podría hacer un informe sobre ti, sin temor a equivocarme. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Acto seguido me puse en guardia.

Lo miré muy seria.

—Inspector, ¿desea que le acerque un bloc de notas para apuntar?

Solté una sonora carcajada con tanta intensidad que hasta él mismo se asombró.

Introdujo una de sus palomitas en mi boca.

—*Très bien... Cécile... Très bien.*

Cambió de postura y me sirvió un poco de agua de una botella.

—Mademoiselle, saque la lengua... Tranquilícese porque me voy a comportar —dijo ofreciéndome una de esas pastillas para los procesos catarrales.

Me ruboricé, cohibida.

—Estoy intentando averiguar por qué no me echas la bronca, no estoy cumpliendo con mis obligaciones como escritora.

—Desde luego, no creas que te voy a dar una especie de año sabático...

Sonreí.

—Anda, ve a refrescarte —me dijo con voz relajada.

Debía de tener un aspecto indecoroso. Me abrasaban las mejillas.

Vi que se encendía la pantalla del móvil, y antes de volver a la ducha, llamé a mi madre para decirle que estaba mejor.

Cuando el reloj marcó la una, Arnaud se despidió de mí con un beso en la mejilla y desapareció hacia aquella habitación misteriosa. Yo me acosté en sus sábanas, en un bálsamo de arrugas que lo evocaban. Inspiré fuerte, echándole mucho de menos. Pero mucho, mucho.

XXII EL AMANECER

Las horas pasaron tranquilas. Hasta bien entrada la madrugada, en la que aquella niña pelirroja volvió a desvelarme desde el acantilado. Maldije el hecho de que mis pastillas se hubiesen quedado en mi casa. Respiré dentro de las sábanas, pero no dejaba de hiperventilar. No podía serenarme. Necesitaba salir de la habitación. Me puse a temblar de frío. Fui al salón y busqué sobre las superficies mis llaves con la linterna del móvil.

Me sobresalté cuando la luz del pasillo se encendió.

—Me has asustado.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, vete a dormir, ¡por favor!, no quiero que me veas así...

Se retiró el pelo de la cara.

—Necesito volver a mi casa, tengo que coger algo —insistí.

—No tienes que coger nada, pequeña...

—¡Y tú qué te sabes! ¡Tú no sabes nada!

Se acercó. Me quiso abrazar, pero le golpeé para que me soltara. Volvió a intentarlo con mucha más fuerza. No podía soltarme, mis brazos yacían a ambos lados de mi cuerpo.

—Lo sé todo. *Absolument*.

—No quiero pelear en mitad de la noche. Márchate.

—Deja de llorar, *ma petite Cécile*...

Hundí mi rostro en su pecho, desconsoladamente, y cuando ya no había manera de resistirse, dejé que me cogiera en brazos y que me sentara con él en el sillón grande, enroscada. Suavemente, retiró los mechones de pelo sudados de mi frente, con adoración. Mi garganta se había quedado como una esponja de mar seca.

¿A dónde había ido a parar la alegría?

—Conmigo estás a salvo.

¿Por qué no terminaba de creerle?

En aquel enorme salón, en el que, como en mi ático, se podían observar los atardeceres más bellos, disolví una media hora de mi vida. Arnaud no cesaba de reconocermme con las yemas suaves de sus dedos, para tranquilizarme. El techo, las paredes y el suelo se movían, como si viajara en un trasatlántico, o en una casa flotante.

Mi desconfianza hacia los hombres me hacía sospechar del tipo que me arrullaba; no sabía si era el capitán o un guapo polizón, pero causaba en mí el mismo efecto que una poderosa droga.

Me encogí. No quería perderlo, a pesar de todo.

Pese a mi estado de enajenación, no pude dejar de fijarme en la tela decorativa que cubría lo que parecía un piano. Sentí que se mecía entre las olas, empujado por un dulce viento. Con cuidado, Arnaud se puso en pie y me dejó de nuevo en postura fetal en el sillón.

Se dirigió hacia donde yo miraba, apartó la tela. Daba la impresión de que hacía tiempo que nadie lo hacía sonar.

Se sentó. Lo noté nervioso. Eso era una novedad. Abrió la tapa de abeto. Colocó sus largos dedos sobre las teclas de ébano y marfil; el tablero de mandos de un barco. Puso cara de mala gana. Pisó uno de los tres pedales del suelo.

—Hace años que no lo toco —dijo perdiéndose en el frío paso de una década, por lo menos.

Hizo sonar un acorde, que zarpó por la escalera del edificio. Era muy tarde. El eco de aquella nota se desvaneció, a la deriva.

La melancolía de su perfil dorado sobrevoló el salón.

¿Qué había en ese piano que le traía tantos recuerdos? ¿En qué momento dejó de tocarlo y por qué?

Lo observé tímidamente.

—Tengo tantas cosas que confesarte...

Retiré mi vista de su rostro desmadejado, para no distraerle, porque al decir eso pensé que debía dejarle que se reconciliara con ese instrumento, sin el molesto asedio de mis pupilas negras escrutándolo.

La música lo desnudó y se lo llevó del presente en décimas de segundo. Una melodía de amores imposibles me acorraló en el sillón, todo muy deprimente y bello; y un calvario de emociones llenó mis mejillas de lágrimas al escucharle. Lo vi claro. Estaba locamente enamorada de ese concertista de ojos grises, que había elegido precisamente esa triste canción para volver a darle cuerda a su juguete.

El polvo, los baúles y las telarañas reinaban en cada nota. Aquella canción guardaba una historia dentro y convertía el salón en aire. Se desató la ira de la hadas de antes de mi pubertad; esas hadas que solían confundirse con las mariposas, de tamaño ínfimo. Quizá por eso me desviviera de niña, cuando era una diminuta criatura que apenas alcanzaba el pomo de la puerta, por recuperar las mariposas muertas.

Qué caprichoso es el azar. Y lo digo ahora, con el paso de los años.

No me atrevía a respirar por respeto a él. ¿Era pecado que me excitara verlo llorar, tocar y encogerse sobre aquel piano? En lo más profundo de mí, sentía un amor estancado, que vibraba nítido, como aquel piano negro. Me perdí en los recuerdos de cosas que no sabía si habían sucedido de verdad y que a veces estaban cerca de mi cama.

Esa melodía era extraordinariamente despiadada. Me aclaré la garganta. Aquel chico que caminaba bajo la lluvia me fascinaba. Busqué su respiración subrayada por el piano; ese piano que me agotaba con su intensidad.

Acabamos en el dormitorio, tumbados en la cama, con las rodillas flexionadas. El cogiéndome por detrás y tan cerca que podía oler mi pelo, ya seco. Se tensaron los músculos de mi cuello y mi vientre.

—Que sepas que no es así como tenía previsto que fuera esta noche —me susurró, con voz trémula.

Noté mis piernas agarrotadas. Aquel tipo era capaz de desarmarme en segundos.

Pensé en lo mucho que había cambiado todo y que aquella era una extraña forma de vivir, pensando todo el día en él.

—¿Sabías que todos tenemos una mariposa dentro? —me susurró cuando pensaba que ya no iba a decir nada.

Me agarró el cuello con sus manos y dibujó una mariposa en mi garganta, después de regalarme un fugaz beso.

—Justo aquí...

Recordé «La balada del último trovador», de Reginald Scott, de mis cuentos de infancia, en la que un hechizo podía hacer que una dama pareciera un caballero, la cáscara de nuez una lancha dorada, un chelín un inmenso palacio, la juventud vejez y la vejez juventud. Todo era un engaño y nada era verdad.

¿Quién podía adivinar si esa copa de plata con deliciosa hidromiel no era una bellota llena de agua salobre; si esas mesas del banquete real que crujen bajo el peso de exóticas golosinas no eran únicamente tristes fuentes de desvaídas hojas otoñales, de succulentas setas venenosas?

Me encogí y palpé mi cuello. Arnaud era un ser fantástico y supliqué no estar cometiendo un error en mi intuición sobre él. Dormía. Estudié sus delicados brazos en torno a mi cuerpo. Eran tentadores. Su rubio vello irradiaba un débil resplandor en mitad de la penumbra. Parecía uno de esos héroes que se describen en las novelas. Miré sus manos, no se mordía las uñas.

Me remonté años atrás, cuando en el apartamento de la playa de mi abuela Raimunda, despertaba a mi hermana en mitad de la noche y le prometía un mundo mágico si conseguía decir correctamente las palabras que abrían la blanca pared del cuarto.

La retaba maliciosa con un conjuro. «Dilo, pero de prisa, porque si tardas más de cinco minutos, la puerta se cerrará esta noche para siempre».

Jimena decía las palabras con extrema cautela, muy bajo, para no despertar a los demás. Pero siempre cometía un fallo, allí estaba la trampa, y nunca vio aparecer tras la pared a esas hadas doradas que olían a azúcar y vestían telas vaporosas, a esas bellas y

caprichosas mujeres lánguidas volando con sonidos de campanillas sobre las hojas de los árboles soleados y durmiendo sobre las flores de primavera o agarradas a sus tallos verdes, sonriendo con sus dientes blancos como la nieve.

Así que jamás ninguna de las dos quedamos presas del mundo de las hadas; a mí en particular, el destino me tenía preparado un duro y sarcástico puntapié. Y aunque yo nací la noche de San Juan, ocasión favorable para contemplar los seres mágicos, el destino sólo me reservaba flores marchitas, humillación y acantilados.

Me froté el ojo porque me picaba. Al hacerlo, Arnaud me abrazó con más fuerza. Me hice gelatina. ¿Me habría topado de repente con el famoso trébol de cuatro hojas, ese que, por más que buscaba en los penachos de hierbas, no aparecía?

Gracias a mi novela había mejorado notablemente mi capacidad de manipular a las personas, pero todavía seguía sin saber dar la vuelta a mis actos y a los de los demás, para pasar de ser víctima a verdugo. Tendría que continuar entrenándome. Me concentré en el hermoso cuerpo que me aprisionaba y que removía tantas cosas olvidadas. Habría permanecido trescientos años en esa posición, sin tocar el suelo.

Soñé que remaba despacio en una barca sobre una superficie lisa, la del lago de montaña que me había descrito mi editor. La luna iluminaba la noche y mi silueta llevaba alas. Volcó la barca, quedé suspendida en el lago. Cuando estaba a punto de morir, un joven me recogió entre sus manos y me salvó. Cuando abrí los ojos, lo que vi no me gustó. Comencé a gritar, pero mis alas mojadas no me permitían abandonar el horrible valle, por más que intentara secarme con su asqueroso aliento. Miles de duendes traviosos se arremolinaron alrededor con muecas y risas de caballo.

Y así fue como desperté del sueño, en un silencio agitado que ni siquiera lo despertó. Me perdí en su cuerpo, inmensamente feliz, por haber escapado de ese sueño plagado de peligros y de aquel espíritu maléfico que merecía estar pudriéndose entre gusanos, en un cementerio como el de Père Lachaise. El destino también había sido devastador para él. Respire serena.

Me acurruqué como un cachorro y volví a dormirme, fundiéndome como una puesta de sol y disfrutando de su compañía

segundos antes de cerrar los párpados.

XXIII IMPASSE

A media mañana, insistí en volver a mi ático y Arnaud no pudo hacer otra cosa que reconocer que estaba ya prácticamente recuperada y que no había problema en que regresase con Humo a mi casa. Me dio mis llaves, que sacó de esa habitación en la que se había encerrado en otras ocasiones y me dejó marcharme. No tenía idea de cómo iban a ser las cosas a partir de ese momento. Me aseguré de que él se llevara todo el mérito de mi pronta recuperación, le besé en la mejilla y entré en mi vivienda, con Humo maullando y con ganas de retornar pronto a sus brazos.

Aurora abrió la puerta al escuchar mis tacones clavarse en la escalera. En cuanto llamé, se inició el concierto de pasadores y cerrojos que blindaban la entrada a la vivienda.

—¿Y bien? ¿Algo que declarar antes de que me marche a comer?

Me cogió desprevenida. El desparpajo de aquella mujer me dejaba sin palabras.

—Claro, es domingo, qué boba... Se me había olvidado... ¡Dales un abrazo a las chicas de mi parte!

Arrugó su cara. Y se acercó con aire confidencial. Carraspeó.

—¿Cómo explicas que no haya huevos en mi puerta?

Me guiñó un ojo y esbozó una risita sibilina antes de que contestara; sentí la presión de tener que explicarme.

—Muy perspicaz, Aurora... —dije sonriendo—. Creo que vas a tener que invitarme a cenar.

—Me parece lo mejor... ¿Te gustan los caracoles?

—No los he probado nunca.

—Razón de más. Lo solucionaremos esta noche. Te espero a las diez.

Sonrió de refilón, ladina, y cerró la puerta en mis narices para terminar de arreglarse. Me quedé al borde del pasmo y no pude hacer otra cosa que reírme y continuar bajando las escaleras.

Arnaud tenía previsto pasar el día con sus padres, así que no me pareció un mal plan.

El domingo me brindó un día extraordinario. Al meter las manos en mi abrigo, descubrí dentro del forro las entradas de teatro. Todavía no las había metido en la caja, tal y como insinuó Arnaud, pero las cosas habían cambiado entre nosotros y dentro de poco quizá pudiese introducirlas en la caja malva.

La hojarasca bailaba en las aceras y la brisa era dócil. Un día perfecto. Una algarabía de murmullos, provenientes de la Rue Mouffetard, acabaron por animarme. Al principio de la calle, una pareja mayor bailaba tangos junto a un puesto de frutas y la gente se paraba a observarlos. Deslicé mi talle frágil hasta ese lugar, y me quedé un rato a observarlos como un centinela. Enfrente, el establecimiento La salle à manger acogía en sus sillas un grupo de amigas que intercambiaban confidencias en torno a un chocolate, un viejo con rostro beatífico y sonrisa aceitosa pegaba una cabezadita y una mujer almidonada leía la prensa.

Me senté a comer allí, a ver la mañana discurrir. Cogí la carta y me lancé a saborear un *verre de jus de pomme et un assiette gourmande composée de saumon fumé et foie gras de canard entier sur toast, brie de Meaux, Morbier, salade mêlée, crudités et oeufs brouillés*.

Me aseguré de no dejar nada en el plato, había recuperado el apetito. Repasé los periódicos españoles en el móvil y abandoné la terraza, para hacer algunas compras antes de volver a casa.

Introduje aquella fecha en el iPad, dos veces, y pasé toda la tarde derramándome sobre las teclas, que si hubiesen tenido voz se habrían quejado de escribir todo el rato sobre él. Algunas veces había rozado la ilusión de escribir con una flamante pluma Montblanc y acariciar las letras del papel, pero lo habría llenado de

tachones y tener que limitarme a una sola copia de la novela me daba pavor. De esta manera, podía hacer copias de seguridad.

Incendiada, escribí su nombre cientos de veces con mis dedos, y repasé lo que habían sido mis últimas cuarenta y ocho horas; para ser sincera, lo que recordaba, con la percepción de la fiebre y el subconsciente. Me tomé mi tiempo y, como una tonta, me deshice en sonrisas de trapo a cada párrafo. Cada roce, cada palabra, intenté retenerlo todo en el iPad, aunque dejaba frases en el aire, como si temiese completarlas.

A las nueve y media de la noche, todavía no había escrito ni un cuarto de lo vivido, y sin embargo tuve que parar.

Me aseé y bajé a degustar los *escargots* de Aurora. Me hizo pasar, percibiendo la sombra de felicidad que me perseguía. Me recibió con una sonrisa de oreja a oreja y me condujo al comedor, donde había preparado una preciosa mesa alrededor de la que verter los últimos acontecimientos.

Confíe en ella.

De madrugada, cerré la puerta de mi alcoba, abrí el armario y examiné los lujuriosos sostenes a juego con las bragas, con inusitado interés. Supuse que ése era el tipo de prendas que tanto gustaban a los hombres y que los llevaban a cometer barbaridades. Hasta ahora había utilizado las más recatadas, pero no descartaba estrenar el resto. Había cajas y más cajas. Una locura.

Mi mente estaba invadida por mi editor, me di cuenta de que lo incluía en cada actividad, en cada pensamiento. Era adicta a su aroma a incienso, a su atractiva sonrisa y a aquel delicioso acento que conseguía calmarme en mi desasosiego.

Si esa noche me hubiera convertido en una mariposa monarca, no hubiera tenido que viajar cuatro mil kilómetros desde Canadá o Estados Unidos para aparearme en los bosques mexicanos: un estrecho desfiladero me separaba de su dormitorio. No tenía sentido pasar las horas de la noche sin él y tardé en dormirme pensando en lo fácil que sería seguir mi ruta y llamar a su puerta, llevando puesta cualquiera de esas alhajas interiores.

Cuando estaba preparando el desayuno, se me cayó el bote de cacao y un microscópico polvo se esparció por la cocina. En el colegio jugábamos a soplar con la boca llena de nubes de chocolate, y mi madre me regañaba porque decía que era fácil ahogarse haciendo el tonto de esa manera. Pinzolas, el más canijo de la clase, escupía como un aerosol aquel polvo inflamable hacia un mechero, manchando todas las baldosas de los baños de chicos.

Limpié el estropicio, con los ojos todavía entrecerrados. Arnaud debía estar ya trabajando y la casa estaba muy callada. Encendí la tele, en el canal de música, y después de desayunar y borrar el cansancio de mi cara con agua fría me arreglé para ponerme a trabajar.

Me senté en el escritorio. Me apetecía encenderme un cigarro, pero recordé a Arnaud hablándome bajo la lluvia de lo poco que nos queríamos los que vivíamos pendientes de una cajetilla de nicotina. Ese impacto era suficiente para dejarlo, al menos una temporada. Miré hacia los cristales de su casa, y al pasar por los míos, me dio una pena tremenda haberme cargado yo solita las orquídeas.

Esa misma tarde regresé al mercado de las Flores. Estaba la misma mujer que la otra vez, y cuando me preguntó por las plantas que me había llevado en mi anterior visita, mentí de la vergüenza que me daba admitir que se habían muerto.

Me acordé de Arnaud plantando las flores. Reproduje sus movimientos, reviviendo el día que había penetrado en mi casa por primera vez. Con mucho cariño. Me gustó el aroma que despedían las flores, me recordaban sólo a Arnaud; ni a ferias, ni a sueños rotos, ni a tormentas de verano.

Cuando me estaba limpiando la tierra de las uñas en el baño, me llegó un mensaje. Cogí mi móvil, guardado en el bolsillo de mi pantalón.

Arnaud, Larmes de Crocodile. 19:29
Muy bonitas, pero me preocupa que hayas despedido al anterior jardinero.

Le di a contestar.

Para: Arnaud, Larmes de Crocodile. 19:30
El anterior no sabía utilizar las herramientas.

Arnaud, Larmes de Crocodile. 19:31
Ya, era más hábil con las manos. Tal vez debas readmitirlo, para que te enseñe cómo enterrar los dedos adecuadamente.

Un escalofrío me heló la espalda.
¡Oh, Señor! ¿Qué se supone que debía contestar?

Para: Arnaud, Larmes de Crocodile. 19:32
He perdido su contacto.

Arnaud, Larmes de Crocodile. 19:32
Lo has perdido porque tú quieres. Te dijo que no quería que te marchases.

Me puse en pie en el bordillo de una azotea.

Para: Arnaud, Larmes de Crocodile. 19:33
¿Y ahora qué puedo hacer?

Los nervios me comieron viva esperando su respuesta.

Arnaud, Larmes de Crocodile. 19:36

Intentaré dar con su paradero. Si lo consigo, a las 9 llamaré a tu puerta. Ni se te ocurra cenar

¿Era otra cita?

Me puse muy nerviosa, quería impresionarle, y no por ser la chica que alcanzaba las cotas más altas de fiebre de todo París en tiempo récord. Miré el reloj: quedaba algo menos de hora y media. Me atraganté con mi propia saliva. De pronto, me dio el hipo.

Me zambullí en la ducha, cuchilla en mano y afilé el dibujo de mi pubis, por si las moscas; aunque daba igual, porque seguía sin estar preparada. Rebusqué entre los vestidos de mi armario. Humo ronroneaba entre mis piernas, percibiendo mi alterado estado de ánimo. Lo acaricié un momento.

Uno de color negro me pareció soberbio para enfrentarme a cualquier situación.

—¿Demasiado escotado? —le pregunté a Humo encantado con tanto ajetreo repentino.

Vacilé.

Finalmente, me decidí por un *minidress* color hueso precioso: con corchetes antiguos por delante y mangas de encaje estrechas. Me calcé alta y de color vino. Pensé en su buena amiga, la que tenía un *showroom*; me puse celosa.

Estaba cardíaca y su acento provocador planeaba por toda la estancia. Bajé las persianas, por si se colaban sus ojos grises en mitad de la agónica tarde, no quería que me viera antes de la hora acordada. Por supuesto.

Saqué del armario un impresionante corsé blanco. De pronto, me sentí como en un musical romántico, exactamente en el de *Siete novias para siete hermanos*, la película que más veces había visto en mi niñez. Cómo describir a esas chicas raptadas en paños menores por aquellos hermanos, rudos leñadores, que se las querían cepillar a toda costa entre baile y baile. A mí me fascinaba la chica morena, Dorcas, la que se quedaba con Benjamin... Era la más voluptuosa y la más descarada. De pequeña quería ser como ella. Ellos dos eran la mejor pareja de todas de largo.

Se me ocurrió que Arnaud, el sábado, parecía uno de los hermanos Pontipee. Sonreí y suspiré al mismo tiempo, transportada a un pasado de cintas VHS, piruletas de cereza y Calipos de cola.

Me introduje en esa delicada prenda y escogí una braguita retro del mismo color, que esperé no se marcara con el vestido. Hechas las comprobaciones pertinentes, resolví que no se notaba nada de nada y me dirigí al espejo del baño.

Me maquillé los ojos con rímel negro y los labios en un tono mercromina que me había regalado Lolo en verano; decía que era perfecto para una pelirroja y un *must* de temporada. Por último, escogí una cazadora motera de cuero para restarle ñoñería al conjunto, y decidí que todavía no iba a devolverle la suya, tirada en el diván, que tan bien me iba a venir en esos momentos de soledad nocturna en los que sentía la forzosa necesidad de percibir su sagrado aroma a incienso.

Bebí agua para aclararme la voz y tres minutos después llamaban a mi puerta. Bajé las escaleras con cuidado de no matarme. Él estaba en la calle esperándome al lado del coche.

Me abrió la puerta del Panamera blanco de nuevo. Me puse contenta al volver a sentarme en los cómodos asientos de cuero. Una vez dentro, me tocó la pierna al arrancar el coche, sin decir nada más, ni saludarme. Me latía tanto esa mariposa del cuello que pensé que iba a marcharse de mi cuerpo, sin despedirse antes.

Hay gente de la que esa mariposa ha huido, dejando una cicatriz difícil de simular, como las de los galgos a los que ahorcan y salvan sus vidas de milagro. Una vez leí que en Asia el cuello era un lugar sagrado y que había una técnica para deshacerse de esa mariposa sin dejar huellas visibles en las personas^[2].

¿Sería capaz yo algún día de deshacerme de mi marca de agua?

Lo miré de reojo. Estaba sorprendentemente guapo. Cientos de colibríes, sumamente rápidos, batieron sus alas hasta setenta veces por segundo manteniéndose en el mismo sitio. Traté de tranquilizarme, pero su presencia podía conmigo hasta límites

insospechados. No me había dado cuenta hasta entonces de lo que relaja la fiebre, te sitúa a medio camino entre lo real y lo fantástico. Estaba demasiado espabilada. Me habrían venido muy bien un par de copas o un porro de marihuana, como los que Valeria se liaba en el jardín de Can Calèndula, después de cenar, y que yo sólo había probado en una ocasión.

—¿Dónde me llevas? —le pregunté curiosa.

Su perfil era perfecto.

—*Tu est sublime, ma chérie..., Vraiment magnifique...* —me dijo sin apartar sus ojos de la carretera.

Me sonrojé hasta el punto de que mi vestido hueso se volvió rosa. Un globo histérico oprimió mi garganta.

—Te llevo a que cojas fuerzas a un sitio al que acudo a menudo.

—¿Las necesito?

—Es posible.

Sonrió sin dejar de mirar la avenida.

XXIV

JUEGO DE PRENDAS

Chez Nathalie, en el número 45 de la Rue Vandrezanne, era un sitio adorable, no como esos restaurantes barrocos o sofisticados a los que acude la gente esnob, sino con mucho encanto, muy pequeñito y custodiado por unos coquetos maceteros. El ambiente era relajado y amable; nos sentaron en una mesa con lindas velas. Pensé que el sitio no podía ser mejor.

—No esperaba que me trajeras a un lugar así.

—¿Así cómo?

—Chiquitín, escondido, íntimo... ¡No sé!

Sonrió y yo sentí que me derretía más que la cera de aquellas velas, entre vasos de colores y una colección de botellas de vino ordenadas al fondo del restaurante.

—*C'est petit, mais c'est excellent.*

Una pareja de unos setenta años degustaba entre risas un segundo plato. Nos quitamos los abrigos. Sentí su mirada recorrer mi cuerpo y me di la vuelta a tiempo para que no viera en mi rostro un amago de sonrisa.

Los ancianos cuchichearon algo en voz baja y ella me miró con dulzura. Me pareció tan tierno el trato que se dispensaban, que les envidié de inmediato. Vestían como si fuera domingo y era un lunes cualquiera. Si bien para mí era un lunes muy especial. Los ojos de Arnaud brillaban callados y yo no me atrevía ni siquiera a hablar.

Una mujer de mirada cálida y andares pausados nos ofreció la carta y se alejó.

—Elige tú.

—¿Yo? —repliqué—. Eres tú quien viene aquí a menudo.

—Por eso, será más divertido, yo estoy viciado, pido casi siempre lo mismo...

—A que lo adivino...

—Prueba.

—Si acierto, ¿qué me das? No es fácil, no eres un hombre predecible...

—Lo que tú quieras.

—¿Lo que yo quiera? Eso abarca muchas cosas...

—Confío en que serás prudente.

Arrugué la nariz.

—No me conoces bien...

Él rió, retándome.

—Pero si no aciertas...

Le escuche, no me había puesto a pensar en el destino del perdedor.

—Seré yo el que te pida algo.

—¡Pero eso no vale! Por probabilidades, vas a salir tú ganando...

—Te ofrezco dos oportunidades, ¿trato hecho?

Me paré a pensar, no demasiado por lo visto.

—Me parece bien.

Estudí la carta. Le observé por si sus gestos me daban alguna pista; pero nada, era impenetrable.

—*Mi-cuit de thon à la réduction d'épices embeurrée de pousses d'épinard...*

—¿Y la segunda opción?

—Te pega el jabalí —dije.

E inmediatamente después, puse morritos para parecer muy francesa al pronunciarlo.

—*Civet de sanglier, topinambours et salsifis.*

—¿Y por qué me pega?

—Por eso de que eras montañero... He supuesto que esa afición a las piedras y los bosques se notaría también en el plato.

Lo miré mirarme.

—¿Pero he acertado?

—Te lo diré al terminar. Si somos lo que comemos, quiero saber qué soy para ti.

Reí a carcajadas.

Me habría perdido en una cabalgata de besos a lo largo de su cuello. Hubieran sido necesarias las aspas de una hélice para sofocar el ardor que me provocaban las horas y los minutos que pasaba con él, en una espiral de delirios. Mi vida, hasta conocerle, me parecía áspera y gris, me había dedicado a coleccionar otoños, pero en aquel momento ni siquiera mis pies tocaban el suelo de Chez Nathalie.

Afuera, un tropel de nubes se alzaba poniendo a la tarde el encanto de aquellas películas donde la bruma destiñe cada esquina. A lo lejos, a través del cristal, se entreveía una hilera de farolas que dejaban el rostro de Arnaud en un constante parpadeo de luces y sombras.

Lo miré embelesada mientras pedía la cena. Primero el vino, luego los platos: atún y jabalí. Sonreí. Se me heló la sonrisa cuando escuché a la encargada preguntarle si no deseaba salmón confitado, como siempre. Tragué saliva. Él negó con la cabeza. Pidió también algunos entrantes para compartir.

Apreté la boca. Mil cañones me apuntaron.

—Así que he perdido y me toca pagar prenda...

Me guiñó un ojo.

No tenía idea de lo que iba a pedirme más adelante. Pero un trato era un trato. Un par de lagartijas acariciaron mi espalda y el resto de la velada hablé con voz desmayada y me mantuve agazapada, intentando adivinar qué iba a ocurrir después.

Me hubiese gustado grabar esa noche y revivirla tantas veces como hubiese querido con el mando de casa, desde el sofá, como una película. Me sorprendía lo culto que era; adoraba leer... Y sus palabras me tocaban hondo, muy hondo, inclinada en aquella oscuridad rota por las velas.

Lo imaginé de niño como Bastian, escondido en algún lugar y saltando en las páginas de su *Historia Interminable*, con un humilde bocado que había que guardar, porque aún quedaba mucha batalla. Y yo me sentía la Emperatriz Infantil, atrapada en su Torre de Marfil, en un pasado lejano.

A ratos su mirada era tan poderosa que me perdía en la calle, con la vista partiendo en un vagón de tren. Movía sus manos con seguridad, al hablarme de un París extraordinario, que merecía la pena incluir en mi novela.

Poco a poco me fui haciendo más visible y atrevida, hasta el punto de confesarle cómo se desarrolló mi viaje de estudiante. El vino corría por nuestras venas. Me escuchaba expectante, con una sonrisa brutalmente atractiva. Le hablé de Chloe y de aquel hotel que había desaparecido.

Mi historia se hizo añicos sobre el mantel poco después, porque me di cuenta de que nada era comparable a lo que estaba sucediendo en ese instante. Coloqué mi pelo tras la oreja.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Porque tienes que amortizar el gasto, supongo.

Rió. Cogió mis manos, que se habían vuelto frías de repente.

—Te he traído porque la primera vez que aterricé en este restaurante fue el día en el que terminé de leer tu novela. Yo daba carpetazo a mis vacaciones en el mismo lugar de siempre; aunque los últimos años me había sido imposible acudir a mi cita con el mar... Cuando entré en la antigua papelería en la que solía comprar, la portada de tu novela se quedó grabada en mis pensamientos, así que no pude hacer otra cosa que comprarla. El tipo que regentaba la tienda dijo que acababa de llegar.

Bebió un sorbo de vino. Yo hice lo mismo, con mucho cuidado para disimular mis emociones.

—Me gustó su dedicatoria. Me gustó lo que vi... Me volvió loco la cara de esa muchacha de ojos dorados, pelirroja, que escribía con tanta delicadeza y sinceridad, que hizo que sintiera que la conocía... mejor que nadie. Y al comenzar a leer *Lo que moja la lluvia*, sentado ante ese mar, solo y extranjero, vi con absoluta nitidez que la persona que escribía ese libro tenía grandes capacidades y que se merecía que le ocurrieran sólo cosas buenas.

—*Touchée...*

—Cecilia.

—¿Qué?

—Me enamoré de ti en el mismo instante que te leí. Si no hubiese dado con tu nombre en la cubierta, jamás habría vuelto a

tocar el piano, ni hubiera vuelto a besar a otra chica, ni hubiese recuperado la sonrisa.

Morí. Acto seguido, huí de los ojos de mi interlocutor bajando la mirada hasta sus manos, que cogían las mías.

—Entonces no soy tan buena profesional como creía... —dije haciendo una pausa—. Sólo me has traído hasta aquí porque te doy pena... —Sostuve su mirada con una lágrima bordeando mi ojo.

—Sé que no lo dices en serio —dijo observándome.

—No, claro que no... —reconocí.

—No quiero que te enfades...

—No digas tonterías, es mucho más de lo que esperaba esta noche.

La pareja de ancianos posó la mirada en nuestra mesa.

—Lo digo por lo que te voy a decir.

Palidecí.

—Las palabras te pueden acercar a alguien..., aunque sea a miles de kilómetros.

La brisa de sus palabras impactó en mi cara.

—Por eso, antes de regresar a París, sentí curiosidad por saber quién se escondía tras esa máscara de melancolía. Me sentí en la obligación de hacer feliz a aquella autora con tantos sueños, pero que daba la impresión de haber vivido muy pocos.

¿Así era como él me veía? Quise dar la sensación de que mis ojos no se alteraban, pero consiguió sin esfuerzo que el plato se humedeciera.

—Estudié con detenimiento la única noticia que encontré sobre ti en Internet. Allí decía que vivías en Ibiza, en Santa Agnès. Cogí el primer avión a la isla con un gato, lo más parecido al de esa chica, Ada, bajo el brazo...

Un corro de libélulas se hacinó mi estómago.

—Alquilé un coche y recorrí Santa Agnès en busca de la casa de Charlotte, esa mujer a la que dedicas tu libro. Hubiese querido hablar con ella, presentarme y haberle preguntado dónde vivías para pedirte allí mismo que escribieras otro libro para mi editorial... Pero me quedé mudo cuando te vi abandonar aquella casa en moto. Llevabas el libro en tu regazo, no tuve ninguna duda de que eras tú.

»Sé que es una locura lo que estoy contando, pero se te veía tan feliz con aquella novela que no quise romper ese momento, y dejé el gato en la puerta, hasta que me aseguré de que lo cogías al mediodía y me marché, después de verte desaparecer tras la puerta blanca.

Lo miré incrédula, con ojos interrogantes. Navegué a través del tiempo hasta ese lluvioso día de verano. Volví a oler todos esos árboles a ambos lados de la carretera...

—No me mires así, Cecilia.

—No, no es eso... Es que no entiendo qué pasa con esta agitación que no me deja ni siquiera hablarte de forma normal cuando estás frente a mí.

—*Je suis desolé* —dijo con un timbre en su voz malintencionado y sexy.

—Pensar que estabas allí y no te vi... —atiné a decir.

Intenté mostrarle una de mis mejores sonrisas, pero me puse triste, como cuando percibes el sonido de puertas que se columpian en la nada de hogares vacíos.

Liberó mis finos dedos temblorosos.

—No habrías sobrevivido a mí —dijo con voz profunda, poniendo en orden sus cabellos y tratando de animarme—. Estabas absolutamente deliciosa, inaccesible, enredada en tu soledad...

Me sonrojé.

—Vaya... —dije tratando de recomponerme—. Voy a comer un poco, la cabeza me da vueltas, demasiado vino...

Buceé en un silencio salado.

Y era cierto, me notaba extraña, afónica. Y aunque estaba enojada conmigo misma por no haberme girado aquel día desde la vespa, también me sentía halagada.

¿Quién o qué había fusilado mi razón?!

Dejé la copa, ya era suficiente.

—¿No me vas a leer la cartilla? —me dijo.

Sonreí.

—Es posible, es posible... Cuando pueda hablar sin esta media sonrisa.

—Come, *ma petite* Cecilia, come. O voy a tener que coger el tenedor y dártelo yo...

—Oh, venga...

—Haz lo que te digo.

—No te creo...

Cogió el tenedor y mi rostro adquirió un intenso color dulce, como el de una gominola de fresa.

Titubeé, pero me obligó a abrir la boca, sosteniendo mi barbilla y separando mis labios con las yemas de su pulgar.

Volví mis ojos a la otra mesa; los ancianos, que ya se iban, nos dedicaron una amplia sonrisa al decir adiós.

—Formamos un buen equipo —dictaminó en un susurro.

—Te lo diré cuando hayas pedido la prenda, no me fío de ti... — dije con los carrillos llenos, muerta de vergüenza y contagiada sin remedio de su buen humor.

Tragué el delicioso bocado.

Transcurrió una hora hasta que salimos del restaurante. Nos dirigimos a su coche. Lo puso en marcha y poco hizo falta para saber que no nos dirigíamos a la Rue Lagarde.

—No es buena idea que me lleves a tomar un trago, te aseguro que te arrepentirás de tener que sacarme en brazos.

En un largo semáforo, sacó un pañuelo negro de la guantera.

—Cierra los ojos.

Puso la tela gruesa sobre mis párpados y me sobrevino la oscuridad en forma de venda. Las luces de neón de los semáforos ya no cambiaban el tamaño de mis pupilas.

—Arnaud, ¿dónde me llevas?

—Quiero un *tête à tête* contigo, lejos de aquí.

No pude ver la expresión de sus ojos, caímos en un abismo de silencio. Y aquello me provocó una sacudida extraña. Me estremecí en mi asiento.

¿Por qué su voz me ahogaba con el nudo del verdugo? ¿Por qué en vez de evitarla, deseaba escucharla infinitas veces?

Oía el ruido frío de la calle, los coches pasar. Salimos a la carretera, porque de pronto el coche alcanzó la velocidad de una bala.

Se movió y me pareció que iba a poner un poco de música. Estaba en lo cierto, los ochenta se materializaron en el coche, a ritmo de rock.

Mi rostro ardía bajo la venda. Volví al día en el que encontré a Humo. Suspiré.

Hubo un momento en el que puso mi mano en la palanca de marchas, entrelazada con la suya. Ese *joystick*, con los ojos cerrados, era una provocación y él lo sabía. Movía mi mano con la palma de la suya en una actitud instigadora.

Mi editor me desarmaba, y yo no tenía idea de a dónde me llevaba, y a decir verdad, poco me importaba, mientras fuera con él.

Sonó mi móvil. Dudé si contestar. Noté su mano sacándolo del bolsillo de mi abrigo. Lo apagó.

—¿Quién era?

—Shhhhh...

Seguíamos una línea recta.

—Cuánto tiempo sin escuchar esta canción...

—Transvision Vamp, «I want your love».

—Me recuerda...

—¿A qué?

—A nada...

Sentí el calor del verano y mi primera borrachera en los muslos. La resaca del pasado se presentó sin haberla invitado yo antes.

Canté muy bajo, como si me lo hubiese prohibido.

I don't want your money honey

I want your love

I don't want your car baby

I want your aahhh!

Envuelta en esa canción excitante y como una pasajera ciega, escuchaba su respiración tranquila, incluso por debajo de la música, a ratos interrumpida por los intermitentes.

—¿Suscribes la canción? —me preguntó antes de que acabara.

Me sonrojé. Menos mal que mi rostro quedaba velado por la oscuridad. Fui yo entonces la que le hice callar.

—Shhhh —chisté, del mismo modo que él a mí, cuando quería que no hablase.

Obedeció.

XXV

A LO LARGO DE LA NOCHE

Aquella mañana de sol desgano, cuando me desperté, no me había imaginado que acabaría el día con un viaje inesperado. Con un chico que con cualquier gesto me conmovía: era imposible que se me atragantara la noche en mi garganta seca.

Después de unos cuarenta y cinco minutos de viaje, llegamos a nuestro destino. Tras varios giros de volante, el dueño de los ojos grises detuvo el coche y apagó la música. Se hizo un silencio sideral. Se quitó el cinturón de seguridad, y de paso el mío. Respiré entrecortadamente, casi efervescente. Qué mal fingía la calma. Esperé a que me autorizara a quitarme el pañuelo, pero en su lugar, decidió explorar a paso corto el hueco de mi asiento. Olí aquel eficaz perfume. Ni un solo movimiento por su parte. Tuvo que pasar un minuto hasta que se hizo notar. Retiró con sus dedos un mechón de mi hombro, con extrema delicadeza, como si cada pelo fuera un hilo de cristal.

De nuevo, la percepción del cuerpo sin peso. Y eso que las pelirrojas necesitamos un veinte por ciento más de anestesia que el resto de la humanidad para dejar de sentirnos.

—Ya hemos llegado, Cecilia.

—¿Puedo quitarme ya la venda?

—Todavía no. He avisado de que quiero dar una sorpresa a alguien. No se extrañarán de ver a una mujer hecha y derecha jugando a la gallinita ciega.

Me hizo salir del coche, cogida a él. Dimos unos cuantos pasos, hasta que me vi acatando las instrucciones para subir una escalera, juraría que de piedra. Penetramos en lo que debía ser un *hall*. Sólo escuché un «*Monsieur, s'il vous plaît*».

Nos introdujimos en un ascensor, aunque lo correcto sería decir que me encajó, por los pasos que había dado, parecía bastante amplio.

—¿Cómo es que ya sabías que iba a perder?

—No lo sabía, Cecilia, éste no es mi deseo. Estaba todo planificado, les he dicho que voy a pedirte matrimonio.

—¿Que les has dicho qué?

—Tranquila, era la única manera de que tuvieran algunos detalles conmigo.

Por un lado, me relajó su respuesta; por otro, me dio muchísima pena que no fuera a ser así. Qué estupidez.

Mis tacones trazaron una línea de eco en segundos, nada más abrirse el ascensor. Arnaud abrió una puerta y me condujo hacia el interior. Me quitó el abrigo. Qué temperatura más agradable... Me quitó el pañuelo.

Un regio salón se abrió ante mis ojos. Las paredes eran de piedra. La decoración imponente y dramática: había objetos antiguos, candelabros y brocados que quitaban el sentido. Un lugar de cuento. Me detuve en cada detalle con la boca abierta. Había una chimenea encendida, el crepitar de la leña embrujaba nuestros oídos, todavía en la entrada. Y a lo lejos, una habitación rectangular, con una cama en la que hubieran tenido cabida cuatro modelos de Botero, repleta de champán y dulces.

Sentí el mundo de un modo distinto.

Era uno de esos sitios difíciles de encontrar por más que te empeñes en teclear en el ordenador «sitios románticos para disfrutar en pareja». Estábamos en un oasis en medio de un desierto: una deliciosa jugarreta del destino.

Me toqué el pelo, impaciente.

¿Podía estar esa noche más guapo?

Las llamas se movían moribundas y perfilaban nuestros cuerpos.

Afuera, la lluvia recorría los cristales con la lentitud de un pincel. Me acerqué a ellos; la noche de octubre no podía ser más bella.

—¿Qué hay detrás de la ventana?

—Esta vez no hay nadie...

Me ruboricé. A mis espaldas, él se encontraba junto al fuego.

—Eso nunca se sabe, Arnaud... —dije tímidamente, ante la evidente seguridad de que se refería a él, contemplándome desde su ático...

Silencio.

—Un bosque. Hectáreas y hectáreas...

—¿Cómo se llama este lugar?

—Y qué más da, no quiero que vuelvas si no es conmigo...

—¿Habías venido alguna vez ya?

—Nunca.

Me giré. Para comprobar que no mentía. No pude sostener su mirada de ojos penetrantes.

—¿Vamos a dormir juntos? —dije saliendo del paso, a la vez que me mordía el labio por haber pensado en alto.

—No.

Eché un vistazo al salón. No había sillones. Sólo una alfombra color crema de bordes irregulares y pelo largo. Me escabullí hacia el dormitorio, pensando que la habitación no sería tan inmoral como el salón. Me equivocaba.

—Pero...

—Cecilia, no creo que nos acostemos temprano —concluyó sin más.

—Ah, ¿no?

—No.

Se acercó a la habitación y me temí lo peor. Pero en su lugar, me dio un paquete envuelto en papel de regalo.

Lo abrí con la ilusión de una quinceañera. Sus ojos me cubrieron de destellos. Cogí con un gesto de sorpresa aquel delicado *body* de encaje color marfil y generoso escote.

—¿Esto es lo que queda de mi vestido de novia?

—No hay que levantar sospechas.

Mi rostro se ensombreció.

—¿Lo ha elegido tu amiga?

—¿Qué amiga?

—La chica del *showroom*.

—¿Me creíste?

Lo miré confundida.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Me miró muy serio, para luego reírse, provocador. Rozó sugerente su barbilla con los dedos de sus manos.

Tomé el regalo entre mis manos, aliviada, tras haberme quitado el incómodo peso de los celos.

—Vaya, no lo sabía —dije en voz baja, avergonzada.

—¿Cómo lo ibas a saber? No conoces muchas cosas de mí, *ma petite Cécile*. Poco a poco...

Me desconcertaba pensar que hasta cuando me hacía rabiar, me excitaba.

Se inclinó y me dio un veloz beso en los labios.

—No quiero interminables tertulias, Cecilia —dijo de pronto autoritario—. Póntelo —me pidió señalándome el baño—. Al salir, cúbrete con el albornoz. Nos vamos.

Preferí no preguntar.

Pasada la medianoche, se respiraba un clima de tensión sexual insostenible entre los dos; mientras París dormía, yo me afanaba en aquel baño, como una emperatriz sin asistenta, en desabrochar el corsé.

Un trasiego incesante de pensamientos me abrumaron al desvestirme. Pensé, como tantas veces en situaciones que me sobrepasaban, en mi recalcitrante manía de mantenerme alejada de los hombres: esa noche iba a superarlo, aunque fuera lo último que hiciese.

Al salir, Arnaud llevaba puesto también un albornoz blanco. Acababa de abrir una botella de champán rosa y bebía de una copa.

—¿No me ofreces?

—No, de momento.

Me tendió su mano y nos dirigimos a la puerta por la que habíamos entrado. Salimos a un largo pasillo, por el que debíamos haber venido, pero en sentido contrario. No había más habitaciones en aquella planta. Llegamos a una pequeña escalera y subimos un

par de alturas, hasta lo que debía ser una torre. Nos topamos con una puerta, tras la cual bien podía estar encerrada Rapunzel. Sacó unas llaves de su albornoz y abrió. Una espectacular piscina circular, asediada por grandes ventanales en los que el agua de lluvia salpicaba sin cesar las vidrieras de peces dorados y serpientes acuáticas, ocupaba lo más alto de la torre. Iluminada por varias velas de agua, la humedad nos esperaba en la oscuridad de aquel lugar que no habría sabido, ni sabré nunca, situar en el mapa.

Nos descalzamos.

Me quedé muda cuando se quitó el albornoz. Agaché mi rostro al verlo quedarse en calzoncillos. Seguía costándome una vida mirarle sin reservas. Lo hice a traición, cuando entró en el agua dándome la espalda, por la escalera de obra. Suspiré borracha de tantas emociones atropelladas en cuestión de horas.

¿Debía hacer lo mismo y quitarme el mío? ¿Ese temblor en mis piernas era real?

Vi su cuerpo azulado hundirse en el agua caliente; mojarse el pelo, sin humedecer su cara. Tragué saliva.

—¿No vas a pedirme que me meta contigo? —le pregunté ansiosa.

No contestó. Sus ojos grises estaban clavados en mí. Y el agua oscilaba por encima y por debajo de su pecho.

Me armé de valor y deslicé por mis hombros la bata hasta los pies. Él siguió sin inmutarse, con la vista clavada en mis ojos y no en mi cuerpo.

Me acerqué a la piscina. Metí un pie. La temperatura era la del propio cuerpo. Bajé la mirada, no podía con la suya. Qué martirio. Descendí peldaño a peldaño, posando los pies con infinita cautela. Me adentré lentamente en el agua, hasta tapizar de gotas el sugerente encaje y hacerlo invisible.

No sabía qué decir. Estaba aterrada por lo que podía ocurrir después.

—Acércate...

Acaté sus órdenes. Quedé sepultada en aquel pozo de sombras y velas. Aspiré profundo. No aguantaba la presión que mi editor ejercía sobre mí. Era tentador tenerlo tan cerca, para mí sola, pero mi cuerpo tiritaba y no quería que lo notara.

A un metro de distancia, apoyado en la pared del fondo, asió mis brazos y me arrimó hacia su cuerpo. Un palmo nos distanciaba. Puso sus manos sobre mi cabeza y me hundió en el agua, haciéndome desaparecer en un erótico bautizo. Me recordó a alguien del pasado. Me sacó iluminada por la luna láctea, con los ojos cerrados, desprevenida. Me ordenó el pelo con sus manos. Un escalofrío. Sus labios empapados de promesas se diluyeron en mi boca; y antes de que me diera tiempo a abrir los ojos, aún encharcados, ya había colado su lengua en mis labios.

Eché la cabeza hacia atrás instintivamente y la fuerza del agua acercó mi abdomen al suyo, y ya no tuve escapatoria, me agarró por la cintura. Aquel chico que me había robado el corazón en Madame Carotte estaba al alcance de mis manos. Observé su expresión cuando se separó de mí para mirarme un segundo.

—¿Cómo te sientes, pelirroja?

Un cosquilleo recorrió la punta de mi nariz, como cuando sentía unas ganas increíbles de llorar, fuera cual fuese el motivo. Mi corazón latía desbocado.

—Como tu piano... Con miedo a que me toquen después de tantos años...

—Quien ama el piano, no puede vivir sin tocarlo. Y he esperado hasta ahora para hacerlo.

¿Se trataba de una metáfora?

—Cecilia...

—¿Qué? —pregunté con voz pálida.

Deslizó lentamente su mano por mi cuello y lo inmovilizó para que no bajara la cabeza ante a lo que iba a proponerme. Cómo me impactaba su tacto mojado.

—Hazme creer todo lo que has escrito.

Su mano evitó que me perdiera en el azul pálido de la noche para cobijarme. Creí romperme.

—Sin cortarle las alas a la imaginación... Despacio... Sin prisas...

Las lágrimas se agolparon en mis ojos.

—¿Quieres marcharte?

Me sentí tentada a asentir.

—¿Quieres volver a casa?

—No —balbuceé con los labios tirantes, asustada.

Sentí el suelo de la piscina temblar bajo mis pies. De repente, en vez de en una torre, me sentí en una cripta. Mejor no pensar. Un terror placentero se deslizó por mis mejillas. Reconocí en mí cierta valentía.

—Puedo imaginarte hace años... Inocente, alegre...

Por primera vez desde que habíamos subido, me miró el escote; por la gravedad del agua, estaba alto y más firme que nunca. Como su sexo, que se clavó en mi pubis, como un revólver. Giré mis ojos en otra dirección.

—Tú me guías —dijo.

Estábamos sumergidos en una luz vaporosa de una noche lluviosa y clara.

—No, por favor, necesito que me ayudes, no he hecho esto antes.

Me sonrió con gravedad, como si pudiera leerme el alma de un vistazo.

Salió del agua, apoyando sus brazos y sentándose en el borde de la piscina. ¿Dónde iba? Su abultado e impúdico calzoncillo era la muestra de lo que me deseaba. Buscó una botella de champán que habían colocado a propósito en una pequeña mesa y cogió dos copas. Moët & Chandon Brut Impérial Rosé, de aromas a frutos rojos maduros, grosellas, frambuesas... Sacó dos cerezas rojas y maduras de un bol y las metió en las copas.

Dejó la bebida en el borde de la piscina y volvió sin salpicar al sitio del que se había ido. Descorchó el champán. El sonido se propagó por la torre como el fuego en contacto con la gasolina. Llenó las copas y me ofreció una.

—Brindemos.

—Esto me resulta más fácil...

Sonrió.

—Por habernos encontrado de nuevo.

Me miró con ojos remotos. Y yo me subí en la moto de Santa Agnès. Me alcé, implorando un segundo, una oportunidad de

recuperar la voz. Chocamos nuestras copas.

Arrastré todo el líquido rosa hasta mi garganta. Le rogué que volviera a llenarme otra, sosteniéndome el estómago entre las manos. Mi corazón latía en el cuello.

—No quiero que te tambalees.

—Vale, pues igual yo ahora sí quiero que lo hagas tú.

Después de beber la segunda copa, me quitó el cristal de las manos, y lo apoyó junto a la fría botella, donde había dejado ya la suya.

Le hubiera soltado una sarta de tonterías para demorar el momento, pero ese hombre se había ganado mi mundo en pocas horas y quería dejar atrás las sonrisas rotas.

Me llevé la mano a los tirantes de la lencería que me había regalado y los dejé resbalar a lo largo de mi hombro izquierdo. Mis redondos pezones quedaron al descubierto; habían adoptado un color azulado y gélido. La mitad superior de mi vestimenta flotaba en el agua. Arnaud alargó una de sus manos y con asombrosa habilidad quitó los corchetes de mi entrepierna. Me hizo estremecer de placer. Dejó la tela enrollada en mis estrechas caderas. Su mirada me robaba el aire. La lluvia se volvió más intensa y mi pulso taquigráfico, alertada por la inactividad del lugar y la insuperable fachada de aquel rubio sin igual. Intenté ralentizar mi respiración.

Colgué mis brazos laxos en su cuello y comencé a besarle tímidamente en las comisuras de la boca, como dos besos entre desconocidos que se atraen. Había decidido esforzarme por cumplir su deseo. No quería que pensase que era una mojjigata. ¿Sentiría él lo mismo, o se había encaprichado de mí como podía haberse encaprichado de su coche?

Su pene asomaba rígido por la cinturilla elástica del slip, rozando el hueso de la parte inferior de mi vientre. La sensación era inmensamente más gratificante que en cualquier párrafo de mi libro o en cualquier íntimo consuelo. Era como recuperar tu primer muñeco de nieve o enamorarse por primera vez. Siempre había pensado que ese momento sería como el de una bailarina que tiene un accidente: con terapia puede volver a andar, pero nunca más a bailar.

—No quiero volver a perderte, pequeña... —masculló con ternura.

Suspiré.

Con la vulva a punto de estallar, me sumergí en el agua, no inmediatamente: esperé un rato. Al bajar, arrastre con mis manos la breve tela de algodón hasta sus tobillos. Salí a respirar. Mordí su sorprendida boca. Cogí suficiente aire y descendí con diligencia y fervor hasta su miembro. Me aproximé y lo introduje en mi boca, como una porción de chocolate que chupas para que dure, y que a ratos mordisqueas sin apretar para intensificar su sabor. Su pene me recibía con creciente interés a medida que succionaba. De nuevo en la superficie, me devolvió un beso con devoción. Dentro del agua, descubrí cada marca y trazo de su sensible piel. Era una paradoja: me ahogaban sus dimensiones, pero me entusiasmaban su porte y firmeza. La piel de su glande se movía bajo mi generosa lengua en dos direcciones, pero temí lastimarlo con mis dientes y busqué su boca con ferocidad para demostrarle que eso sólo lo hacía porque estaba loca por él, que, a su lado, no volvería jamás a compadecerme. Y esos ojos...

¿Qué tenían?

Me subió al borde de la piscina, junto al champán, cogiéndome por las axilas. Se acercó a mis genitales, imprimiendo su aliento en ellos durante unos segundos. Se apartó, para hacerme rabiar. Cogió una cereza de nuestras copas, la de mayor tamaño, y la alojó en su boca. Un heraldo de falsa primavera. La sacó plástica, caliente y embadurnada en saliva. Rozó con ella mi clítoris, acariciándolo; y luego a golpecitos. La introdujo en mi vagina sin pedir permiso, dejando el tallo fuera. Contuve un gemido. Se puso a jugar con la ramita en su boca; me costaba respirar y eso a él le gustaba. El agua que rebasaba la piscina mojaba su barbilla y me hacía cosquillas de calor. Sacó la cereza antes de que me abandonara a mis instintos y se la comió saboreándola. Me puse roja. Volvió a hundirse en mi sexo, vagó a lengüetazos por dentro y por fuera, con

ojos líquidos, pero pedí que parara con voz ronca, porque no iba a ser capaz de controlar mis impulsos. Me lloraban los ojos.

Fingí estar fingiendo que no quería más.

—Así que *ma petite Cécile* no aguanta... Vaya... Me da tanta pena...

Salió del agua impulsándose con los brazos y se puso sobre mí, lanzándose al abismo de mi piel. Quemaba mucho y sabía lo que iba a ocurrir.

—Escúchame... —dijo en mi oído.

Lo observé con precaución.

—Te deseo tanto que podría irme ahora mismo si me lo pidieras...

Me secó las lágrimas que resbalaban por mis sienes hacia el suelo.

—Tengo miedo.

—No tienes por qué —dijo con voz dulce, como una torta untada en miel.

—No sé si puedo...

Me tapó los ojos con una de sus manos.

—Grita, que te oigan en recepción.

—¿Cómo voy a hacer eso? —repliqué sumida en la oscuridad de su palma mojada.

—Hazme ese último favor, Cecilia.

Aparté un mechón mojado de mi boca. Un chillido de viento acaparó la torre y pensé que iban a estallar los cristales.

Antes de que mi voz se extinguiera, lo sentí entrar.

¿Dolía?

No. No dolía.

Quitó su mano de mis ojos.

Su sexo devastaba mi cuerpo y sin embargo, una sensación de indescriptible felicidad me llenaba entera. Estaba pasando la prueba a la que pensé que jamás me enfrentaría después de haber sido violada con trece años, un día destinado a acabar en lluvia, perfumada en orquídeas y de manos del chico del que me había enamorado en mi playa de cubos de arena. Y nunca se lo había dicho a nadie, salvo a Noe, que bajaba de un tiovivo con la sonrisa de quien no conoce la traición. Mis padres sólo me vieron volver a

casa llorando; y todavía hoy siguen pensando que mis lágrimas eran producto del rechazo de un chico que ahora ya no existía. Me negué a salir a la calle y aquella noche me lié a golpes con el colchón.

Mi francés cabalgaba con delicadeza, para no hacerme daño. Le cogí la cabeza y enredé mis ilusiones en su rubio cabello. No importaba que no admitieran devoluciones, después de aquello.

—Gracias... Gracias... Gracias..., —lloriqueé.

—¿Estás bien? Te juro que antes de lastimarte me quitaría la vida... —susurró con voz rasgada y sincera.

—Creo que sí... —gemí.

Nuestros jadeos se mezclaban con el ajetreo de la lluvia golpeando los cristales. Me puso en pie con una fuerza insólita y me llevó hasta ellos y aplastó mi pecho contra el vidrio. Estaba frío, cubierto de un vaho que mi pecho limpiaba con sus empujones. Aquella ceremonia de gotas me hacía sentir libre para hacer o decir lo que quisiera. La jodida lluvia: ese fenómeno transparente que podía jactarse de tener la facultad de adoptar una variedad interminable de formas y de colores. Y la de ese día era muy pura: purgaba cosas fatales.

—¿Te acuerdas de aquella noche? Cuando te tocaste para mí...

—No sé de que me hablas —mentí traviesa, entre quejidos.

—Es esto lo que me hubiera gustado hacerte...

Sacó el body por mis estrechas caderas, a modo de un cinturón sin hebilla. Su mano diestra se dirigió a mi clítoris, mientras su pene entraba y salía del todo: como si me estuviese haciendo el amor decenas de veces. Me giró noventa grados y me cogió en brazos. Hincó su cuerpo dentro del mío, con saña.

Sus sacudidas a horcajadas me cegaban de espasmos; no parecía costarle esfuerzo sostenerme. No estaba borracha, pese a lo que había bebido. El ritmo era un misterio perfecto; sabía cuando ir más rápido y más lento. Mi columna vertebral resbalaba en el cristal ante su desesperación por hacerme alcanzar la gloria.

Siendo una niña, a merced de un adolescente que cumplía años, me había sentido inaccesible: por más que me golpeaba traumáticamente sentía que tenía capas y más capas. Pero Arnaud

conseguía penetrarme hondo y profundo en un raptó lírico, y yo me ensanchaba como una vasija de barro tierno.

Me follaba para hacerme olvidar hecatombes pasadas. Ahora estoy segura. Con una responsabilidad que creí que no le correspondía.

Me hervía el vientre y su vello púbico me hacía cosquillas eléctricas a cada embestida. Me apasionaba que se dedicara a mí por entero. Tenerlo incrustado en mi cuerpo me hacía sentir tan feliz y femenina que me olvidé por completo de tristezas pasadas.

Mi vida entera hubiera podido sintetizarse en esa noche. Maldita sea, no recordaba las veces que había buscado en los artículos de periódicos la cara de aquel chico, por si había repetido la hazaña con otra menor. A Noe le prohibí hablarme de él, aunque supe que continuó yendo a la playa cada verano. No obstante, sólo cuando su vida se extinguió en la cama de un hospital, recuperé algo de lo que había sido.

A partir de ese momento, mis días habían sido mezquinos y vacíos, pero el chico que paseaba en París como uno de los protagonistas de mi novela me había salvado de la alienación.

Y allí estaba yo, entregándome al amor, aceptándole sin rechistar con mi sexo suave y entreabierto. Era todo tan sublime que temí estar soñando y caerme de la cama. Arnaud me lamió el cuello y se rebeló contra mi vientre incrementando la velocidad.

La debilidad se apoderó de mí, estaba perdida. Me sumergí de repente en lo extraño. Pensé que se me iba la cabeza y perdía la conciencia.

Nos corrimos a la vez. Se volcó en mi escote, con vitalidad animal, acalorado y sentimental.

Caímos tal y como estábamos al suelo. Y yo reí a carcajadas, dolorida y paralizando su semen entre los músculos de mi vagina.

Le hablé con voz reposada.

—No conoces lo que es la piedad, ¿verdad?

—No quiero conocerla —me respondió con el pelo enmarañado—. *Je n'ai pas été mauvais de toutes formes, mais j'il serai...*

Podría haberme hecho vieja con él. En ese momento deseaba tener su piel decrépita y flácida conmigo toda la vida. Pero a veces nos disponemos a estrellarnos, y no lo sabemos.

Bajamos en nuestros albornoces hasta la habitación, que olía a leña. Me tiró en la cama. Y me dio de comer dulces en un juego entre dos. Alguien había dejado una tetera, un azucarero y una jarrita de leche. Me tendió una taza de color crema, mientras me daba besos eternos. El inmenso espejo del techo del cuarto nos devolvía la imagen de unos enamorados y de una chica de mejillas sonrosadas. Él sonrió al observarme mirarnos desde el colchón. Creí que si se borraba su sonrisa, se borraría el mundo. Hubiera podido permanecer así una eternidad: comiendo cuando nos apetecía, atravesándonos con las miradas y besándonos sin decir dos palabras seguidas.

¿El amor era cerebro o corazón? En cuestión de días, Arnaud había reparado un corazón roto en el tiempo. O un cerebro enfermo. Una tarde de abril, había leído en la sala de espera de mi doctora, en una de esas revistas de neurociencia que sólo hojeas cuando quieres matar el tiempo, que enamorarse provocaba una sensación de euforia similar al consumo de cocaína. Yo no había probado la cocaína, pero el chico de los ojos grises me tenía drogada por completo.

Lo miré despacio. Por nada quería estropear ese trance que había merecido toda una vida de soledad.

XXVI

EL DESCUBRIMIENTO

Era cierto que un flechazo tardaba aproximadamente la quinta parte de un segundo en surtir efecto y que el amor curaba el dolor. Con la percepción del tiempo alterada y un constante hormigueo en el estómago, no calculaba los días que habían pasado desde la noche en el castillo. Mi vida había dado un giro de trescientos sesenta grados.

Estrenábamos el invierno. Para nosotros, llegaba para quedarse. Ochenta y ocho días y veintitrés horas: el invierno más corto, desde hacía siglos, iba a ser el más largo. Aquella noche la habíamos pasado en mi casa, y las llaves de la suya habían caído sobre el diván al hacer el amor. Habíamos ido a ver la película *Amour*, de Michael Haneke. Mi francés había mejorado considerablemente y salvo algunas palabras, lo entendía todo. Seguros de que era una preciosa historia de amor nos habíamos sentado al final de la sala, comiendo palomitas mecánicamente y acariciándonos en la sombra. Nos salimos a la mitad, porque nos disgustó el descarnado retrato del último tramo de la vida. Al caer el sol, Arnaud había traído de su casa un DVD y habíamos visto *Intouchables*, un canto conmovedor sin edulcorar a la vida que arrancó el mal sabor de boca que nos había dejado la otra película.

Aquella mañana me preparé una gran taza de café y un par de tostadas con mantequilla. Tenía apetito y tomé también un poco de pastel de frambuesa de Aurora, cariñosamente cocinado con los huevos de su puerta. Arnaud y yo teníamos previsto pasar la tarde juntos y yo había quedado con mi teatral vecina para comer y ponernos al día.

Entretanto, escribir se había convertido en una actividad apasionante. Las teclas eran las de su piano; los nudillos de mis

manos, los que él calentaba con su aliento con la llegada de un frío distinto. El libro se encontraba en la mitad del camino. Arnaud me tenía completamente enajenada. Desde que había chocado con él, había penetrado en una suerte de espiral, justo al final de la escalera retorcida del número 3 de la Rue Lagarde. Los que me conocían me preguntaban constantemente a qué se debía mi buen humor; y yo no era capaz de explicarles nada, porque una vez él había entrado en mi vida, no podía sentirme más viva, entre furtivos besos en el Passage des Postes. Él podía entenderme apenas con una mirada o una sonrisa. Nadie habría creído tanta dicha en mi mundo pelirrojo.

A ratos, me pellizcaba para convencerme de que todo aquello era real. Y cuando el día tocaba a su fin me gustaba hasta su forma de dormir. Le daba la espalda y expandía sus brazos a lo largo de mi pecho, ambos envueltos en un sudor reciente. Cerraba los ojos, y ahí estaba su olor.

Se me empañan los ojos recordando los momentos de confidencias que compartimos en aquel otoño en un París muy nuestro, como si fuéramos los últimos supervivientes en la tierra, y que se interrumpirían cuando volviera a casa a pasar la Navidad.

Me destrozaba pensar que en tres días me tendría que separar de él hasta mi vuelta el día de Reyes. Para mí, no existía nadie más.

Todos los días importantes en mi vida estaban acompañados de lluvia. Y tras semanas de gélido sol, ese día no iba a ser menos.

Le había comprado un regalo, y lo había acompañado de una nota. Como se había dejado las llaves en mi casa, vi la oportunidad de esconderlo hasta que llegase el día.

Aparté a Humo de mis piernas, ni siquiera apagué el iPad, no tardaría mucho. Con la ilusión de una colegiala, cogí las llaves y abrí su ático. La puerta volvió a cerrarse por la corriente. Me sobresalté.

¿Dónde meterlo?

Recorrí la vivienda en busca de un sitio al que no se dirigiera a diario. No era buena idea su armario. Tampoco el salón: inundado de libros, no había hueco. Inspeccioné la cocina, también el baño...

Y de repente, me acordé de que todavía no había entrado en el cuarto misterioso.

Esa habitación, un dormitorio, debajo de la cama, podía ser la opción. Pero si decidía pasar la aspiradora, me descubriría. Sonreí de refilón. Abrí un precioso armario antiguo muy diferente a los muebles del resto de la casa. Aproximadamente de un metro de ancho y dos de alto, desprendía un agradable aroma. Había ropa de baño. Abrí un cajón. Estaba lleno de cajas envueltas en plástico con su perfume. Inspiré hasta sentirlo a mis espaldas. Abrí otro al azar.

De pronto me encontré muy mal. Sentí náuseas.

Salí de su casa sin mi regalo, que finalmente oculté tras el piano del salón. Bajé las escaleras tan precipitadamente que me caí. Tenía los suficientes recuerdos bonitos como para desaparecer de París en paz. Me puse en pie y la lluvia me avasalló. No me habría importado en cualquier otro momento, pero en ese diciembre que moría, me reducía a lo que siempre había sido: una pobre niña mirando sin poder impedir que sus sueños y sus juguetes desaparecieran en el agua.

Si os digo la verdad, me daba igual que la gente me viera llorar por las aceras. Andaba sofocada, no sentía el tiempo. Entré en la farmacia y compré unas pastillas de jengibre para calmar mi estómago. Antes de desenvolverlas, vomité en una esquina. Pero no podía volver a la Rue Lagarde todavía. Ironías de la vida, mis pasos me condujeron hasta el río por una calle en la que un hotel que conocía seguía en pie. Llegué a le Quai des Grands-Augustins y pasé por el restaurante español El Fogón, donde había comenzado una historia que juraba el fin de mis pesadillas.

Pero como en el juego de la oca, si caes en la calavera, retrocedes hasta el inicio de todo.

Pensar en sus abrazos y en sus besos a lo largo y ancho de mi cuerpo me conmovía. Lo amaba más que a mí misma.

Me acordé de mi cita con Aurora, a la que no podía faltar. Me senté a orillas del Sena, con el rostro tapado entre mis manos. Un ruido sordo bramaba en las costuras de mi alma.

Esa mañana de diciembre quería morirme. Un cadáver en medio de la flor de la vida remendaba sus penas en el río. Quizá l'Inconnue de la Seine se hubiese sentido la mitad de mal que yo aquel día. Sólo que yo no podía despedirme de la vida, sin hacerle jaque mate.

¿Qué habría después de la muerte?

Me desvanecí en charcos. El pasado siempre volvía.

¿Por qué vivir daba tantos quebraderos de cabeza? ¿Y por qué no imaginaba una vida sin él? Me había hecho dependiente de su tacto, su espléndida mente, su delicadeza al piano. Lloré. Lloré el pasado. Lloré el presente. Un pálpito de luces negras navegó sobre el agua de París. La ciudad olía a vinagre. Yo no era una mujer, ni una muñeca de porcelana. En el fondo seguía siendo una niña.

Me levanté sacando fuerzas de flaqueza y volví caminando, con lentitud, a mi casa. Mi cabeza no dejaba de darle vueltas a mi libro, a cómo continuarlo.

Volví a esos ojos grises que me trastocaban. Estaba segura de que era el hombre de mi vida. No dudaba de que quería que fuera él quien me acompañase a un altar de promesas en las que no mediara un dios. Era él con quien anhelaba tener hijos de inciertos ojos y cabellos dorados. Les daríamos todos los juguetes que a mí me faltaron. Sería un gran padre, porque me amaba con una locura desmedida. Como yo a él.

Pero con todo el dolor de mi corazón, hay puertas que no deben abrirse. Una aguja de coser, de uno de los trajes de novia de Aurora, pinchó aquel globo de color que bailaba en el cielo de París.

La vida no daba muchas oportunidades para ser dichosa, y aunque este corazón iba a toda prisa y no se doblegaba, vi como éstas se me iban de las manos. Rescaté instantes mágicos hasta la esquina de la Rue Lagarde. La tienda de ropa ya había cerrado, crucé la calle y abrí el portal, sin saber que hacer, más perdida que nunca.

Aurora me recibió con un abrazo. Lo necesitaba, por descontado, aunque mi expresión era reposada. Estaba mojada por fuera y empapada por dentro. Aurora se impacientaba por que me sentara a

la mesa. Quería contarme que se marchaban todas las amigas a la casa nevada de la hija de Fabienne. Me dio una bata para que me quitara la ropa y la metió en la secadora.

Me observó con cierta reserva.

—¿Estás constipada, cielo?

—Sí, un poco —asentí.

—¡Cómo no vas a estarlo, si ibas calada!

Los latidos de mi pecho martilleaban en mis sienes. Subió la calefacción de casa un par de grados.

—Y dime... ¿Qué tal con nuestro vecino?

La miré inquieta. De inmediato, recapacité. Rápido como una bala.

—Muy bien, Aurora...

Sonó auténtico.

—¡Es que no paramos!, siempre hay cosas que hacer.

—Cuánto me alegro, princesa, aunque se te ve abatida. En cuanto comas, te haré una infusión para que te pongas a tono. Y ojo, sin rechistar, o no habrá postre.

—Cualquiera te dice que no...

—Ya me conoces.

—Esta mañana no me encontraba demasiado bien, pero ya sí —sostuve—. Ya sí —repetí con total certeza.

Me enfrenté a las albóndigas y a la conversación. Por suerte, Aurora hablaba sin parar, entusiasmada con sus planes para la Navidad.

Finalmente me decidí a comentarle algo. Una mentira premeditada y necesaria.

—Aurora, estoy preocupada por Arnaud...

—¡Ah! *Voilà*... Ya sabía yo que te pasaba algo. ¿Por qué cariño?

—Estas últimas noches...

—¿Qué pasa estas últimas noches?

—No sé... Se despierta tenso, no consigue dormir. Me asusta. Imagino que estará nervioso por algún tema de trabajo... no lo entiendo... Durante el día está normal... pero al llegar la madrugada tiene pesadillas y no sé cómo ayudarle. Se toma esas pastillas para no desvelarse...

Me cogió la mano.

—No debes preocuparte... Las pesadillas no son reales, no le pueden hacer daño.

—Supongo... Pero...

—Se le pasará, ya verás.

No tenía sentido continuar por ese camino. Clavé el tenedor en la sabrosa comida sintiéndome más sola que nunca.

Después de los postres y tras despedirme cariñosamente de Aurora, ascendí pausadamente hasta mi ático de tejas y sueños, con la ropa seca. Me desperté de nuevo en la realidad. Dejé las llaves de Arnaud de donde nunca debería haberlas cogido. Aquel rincón, el nuestro, en el que nos tumbábamos cada día, acumulaba lo mejor de cada uno. Cogí el boceto que había hecho de su rostro justo al principio, lo limpié con la mano, pero la salsa de tomate estaba seca. El hogar estaba donde estaba él.

Entre nosotros no había dudas en distinguir si era amor o amistad, como ocurre con otras parejas. Nerviosa, contaba los minutos para encontrarlo. Sus ojos asomaban en cada esquina de mi nueva novela.

Y, sin embargo, estuve tentada a cancelar la cita con él aquella tarde, estuve tentada a quedarme en el diván resguardada en su cazadora, que se había negado en varias ocasiones a llevarse a su casa. Apoyé mi cabeza sobre ella. ¿Por qué a veces la felicidad se mezclaba con la desesperación? Me desplomé tratando de averiguarlo.

Pasé mis manos por el grifo. Me quité el abrigo, el jersey y el sujetador. No tenía gana alguna de ducharme. Una podía permitirse un día cruzado. Pero aun así, hice un esfuerzo.

Llamó Charlotte. Y esa vez sí se lo cogí. Caí rendida a su melodiosa voz, quería que me contagiara un poco de su entusiasmo. Sus palabras caían dulces como un trozo de helado derretido. La echaba en falta.

Lancé un suspiro de sal.

Me vestí. Miré mi imagen en el espejo del baño. La de una chica con moño bajo, con camisa blanca y falda escocesa. Me pinté los labios con una barra transparente que brillaba como el charol. Mis pupilas de vinilo estaban tristes.

XXVII

EL FINAL DEL PRINCIPIO

Su abrazo me recibió a media tarde. Intenso. Tardé demasiado tiempo en abrir la puerta.

Cuántos recuerdos dichosos...

Intuí sus ganas de estar a solas conmigo, pero tendría que esperar, me había prometido llevarme a la mejor crepería de la ciudad. Iba con zapatos planos y había dejado de llover. Bajamos andando de la mano hasta el pintoresco barrio de tranquilas calles de Butte-aux-Cailles. Los bulliciosos bistrós se acumulaban a ambos lados. Llegamos al número 13: menos mal que no era supersticiosa, hubiera sido la guinda del día. Un poco antes del restaurante más conocido del barrio, Le temps des Cerises, estaba Des Crêpes et des Cailles. No habría entrado nunca en aquella crepería de paredes rojas y ventanas amarillas de no habérmelo recomendado alguien. No olía a disgustos. Ni rechinaban idiomas extranjeros. Nos sentamos en una minúscula mesa, enfrente de la plancha donde se cocinaban las crepes. Todo el mundo allí tenía amables sonrisas. Le eché un vistazo a la carta. La crepería prometía una armonía de colores y sabores, aunque yo sólo entendía, en ese angustioso día de diciembre, el color de la impotencia y el sabor de la soledad. Elegí un bocado simple, de chocolate, en aquel mundo dulce encajonado.

Sus ojos grises me observaban elegir. Lo miré con ternura y lo besé sobre la mesa. Estaba jodidamente enamorada de ese hombre, pero al besarle, sentí ese dolor fantasma que perciben las personas a las que se les ha amputado un miembro. El mío, en el corazón.

La crepe estaba deliciosa. Cerré los ojos en un vano intento por pasar todo por alto; pero me fue imposible. Sonreí. Aunque quería

volverme hacia él y hablarle de lo que tanto me angustiaba, me cerré como una ostra y, en su lugar, le hablé de los planes de Aurora y sus amigas de irse a la nieve. Me preguntó si me gustaba la nieve, le dije que sí y rebozó mi labios con la cuchara rebosante de nata de su crepe.

—Cuando regreses, iremos a Chamonix, para que nades entre nieve, al hotel Le Hameau Albert. El valle contó con un visitante literario: Frankenstein. Allí se sitúa un pasaje del libro...

Sus ojos brillaban. Me distraían constantemente.

—Te quiero, Cecilia.

No fui capaz de responder. Con toda seguridad, malinterpretó mi gesto emocionado.

Con el estómago lleno y mi alma vacía, volvimos a casa. Le dije que estaba cansada y dormimos toda la noche. O mejor dicho, durmió plácidamente, como cada madrugada, porque yo la pasé velando a mil demonios.

El teclado no respondía a mis golpes. No podía escribir ni una sola palabra.

El fregadero estaba lleno de los platos del día anterior y de nuestro desayuno. La pastilla bajo mi lengua se disolvía. No me puse los guantes, quería sentir el cambio de temperatura en mis dedos adormecidos.

Así estaba yo entrado el mediodía: desplegando los dedos y plegando ilusiones. Con mi boca sangrante, de besos dados.

Apliqué mis ganas de desmoronarme.

El agua estaba demasiado fría, la templé.

Salí a la calle. Por las escaleras me crucé con la vecina del tercero, la pintora. ¿Por qué nunca saludaba? La gente de París era extraña. Eso sí que no cambiaba. Apreté los labios y dibujé una mueca de desagrado en mi cara.

El viento no hacía más que perfilar su piel hecha de teclas de piano en mi cabeza. Debía de dejar de engañarme para obtener consuelo. Desinflé mis esperanzas. Una ventisca exagerada me

seguía muy de cerca; tal vez fuera una inofensiva brisa invernal. Carraspeé.

Trataba de no sentir, de no reaccionar.

Iba a hacer magdalenas; esponjosas magdalenas. Lo había decidido durante la noche. Entré en unas de esas coquetas tiendas artesanales de paredes de papel pintado que consiguen que la comida entre por los ojos, antes que por el paladar. Siempre me han gustado las paredes de papel pintado. Seguro que la golosa Georgette había puesto sus pies allí alguna vez.

Anduve calle abajo, descubriendo fachadas nuevas y atando cabos, estupefacta. París hiperventilaba y mi corazón latía desbocado. La bolsa de cartón sonaba por el aire. Mis pasos eran rápidos y no llevaban a ningún lugar concreto.

Otras veces, había pasado horas analizando los semblantes de las personas que se cruzaban para captar gestos que escribir luego. No quería mirar a nadie. Me importaban una mierda.

Recibí una llamada de Arnaud. Me dijo que lo sentía de veras pero que no podíamos quedar, que tenía que pasar el día fuera de París, con Huppert, pero que a cambio, el viernes me lo dedicaría por completo.

—Te despertaré. Abandonaré el hotel temprano. Tengo ganas de ti...

Me pidió que dejara un cartón de huevos en la puerta de Aurora por la noche. «Por supuesto», fue mi respuesta.

Así tendría tiempo de organizar y ordenarlo todo: la maleta, la casa y mis pensamientos.

Aquella tarde, me dispuse a escribir el capítulo más tierno del libro. Introduje la contraseña del iPad. Dos veces. Busqué el documento con mi novela. Se aceleró mi pulso. Le di a enviar. Arnaud podría leer ya lo mucho que le quería.

Por la noche, dejé los huevos en la puerta del tercero. Y dentro del cartón, un pequeño regalo, con una nota de agradecimiento. Estaba segura de que le entusiasmaría ese anillo.

El viernes amaneció gris. Había dormido sorprendentemente bien. A las siete y media, había escuchado la puerta. Mi editor era sigiloso, pero mi sueño nunca ha sido demasiado profundo. Humo saltó de la cama y acudió a saludarle. Pude oír su ronroneo a metros de distancia, al ser acariciado.

Sus calcetines se arrastraron hasta mi cama. Me besó en el pelo.

—Duerme... —susurró con voz de haber llorado. O la que utilizaría un niño que se recoge en el ser que más quiere. Cayó en el silencio, no quería desvelarme.

Se acostó a mi lado, vestido, por encima de las sábanas. Me atusó el pelo hasta que creyó que volvía a sumirme en una agradable ensoñación.

Una carga invisible comprimió mis vértebras. Reprimí el llanto. Intenté imaginar cómo sería no disfrutar de sus abrazos. Nada tendría sentido. Y no encontraba argumentos para sonreír si no estaba él presente.

Sin embargo, hay caricias que son como ortigas.

Nos desperezamos con elásticos besos y desayunamos; regué las orquídeas y di de comer al gato. Él peinaba los rubios mechones de su cabello mientras me miraba con ojos de enamorado.

—Quiero que me lleves a Madame Carotte.

Me extasiaba el olor que despedía su cuerpo antes de ducharse. Nos aseamos juntos, con la imagen de los tejados de París como único paisaje. Me embadurné de dudas y de espuma. Era el inicio de una despedida, en la que no había marcha atrás. Nos lavamos el uno al otro, con énfasis. Nos rozamos como si no hubiera un mañana, sacudiéndonos la tristeza. Le dije que no podía vivir sin él. Y él tardó en contestarme. Hago hincapié en repetir que no es que lo creyera: es que éramos inseparables.

—Vuelve, o iré a por ti —dijo finalmente.

Sonreí llorando. Esquivé sus magnéticos ojos. Quería expulsar mi rabia. Volví a palpar la cicatriz de su ceja. Todavía no me había dicho cómo se la había hecho. Temblé. No echaba en falta una explicación.

Evoqué mi niñez, con el sol a cuestas en mi pelo rojo escribiendo con mi buena letra en los cuadernos de líneas y amorrándome a las botellas de horchata.

El chico del jersey no estaba en Madame Carotte. Pregunté por él. Se había tomado unos días de vacaciones. Nos sentamos en la misma mesa en la que hacía unas semanas había visto a Arnaud por primera vez. Todo seguía igual, salvo que él estaba sentado a mi lado y abundaban los motivos navideños que hacía ya tiempo colapsaban la ciudad y, en pequeñas dosis, también la tetería.

Antes de empezar una charla, me había mirado con detalle. Le había pedido que se pusiera la cazadora negra del día que habíamos ido al teatro de L'Atelier. Estaba irresistible. Con sus pitillos vaqueros, sus botas color nuez desgastadas y un jersey grueso del mismo color que el calzado. Leí su mirada antes de pedir algo de comer.

Un par de ensaladas de alegres colores, pan de semillas y queso de todo tipo ocuparon la superficie de la rústica mesa de madera. Pedimos unos zumos naturales de papaya, manzana y zanahoria.

Conforme nos bebíamos y comíamos el tiempo, yo iba haciendo examen de conciencia. Había ido acumulando en la bella caja malva recuerdos de todo tipo: desde unas entradas de teatro, una varita mágica confeccionada con una navaja y una rama, hasta aquel pañuelo negro del castillo.

Mi vida había sido una incesante búsqueda del amor y con Arnaud, mis aburridos días habían llegado a su fin. Fabulaba con los planes que tendría preparados para mí al día siguiente. No dejaba de asombrarme.

Inicié un camino tortuoso desde sus ojos hasta sus labios. Suspiré entre escalofríos. Probé su ensalada. Estaba deliciosa, la verdad. Al relamerme, musitó unas palabras subidas de tono. Y enseguida me excitó; así había pasado las últimas semanas.

Observé tras las ventanas el cielo ceniciento. Recordé un París inundado de vestidos de algodón y mangas cortas. Era menos

intenso que el de las bajas temperaturas. Me sentía gastada, sombría, neurótica y perdidamente enamorada. Hice piruetas por tratar de reír con sus ocurrencias.

Estaba sentada con las piernas separadas, la falda hasta las rodillas y los codos sobre la mesa. Arnaud me sentía lejana, quizá por eso resbaló su mano por mi muslo y me rozó durante una décima de segundo.

Nos trajeron un café. Conseguí, al coger la taza, mantener una ilusión de equilibrio.

—Te noto ausente...

—Me ha dado sueño la comida...

—No te preocupes, esta noche te meteré mano, aunque estés dormida.

No pude evitar un estremecimiento que hizo que parte del café se derramara.

El atardecer avanzó con un ritmo extraño, en una comunión helada por el blanco mercadillo navideño de los Campos Elíseos. La Torre Eiffel se doblegaba cercana, en un paseo de escarcha engalanado con castaños.

Cuando el cielo se estaba apagando, regresamos a pie, bordeando el Sena. Hacía años que no recorría tantos kilómetros a pie y estaba realmente cansada.

De camino a casa, estuvimos contando anécdotas no muy lejanas. Le hablé de mi isla y sus esquinas. Del viejo que me había regalado las zapatillas rojas. De las gallinas de Santa Agnès. Del huerto donde robaba zarzamoras mano a mano con Charlotte... ¡De tantas cosas!

Cuando llegamos a la Rue Lagarde, a pesar de que me dolía no haber sido capaz de hablarle de lo único que me importaba, a pesar de que estaba segura de lo que iba a hacer, sólo tenía ganas de tocarle. Le pedí que no hiciera ruido al subir las escaleras, por si Aurora vigilaba. Alcanzamos la última planta en completo silencio.

Abrió la puerta de su piso. Encendió la luz.

—¡Espera! Se me olvidaba...

Saqué las llaves de mi bolso y corrí a la cocina de mi casa. Me hice con las deliciosas magdalenas que había hecho la noche anterior y que reposaban en la encimera. Las miré. Eran como las de esas películas americanas. Cogí una y la olí.

Cerré los ojos. Y el cajón de tiradores de elefantes bronce que contenía mi medicación, las gotas de somníferos, las únicas capaces de anular mis pesadillas.

Por un instante, pensé que tal vez habíamos comido demasiado. Que quizá fuese mejor olvidarme de ellas.

Levanté la bandeja y la llevé hasta su salón.

No me dio tiempo a descalzarme. Arnaud me tiró en el sofá y comenzó a desnudarme. Lo vi precipitarse sobre una de las magdalenas.

Aparté el dulce de sus labios. Tiró de mis zapatos y los lanzó a la otra punta del salón.

—Me pasaría la noche besándote solamente —dijo.

Rompí a llorar. Triste, como cuando tiras el árbol de Navidad al basurero.

—No lo sabes, pero lo que me enamoró de ti fue tu olor corporal...

Me mordí la lengua. ¿Era el principio de una confesión?

Sus manos zigzagueaban sobre mi camisa.

—De tu sudor...

Las lágrimas y sus besos surcaban mi rostro.

Lo miré. La infancia, aquella etapa en la que elevas cometas al viento, era el momento en el que se forman los gustos. A medida que creces, van cobrando fuerza y se hacen más sólidos. Tal vez por eso, cuando algo o alguien te impacta entonces, a lo largo del rompecabezas de la vida te esfuerzas en buscar algo parecido. O idéntico.

Respiré su incienso.

La luna ocre se situaba por encima de París. Comenzaba a llover. La piel de su cara era suave, pese a que no se había afeitado por la mañana.

Se avecinaba el arrepentimiento y me levanté con la excusa de ir al baño. Tiró de mi brazo para que no me marchara.

—*Très bien, mademoiselle Abril... Très bien... Pero no tarde...*

¿Por qué cada vez que estaba él cerca pensaba en lo feliz que era?

Comencé a angustiarme.

Abrí la taza del inodoro y me arrodillé sobre las frías baldosas. Vomité. Me daba vueltas la cabeza. Me lavé los dientes con el cepillo que Arnaud me había comprado en mi aventura febril. Y salí como si nada. Bebí agua en la cocina.

Giré la vista al armario que había bajo el fregadero.

Tiraría las magdalenas al cubo.

Salí en dirección al salón.

—Están sensacionales.

Un nudo se instaló en mi tráquea.

Petrificada, le quité la segunda de las manos. Pero sabía que ya era tarde.

Me cogió en brazos y me lanzó sobre el colchón de su cama. Me entregué como nunca a sus brazos, rezándole a un dios en el que nunca había creído, para que nada ocurriera. Me atropelló a besos y yo no paraba de repetirle que no dejara de hablarme.

—¿Por qué lloras? —me preguntó.

—Porque te amo con locura y no quiero perderte.

—Pequeña... yo siempre te he querido —dijo con una voz pura que se extinguía a medida que pasaban los minutos.

Sabía que por muchos años que pasaran nunca volvería a estar con otro hombre que no fuera él. La revelación había llegado demasiado tarde y el perdón no había llegado nunca. Por primera vez vi en su rostro los rasgos de mi primer amor, de mi verdugo. El pasado se precipitó en el presente.

—Sigue diciéndome que me quieres, porque yo te quiero mucho.

Me sorbí los mocos.

—Sigue diciéndome que me quieres —lloré impotente—. Lo siento. Lo siento. Te espera una vida maravillosa sobre tu piano.

Imaginé a Arnaud viejo, arrugado en un taburete, a media luz, tocando su piano. Para cada arruga, había una razón. Pude ver los surcos de sus labios secos, marcados con el empeño de una cicatriz. Sus manos de articulaciones rígidas se movían todavía ágiles y las manchas cubrían su brillante piel. El tiempo se reflejaba

en mi garganta: mi voz ya no era la misma, pero seguía agradeciéndole a la vida haberme regalado lo que más ansiaba. Un amor que perduraría más allá de la muerte.

El maldito cronómetro de su pulso se estancaba por momentos.

Miedo.

Temblé como nunca antes.

—He hecho algo malo, Arnaud. Por favor, dime algo.

Se quedó dormido sobre mi pecho.

Fue durísimo contener su aliento entre las sábanas.

—Por favor, abre los ojos, vida mía.

Su rostro era el de un ángel que hubiera hecho cualquier cosa por esa niña pelirroja que había conocido siendo un crío.

—Me la debes. ¡Despierta!

Una losa fría cayó sobre mí. Su pecho se clavaba en la cavidad de mi abdomen, todavía caliente.

Los párpados de sus ojos grises no se movían.

No hallaría hueco en el mar, ni en la tierra si él no estaba.

Quería dejar de respirar, como él.

Olí su pelo, por última vez.

Pasé toda la noche sujetando su vida, que se marchaba en torno a mi cuerpo. Cada vez más frío. Más distante. Resbalándose de mis manos, como una mariposa.

Nunca me lo perdonaría. No podía detenerme a gozar de mi victoria.

Pero el pasado siempre vuelve.

Había sido un duro golpe encontrar mi trenza de niña en el cajón de ese cuarto que prometía más bien poco.

Envuelta en seda malva.

Intacta.

Hasta siempre, Adrián.

AGRADECIMIENTOS

A Espasa, por acompañarme en la aventura que supone escribir tu primera novela, esa mezcla de ilusión, enajenación y dedos cansados.

A mi prima Leonor. ¡Te agradezco tanto, niña, que me hayas regalado la portada de mi historia! Sé de alguien que estaría muy orgulloso de ti, en su mundo dormido de Alicia en el País de las Maravillas.

A L. Cuando llegue este libro a tus manos, espero que comprendas estas líneas en español en las que deseo expresarte mi gratitud por poner rostro al editor francés de sus páginas. Jamás pensé que un recuerdo pudiera hacerte viajar hasta París sin coger siquiera el avión.

Notas

[1] «Mientras un hombre pueda morir de hambre en la puerta de un palacio donde todo rebosa, no habrá nada estable en las instituciones humanas». [≤](#)

[2] La glándula tiroides tiene forma de mariposa. <<

Table of Contents

<u>Lo que moja la lluvia</u>
<u>I. Principio del final</u>
<u>II. Quince años después</u>
<u>III. El chico de la panadería</u>
<u>IV. La pesadilla</u>
<u>V. Despedidas</u>
<u>VI. Otra vez París</u>
<u>VII. El primer paseo</u>
<u>VIII. Una cita con el editor</u>
<u>IX. Aurora</u>
<u>X. El desconocido</u>
<u>XI. Fiebre</u>
<u>XII. Encuentro con el editor</u>
<u>XIII. Las amigas</u>
<u>XIV. Fuera de control</u>
<u>XV. Magdalenas</u>
<u>XVI. Georgette</u>
<u>XVII. La cita</u>
<u>XVIII. En la boca del lobo</u>
<u>XIX. Otro día</u>
<u>XX. Dos infancias</u>
<u>XXI. La noche</u>
<u>XXII. El amanecer</u>
<u>XXIII. Impasse</u>
<u>XXIV. Juego de prendas</u>
<u>XXV. A lo largo de la noche</u>
<u>XXVI. El descubrimiento</u>
<u>XXVII. El final del principio</u>
<u>Agradecimientos</u>
<u>Notas</u>